

CuentaArtes

Revista de Arte y Literatura

ISSN: 3119-7256 (En línea)



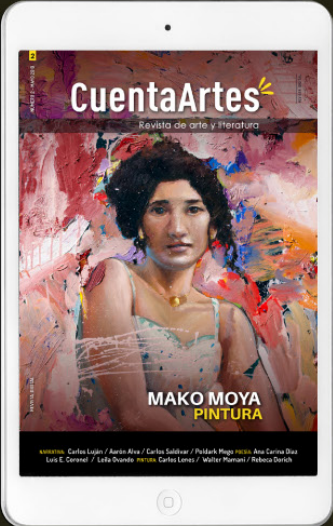
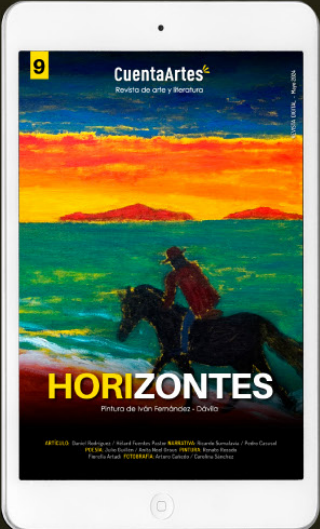
MOMENTOS

Pintura de Fabiola Gonzáles

Mayo 2025

ARTÍCULO: Daniel Rodríguez NARRATIVA: María José Caro / Juan Carlos Cortázar POESÍA: Frido Martín
Alfredo Lemon VISUALES: Jesús Víctor Salvador Portuguez / Carlo Calanche / Adriana Schwindt
Luis Portilla FOTOGRAFÍA: Arturo Cañedo / Grover Zavala / Vicky Ávalos

Descarga nuestras publicaciones
www.cuentaartes.org





En esta edición Número 11 de la Revista Cuenta Artes, titulada **Momentos**, reunimos obras que capturan instantes únicos, breves pero significativos. Cada creación refleja una pausa en el tiempo: una emoción, una escena o una idea que, al ser plasmada, se convierte en memoria compartida. Esta selección busca invitar a la contemplación de esos fragmentos que, aunque efímeros, logran perdurar a través del arte.

Llamamos Momentos a esta entrega porque el arte nace muchas veces del instante: de una chispa que transforma lo cotidiano en expresión. Lo fugaz, bajo la mirada del artista, adquiere profundidad y sentido. Esta edición es un homenaje a esa capacidad del arte de eternizar lo transitorio y de darle valor a lo que, a simple vista, podría pasar desapercibido.

Momentos reúne un total de **44 artistas nacionales e internacionales** de Uruguay, Colombia, Ecuador, Argentina. Contamos con 8 artistas invitados; entre ellos Fabiola Gonzales - Pintura (Lima, Perú), Daniel Rodríguez – Artículo (Lima, Perú), Carlo Calanche – Ilustración (Cusco, Lima) Adriana Schwindt – Pintura (Argentina); Arturo Cañedo – Fotografía (Lima, Perú), Juan Carlos Cortázar – Cuento (Lima, Perú), María José Caro – Cuento (Lima, Perú); finalmente, los versos de Frido Martín – Poesía (Lima, Perú).

Momentos contiene diversas novedades, como la interesante entrevista a **Antagónica Furry**, reconocida artista boliviana especializada en arte collage, a cargo del artista visual **Daniel Rodríguez**. Además, **Aarón Alva** ofrece una reseña literaria de *Sube el volumen: Rock y Sociedad 1980-2019 Lima-Perú*, obra de varios autores, publicada por la editorial Octógono. **Lucía Portocarrero** nos presenta una entrevista al reconocido artista peruano **Nelson Flores**. Finalmente, esta edición se enriquece con relatos de los destacados escritores **Juan Carlos Cortázar** y **María José Caro**, quienes deslumbran con su maestría narrativa.

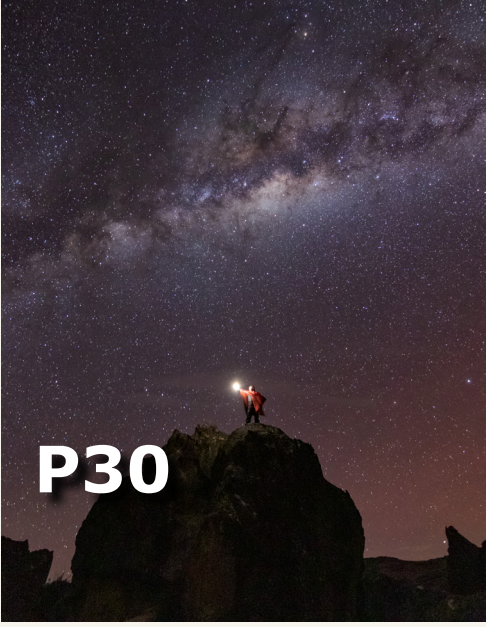
Cabe destacar que nuestra revista exhibe en su portada la obra “*The Times is Now*” de la artista visual limeña, **Fabiola González**, a quien agradecemos y felicitamos por su talento y contribución artística. Por último, agradecemos infinitamente a las/os artistas que han integrado nuestras ediciones desde 2018, así como a los futuros participantes, y al público siempre atento a Cuenta Artes.



LUCÍA PORTOCARRERO GUZMÁN
DIRECTORA

A continuación, compartimos el link donde encontrarán la edición N°11 ONLINE
<https://cuentaartes.org/edicion-11-momentos/>

Disfruten esta edición. Mil gracias.



S U M A R I O

ARTÍCULOS

- 3 Presentación: Momentos Dirección
- 6 Entrevista al artista visual Nelson Flores Lucía Portocarrero
- 10 Sube el volumen: Rock y Sociedad 1980-2019 Lima-Perú Aarón Alva Hurtado
- 12 El único indio bueno: terror con raíces profundas Carlos Córdova Espinoza
- 14 El impacto literario de Edgar Allan Poe en la narrativa de terror y lo gótico José Antonio Samamé Saavedra
- 122 La estética cruda y luminosa de Antagónica Furry Daniel Rodríguez

CUENTOS

- 72 Carlos Rojas Sifuentes
- 78 Ernesto Antonio Suito Sánchez
- 82 Federico Alponde-Wilson
- 88 José Rolando Ramos Quispetupa
- 91 Juan Carlos Cortázar
- 98 María José Caro
- 102 Mirza Patricia Mendoza Cerna
- 106 Oswaldo Castro Alfaro
- 109 Sergio Herrera Deza
- 114 Wilson Cabrejos Caracciolo

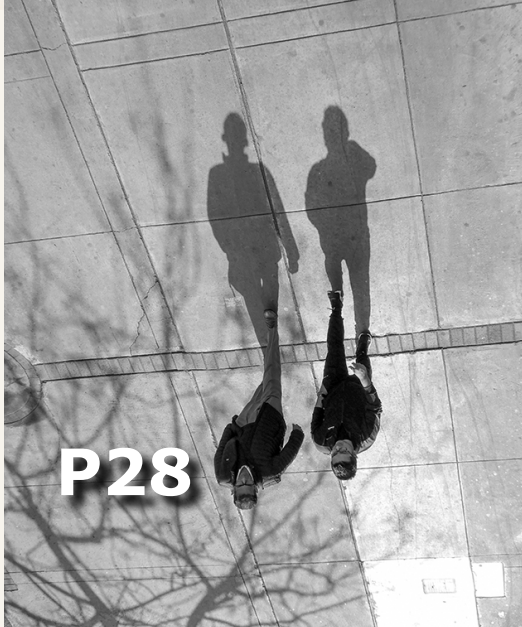
POESÍA

- 20 Alfredo Lemon
- 21 Frank Macha
- 22 Bruno Timarchi Ynohán
- 23 Gonzalo Bolliger
- 24 Frido Martín

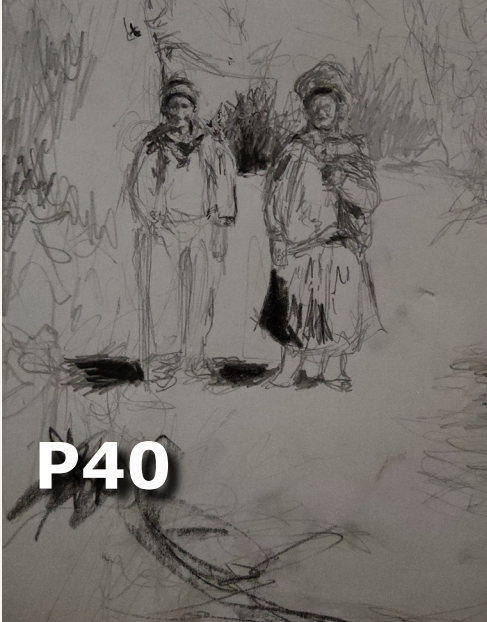
FOTOGRAFÍA

- 26 Arturo Cañedo
- 28 Vicky Ávalos
- 30 Grover Zavala





P28

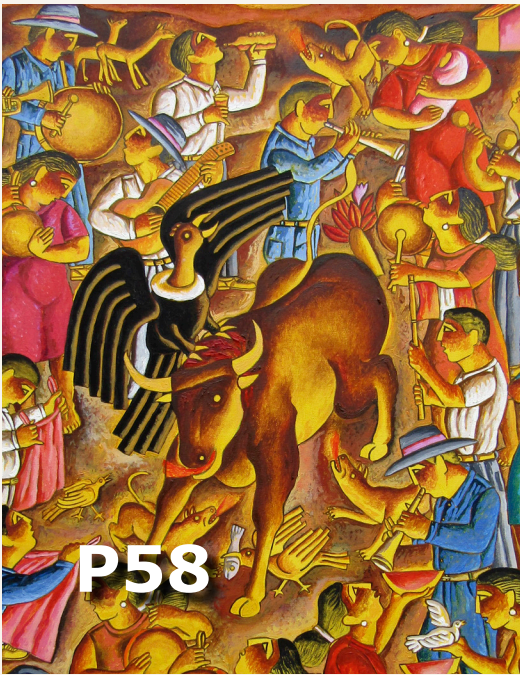


P40

G A L E R Í A

ARTES VISUALES

- 33 Abel Zúniga Mora
- 34 Sini Rueda
- 36 Carlo Calanche
- 38 Gustavo Cheneaux
- 40 Michael J. Espinoza
- 42 Jessica Zimmermann
- 44 Fernando Peña
- 46 Alejandra Popa
- 48 Adriana Schwindt
- 50 Gian Marquina
- 52 Luis Portilla
- 54 Luis Alfonso Achinte Salazar
- 56 Carlos Jacanamijoy Quinchoa
- 58 Jesús Víctor Salvador Portuguez
- 59 José Guillermo Perez Niquin
- 60 Diego López Brandón
- 62 Daniel Defilippi
- 64 Pablo Romero
- 66 Cora Celina Calderón Morales
- 68 Fabiola Gonzales
- 70 Lucía Portocarrero Guzmán
- 71 Freddy Castro Acosta



P58



P36

Dirección:

Lucía Portocarrero Guzmán
Pueblo Libre
Lima, Perú

Edición:

Aarón Alva Hurtado

INVITADOS

Adriana Schwindt
Arturo Cañedo
Carlo Calanche
Daniel Rodríguez
Fabiola Gonzáles
Frido Martín
Juan Carlos Cortázar
María José Caro

COLABORADORES

Aarón Alva
Abel Zúniga Mora
Adriana Schwindt
Alejandra Popa
Alejandra Popa
Alfredo Lemon
Arturo Cañedo
Bruno Timarchi Ynoñán
Carlo Calanche
Carlos A. Jacanamijoy Quinchoa
Carlos G. Córdova Espinoza
Carlos Rojas Sifuentes
Cora Celina Calderón Morales
Daniel Defilippi
Daniel Rodríguez
Diego López Brandón
Ernesto Antonio Suito Sánchez
Fabiola Gonzales
Federico Alponete-Wilson
Fernando Peña
Frank Macha
Freddy Castro Acosta
Frido Martín
Gian Marquina
Gonzalo Bolliger
Grover Zavala
Gustavo Cheneaux
Jessica Zimmermann De Landa
Jesús V. Salvador Portuguez
José A. Samamé Saavedra
José Guillermo Perez Niquin
José R. Ramos Quispetupa
Juan Carlos Cortázar
Lucía Portocarrero Guzmán
Luis Alfonso Achinte Salazar
Luis Portilla
María José Caro
Michael J. Espinoza
Mirza P. Mendoza Cerna
Oswaldo Castro Alfaro
Pablo Romero
Sergio Herrera Deza
Sini Rueda
Vicky Ávalos
Wilson Cabrejos Caracciolo

PINTURA DE PORTADA
Fabiola Gonzáles
DISEÑO & DIAGRAMACIÓN

Lucci Design / Lucía Portocarrero





EL ARTE COMO LIBERTAD,
MEMORIA Y RESISTENCIA

El universo simbólico de Nelson Flores

ARTISTA VISUAL PERUANO
@nelsonflores2021



POR LUCÍA PORTOCARRERO
LIMA, PERÚ

Nuestro artista plástico Nelson Flores ha recorrido un camino marcado por el talento, la perseverancia y la identidad. Nacido en Amazonas en 1976, Flores se formó en la Escuela Nacional Superior Autónoma de Bellas Artes del Perú, donde culminó su carrera en 2004, dando inicio a una trayectoria artística que lo ha llevado a representar a Latinoamérica en espacios internacionales de gran relevancia. En esta entrevista, nos comparte su visión del arte y sobre su más reciente muestra individual, «Sueños de libertad», que se presentará del 30 de mayo al 5 de junio de 2025, en la galería ubicada en Via Merulana 220, en pleno corazón de Roma.

@nelsonflores2021
Foto difusión



Es muy interesante la figura del gigante plasmada en tus obras ¿Cuéntanos desde cuándo y cómo surgió la idea?

Los gigantes en mis lienzos aparecieron de manera inconsciente y espontánea en un principio, pero ya en el proceso me detuve a pensarlo con calma. Lo estudié a fondo, desde el punto de vista teológico ya que hay abundante registro de la existencia de gigantes en la tierra incluso en un texto apócrifo llamado el Libro de Enoc. Luego desde lo antropológico, porque convivimos con humanos gigantes con ciertas condiciones médicas desfavorables. Desde la visión filosófica compartiendo la postura de Martin Heidegger y otros, quien plantea que el hombre está arrojado al mundo con una existencia que le desborda y le confronta con lo desconocido y desde la postura arqueológica, ya que estamos rodeados de mega construcciones gigantes como fortalezas, pirámides, ciudadelas, etc. Que no tienen una explicación clara, son misterios sin resolver, incluso del lugar de donde vengo, de la región Amazonas en Perú, específicamente de la provincia de Luya, donde se gestó la gran cultura Chillaos, dicen los historiadores y cronistas famosos que allí habitaban hombres de gran estatura e incluso han encontrado restos que así lo confirman. En conclusión. La figura del gigante en mis obras tiene un significado simbólico porque me represento a mí mismo, gigante como un guerrero, porque desde niño conocí la orfandad, la soledad, la pobreza y solamente siendo un guerrero te haces gigante y caminas



TÍTULO: VIAJE SIN RETORNO
TÉCNICA: Óleo sobre lienzo
MEDIDA: 80X100cm

y logras tus sueños. Desde lo emocional, cuando caminamos somos libres, caminamos sin perder el camino, luchamos para lograr un sueño, el de ser libres y con pisadas firmes, con las pisadas de un gigante.

“

Solamente siendo un guerrero te haces gigante, caminas y logras tus sueños.”



TÍTULO: DIALOGANDO CON EL TIEMPO ,TÉCNICA: Óleo sobre lienzo, MEDIDA: 100X120cm

Explicanos sobre tu vínculo con el mundo indígena, particularmente con la cultura Chillaos

Chillaos es la razón de un nuevo proyecto artístico y plástico, que es motivo cada vez más, de estudios serios desde la Arqueología, la Historia e incluso desde la Biología y se refiere a una gran cultura que se desarrolló en el Nor Oriente Peruano y que dejó como testimonio restos gigantescos como Kuelap, El Gran Vilaya, Karajía, etc. Justamente hace poco un artículo científico y artístico sobre el tema desarrollado por mi persona y Jaime Flores que es investigador y educador, fue publicado por la revista internacional de París ZOOM ART PARÍS MAGAZINE con el título: “Los Purunmachos Chillaos Cuando el arte moderno dialoga con la iconografía precolombina”. <https://zoomartparis.fr/les-purunmachos-chillaos>. Mi vínculo con el mundo indígena es porque mis raíces son parte de la cultura Chillaos.

El predominio del azul en tu paleta otorga a tus obras una atmósfera onírica particular. ¿Podrías hablarnos del papel de la cromaticidad y de su vínculo psicológico en tu obra?

El uso predominante del color azul en mis pinturas se asocia a la tristeza, la melancolía y la soledad. Mi paleta monocromática de este color crea una sensación de frialdad, tristeza e introspección. Armonizo azules análogos para darle poesía, con un punto focal que en la mayoría de mis obras es el complemento.

“

El uso del azul en mi obra evoca tristeza, introspección y poesía; es mi forma de hablar desde la soledad

Cuéntanos sobre tu muestra individual Sueños de Libertad y la experiencia con a galería en Roma.

Es una gran oportunidad para mostrar el arte y la plástica, no solo mía, más bien pretendo representar a mi generación y a mi país, para decirle al mundo, que en el Perú hay motivo suficiente para desarrollar las artes plásticas de manera integral y exquisita, porque estamos rodeados de elementos culturales, históricos e incluso con la riqueza medio ambiental. Somos un país privilegiado, pero al mismo tiempo, no hemos logrado los mecanismos para no destruirnos entre nosotros mismos. Deseo manifestar en Europa, el sueño de libertad que todo ser humano cuerdo así lo desea. Porque si la tenemos, siendo verdaderamente libres,

podremos ser el ideal de país y de sociedad. Por otro lado, las galerías de Roma están dando la oportunidad a nuevos talentos pero que demuestren profesionalismo, disciplina y fundamentalmente creatividad. Esas son las condiciones para tener la oportunidad de mostrarse al mundo europeo y estoy contento con esta gran oportunidad y que lo estamos haciendo sin el apoyo de alguna entidad estatal, porque dejaría de ser libre, además porque los artistas auténticos no lo necesitan, basta con brindar un arte exquisito y de gran nivel, para que puedas solventar todo lo que sea necesario y con sacrificio, este tipo de experiencias y únicas.

¿Qué entiendes hoy por libertad desde tu práctica artística?

Hay libertades que son el ideal de la condición humana a través del tiempo y los siglos: Libertad de pensamiento y de opinión y la libertad frente a la esclavitud y la opresión. Añado una más: Libertad para caminar el mundo y poder pintar mis sueños con mi paleta.

Con respecto al coleccionismo, ¿tienes mayor aceptación en el mercado internacional o también en el nacional?

Como propuesta y creación, la aceptación es a nivel internacional, especialmente desde los centros culturales y universidades top del planeta, por ejemplo, la Universidad Sorbona de París.

“

Mi arte nace del paisaje y la memoria de la Amazonía.

Por último, tu visión sobre el medio artístico local, sus limitaciones y posibilidades

Haciendo mérito a mi libertad de pensamiento y opinión, puedo manifestar que, mi visión sobre el medio artístico local, sus limitaciones y posibilidades, no es la ideal, porque para ser aceptado en las galerías de mayor prestigio, tienes que sujetarte a las reglas de juego y del mercado, es decir, parafraseando al genio de Mario Vargas Llosa: existe una complicidad entre el crítico de arte, los dueños de las galerías y el artista, se tiene que pintar según la hegemonía cultural del momento y al gusto del cliente para decorar sus salas y a cambio, recibes prestigio, becas, publicidad y marketing. Para revertir esta agenda no cultural, debemos volver a la génesis del auténtico arte, en resumen, luchar aun con la vida, para ser verdaderamente libres.



TÍTULO: POR CADA PASO UN ALIENTO
TÉCNICA: Óleo sobre lienzo
MEDIDA: 81X65cm



Por último, tu visión sobre el medio artístico local, sus limitaciones y posibilidades

Lo que se viene para el 2026 es una exposición individual en el Centro Cultural de la UNIFE en la Molina. Además, una exposición individual y exquisita que en su momento se publicará, nuevamente en Europa y pronto en los EEUU.

TÍTULO: Eres el océano entero en una gota
TÉCNICA: Óleo sobre lienzo
MEDIDA: 80X100cm

Reseña de «Sube el volumen: Rock y Sociedad 1980-2019 Lima-Perú»

A fines del año pasado, la editorial Octógono publicó Sube el volumen: Rock y Sociedad 1980-2019 Lima, Perú, un importante texto sobre el desarrollo del rock en la capital peruana a través de procesos sociales que guiaron su identidad. La obra se divide en una introducción y cinco capítulos trabajados por Mauricio Flores, Ernesto Bernilla, Fabiola Bazo, Mariano Vargas, Gerardo Silva, y Kamilo Riveros.

A manera de introducción, se presenta un resumen histórico del nacimiento del rock en los países de habla inglesa, pero sobre todo de cómo la industria musical fue diseñada de acuerdo con el modo de vida juvenil de mitad del Siglo XX. Precisamente, fueron los jóvenes el foco de su mercado, lo cual encaminó un consumo mundial de música rock desde la industria estadounidense. En nuestro país, la historia no fue muy distinta. La música rock, importada de los Estados Unidos, logró una fuerte aceptación en la juventud peruana, y no solo propició la creación de grupos locales, sino también el fomento de un estilo de vida y cultura derivada del producto rock. Por supuesto, dicho encuentro de culturas estuvo medido por la realidad local, principalmente la capitalina, cuyo contexto de entonces enfrentaba temas sociales, como la migración desde el interior, hasta los episodios de violencia ocurridos en los años ochenta.

El primer capítulo, titulado Anarquía y Rocanrol: Rock subterráneo en la Lima de los años ochenta, escrito por Fabiola Bazo, aborda el proceso rockero local desde un ámbito social. En una época congestionada por la violencia política, eran pocos los rockeros “oficiales”, ante lo cual surgieron distintas propuestas alternativas, casi todas autogestionadas en cuanto a grabaciones

y adquisición de instrumentos. Además, su propuesta estética y el “mensaje” que buscaban transmitir era el de una sociedad sin distinciones, con igualdad de oportunidades y que abogara por la libertad individual y colectiva. De esta escena destacaron grupos como Guerrilla Urbana, Autopsia, Leuzemia, Narcosis, entre otros. La movida subte vio su ocaso a inicios de los años noventa a raíz de

“

Un importante texto sobre el desarrollo del rock en la capital peruana a través de procesos sociales que guiaron su identidad. legal y moral, lamentable pan amargo de cada día en nuestra sociedad.

los cambios sociopolíticos acontecidos.

En De todas las razas y de todo color: la configuración del circuito rockero en El Agustino, texto de Mariano Vargas, se expone la escena rock del distrito de El Agustino, el cual tuvo un papel muy importante para los grupos autogestionados y que, gracias al recordado festival Agustirock, promovió la aparición de importantes bandas locales. La gestión del colectivo G.R.A.S.S (Grupos Rockeros de El Agustino Surgiendo Solos) fue un claro ejemplo de cómo autogestionar una movida cultural musical.

El tercer capítulo “Chiqui-Punk”: La historia del Punk Melódico Peruano (1996-2016), entrega de Gerardo Silva, sitúa el punk juvenil de finales de los 90´s. Pertenecientes a una generación y clases sociales distintas,

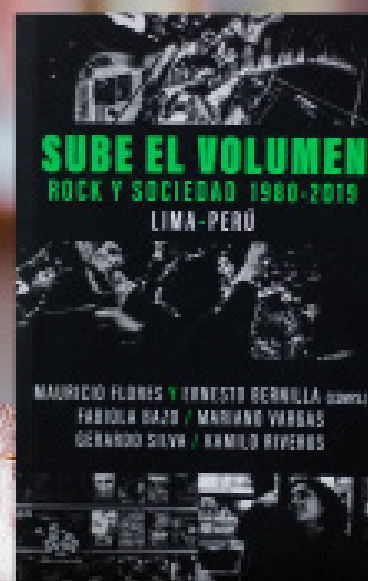
CuentaArtes

Sube el volumen

Rock y Sociedad 1980- 2019
Lima - Perú

Varios autores

Reseña de Aarón Alva



el llamado punk melódico vio sus raíces en jóvenes cuyas preocupaciones eran distintas a las de sus predecesores ochenteros. Influenciados por las bandas californianas, la nueva generación de músicos punk también fue en parte autogestionada, pero tuvo un alcance masivo importante en la juventud limeña. Desde bares en Barranco hasta conciertos multitudinarios, el punk melódico marcó una etapa donde la música experimentaba no solo nuevas estéticas, sino también nuevas formas de adquisición y sobre todo de comunicación entre grupos y oyentes. Destacaron bandas como Asmereir, Dalevuelta, 6 Voltios, etc.

Continúa el capítulo Los ruidos profundos: Apuntes sobre los viajes de la cumbia por los circuitos del rock en Lima, de Mauricio Flores y Ernesto Bonilla. El texto estudia principalmente la fusión entre la música rock y la cumbia peruana. Si bien esto no es un hecho nuevo (desde los años 80's Micky Gonzáles y el mismo Daniel F experimentaron con dicha fusión), es en las últimas décadas donde se aprecia una mayor aparición y difusión de bandas que apuestan por aquella propuesta estética. Agrupaciones como Bareto, Olaya Sound Sistem, buscaron un sonido que emparente ambos géneros y enrumbaron su música a distintos estratos sociales. Por supuesto, se resalta también a la chicha como uno de los primeros géneros que mezcló el rock foráneo con géneros tropicales locales, el mismo que derivó en las vertientes actuales

relacionadas a la fusión.

El libro cierra con el capítulo Desde la escena para la escena (1990-2019): Cambios y continuidades en los circuitos musicales de Lima en el contexto de la masificación de rock subterráneo y la profesionalización de la autogestión. En él, Kamilo Riveros repasa las mencionadas décadas desde su experiencia personal como oyente y agente activo en la movida musical, citando no solo a grupos musicales, sino también a acciones y eventos impulsados por parte de las autoridades locales en favor del rock y demás géneros, así como medios de difusión masivos.

Sube el volumen representa un valioso aporte, no solo al estudio del rock peruano, sino también a la comprensión de nuestra sociedad e identidad local a través de aquel género musical. Invitamos a los lectores, melómanos y público interesado a darle una leída. Libro recomendado.

Ficha técnica:

Tapa rústica

Editorial: Octógono

311 páginas



AARÓN ALVA HURTADO
LIMA, PERÚ

CuentaArtes[✦]

El único indio bueno

Stephen Graham Jones

Reseña de Carlos Córdova Espinoza



El único indio bueno: terror con raíces profundas

El único indio bueno es una obra de folk horror y Slasher escrita por Stephen Graham Jones, uno de los autores de terror contemporáneo más premiados. La biblioteca de Carfax nos trae ahora su versión en español.

Buscando nuevas lecturas encontré multitud de recomendaciones sobre su obra. Me atrajo la hermosa portada de Carfax y me dispuse a darle una oportunidad. El libro superó mis expectativas en todos los aspectos.

Por el nombre y portada supuse que sería algo muy folk horror al estilo El Wendigo de Algernoon Blackwood, pero la obra rebosa de humor negro, comentarios irónicos, sarcasmos y bromas; además, el desarrollo de los personajes demuestra gran solvencia narrativa en el autor. La trama no se detiene en el pasado de sus protagonistas, sino que guía de forma intuitiva al lector, quien puede ir hilando los lazos y conflictos que dirigen las acciones.

Un libro puede tener muchas páginas y, aun así, no decir nada, ni representar bien a sus personajes y muchos menos generar empatía con ellos. El estilo narrativo de Graham fue lo que más me gustó del volumen, debido a su tratamiento de la cotidianidad, como si el lector fuese un transeúnte que oye una conversación ajena de pronto interesante y se detiene a escucharla por completo.

Por lo común, las obras de terror presentan al inicio un retrato de la “normalidad”, del día a día, el statu quo, y conforme avanza la historia se muestra un hecho, personaje o situación que altera dicho estado. Antes de ello, el escritor debe generar empatía entre el lector y aquella normalidad, y luego hacer creíble y funcional el cambio repentino sin perder el ritmo. Sin embargo, ocurre en ocasiones que los autores demoran más de la mitad del libro en construir la citada empatía y ejecutan mal el giro. El resultado se desmorona como un castillo de naipes.

Pero la obra de Graham Jones está muy bien construida en ese aspecto, pues el escritor muestra gran habilidad en el ritmo y en los diálogos, los cuales son inteligentes e interesantes. Además, a nivel narrativo aporta una experiencia propia tal, que me hizo sentir como un indio más en la reserva que describen las páginas.

Suelo leer diversas obras de terror, pero mi gusto apunta más a las de estilo folk horror, pues estas presentan temores de distintas culturas, lo cual es una forma de conocerlas mediante sus creencias, miedos y mitologías, y de conocer su percepción de la realidad. El único indio bueno es la primera novela que leo relacionada con nativos americanos. Su lectura ha sido placentera. Además, es importante mencionar la pertenencia del propio autor a la tribu de los pies negros, de modo que estamos ante un relato de alguien cuyo conocimiento de dicha cultura es genuino. Su escritura relata las costumbres, y, por supuesto, también los vicios que existen en su cultura, así como los tipos de lazos familiares y la convivencia colectiva.

En cuanto a la trama, se trata de una venganza de un grupo de jóvenes que rompen las leyes de su propia tribu y exceden lo permitido. Mientras avanza la historia, esto se convierte en un ciclo de presa y cazador entre la tribu y los rebeldes, quienes no recuerdan del todo sus raíces. Podría decirse que, en parte, la obra trata de cómo es ser nativo americano, sí, pero muestra constantemente la incertidumbre de los personajes: dudan de si aquel ritual o aquellas palabras eran correctos, o si debían pronunciarse a tal hora del día. Desconocen la cultura que han heredado. Sus abuelos los iniciaron, ellos hicieron oídos sordos y, hacia el final, se hallan en medio de un ritual con el hijo de uno de ellos. Entonces advierten que, en realidad, carecen de todo el conocimiento necesario y empiezan a improvisar. De ese modo, el espíritu al que hicieron enfadar años atrás los acecha y les da caza. No comprenden qué ocurre; sospechan —por los hechos que se revelan en los flashbacks del protagonista— que la causa está en su pasado, pero, al carecer de la sabiduría de

sus ancestros, son incapaces de enfrentarse a un ente surgido de su propia cultura.

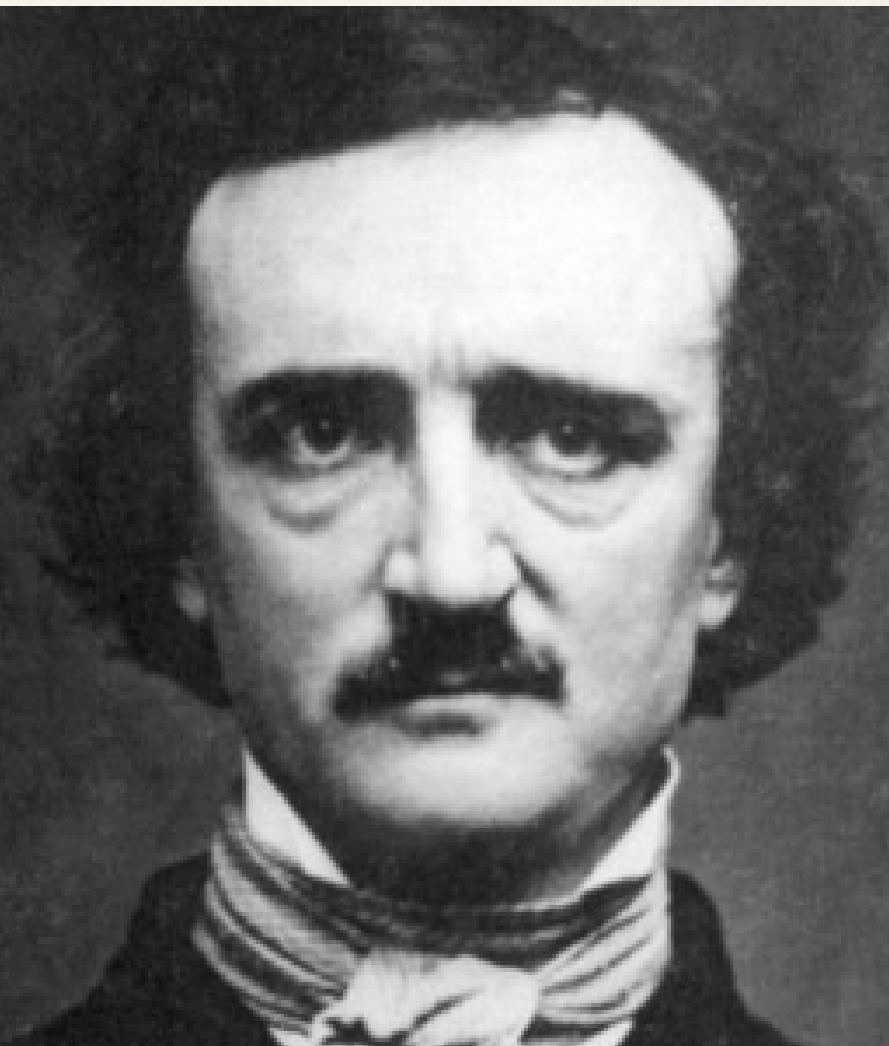
Por otro lado, se detalla cómo muchos indios son corrompidos por alcoholismo, las drogas, sufren de diabetes, y pierden los estribos en el manejo de su vida. Esto los obliga a retirarse a vivir en la reserva o vivir lejos de esta. Como se aprecia en las páginas, los amigos del personaje Lewis creen que este no soportó el mundo del hombre blanco y enloqueció. Ello no solo revela un recelo de los nativos hacia una sociedad manejada en su mayoría por quienes los aislaron en reservas, sino también la pérdida de la identidad cultural cuando los individuos buscan pertenecer a una cultura foránea de manera poco natural. En resumen, este libro es una increíble experiencia de lectura, un soplo fresco al género del slasher, que muchas veces no es sino un refrito continuo y sin originalidad. Les invito a leer *El único indio bueno*, y por mi parte indagaré más en la obra de Stephan Graham Jones.

“

El único indio bueno es un soplo fresco al género del slasher, con humor negro, crítica cultural y una narración que atrapa desde la cotidianidad.



CARLOS GABRIEL CÓRDOVA ESPINOZA
ECUADOR



El impacto literario de Edgar Allan Poe en la narrativa de terror y lo gótico

Por: José Antonio Samamé Saavedra

El terror literario constituye un mundo colmado de un sinfín de emociones experimentadas en una atmósfera opresiva, misteriosa, angustiante, entre otras, que transfieren al individuo a un escenario de entretenimiento frío, pese a trasladar la imaginación a lo desconocido, sobrenatural, gótico e irreal, ocasionando un dilema entre los desórdenes de la mente con la lógica que conduce a la locura y arrebató, evidenciándose estos matices en los relatos de Allan Poe “El padre de la narrativa del terror”, quién influyó notablemente en la producción literaria a nivel global y latinoamericana, por tanto, sus ribetes se visualizan en el cuento “Blacamán, el bueno, vendedor de milagros” de García Márquez,

el cual, expone una mezcla de la temática gótica con el terror psicológico.

En ese sentido, Edgar Allan Poe se erige como el escritor patriarca del cuento moderno, además considerado creador del género policial, cuyas narraciones exponen una temática entorno a lo fantasmagórico, evidenciándose con el relato de escenas de enterramientos a personas de forma prematura, desarrollo de catacumbas humanas misteriosas, incendios en el interior de una zona, entre otros hechos macabros, terroríficos y espeluznantes (Bossio 3).

En la producción literaria de Poe, se registra la intervención de un personaje en común: El Monstruo, cuya imaginación deriva de una cultura popular que lee, escucha y selecciona

para recrear elementos fantásticos en su poesía como en su prosa en concordancia con matices propias del romanticismo, además de adicionar particularidades modernistas. En ese sentido, su narrativa converge de una gama de temáticas que enriquecen sus escritos como: el horror, lo gótico, la locura, la obsesión, la muerte, entre otros. El relato titulado El gato negro se expone el pánico generado por sucesos inciertos, asociando lo sombrío con el misterio, la superstición y hechos funestos, asimismo, muestra una postura tendiente por escenas de necrofilia, manifestándose en sus obras: Entierro prematuro, Berenice, El misterio de Marie Roget, El corazón delator, La máscara de la muerte roja, El doble asesinato de la Calle Morgue, La verdad sobre el caso del señor Valdemar, La caída de la casa Usher, etc. (Alvarado 7).

Por tanto, los relatos desarrollados por Poe exponen emociones como el miedo, el odio y maldad, prescindiendo de elementos morales o éticos, con el fin de resaltar lo mórbido junto a lo terrorífico, lo cual, se transmite por medio de una atmósfera gótica, macabra, siniestra, entre otras peculiaridades que denotan su estilo, cuya influencia se refleja en el pensamiento como en la actuación oscura de los personajes, siendo notables entes malditos. De esta manera, el predominio de antihéroes trágicos en un mundo predestinado, asumiendo la conciencia un papel fundamental como castigo y tortura para los personajes principales que encaminan a su desenlace terrorífico, por consiguiente, mencionadas matices confieren a los textos un escenario espeluznante en su producción literaria, registrándose este abordaje temático en otros escritores influenciados.

La combinación de lo fantástico con lo terrorífico en sus relatos, se refleja en cada cambio de conducta y pensamiento experimentado por los personajes que conlleva a concretar actos macabros, ocasionándose una atmósfera sobrenatural e inquietante en la mente del lector, cuyo legado literario trasciende a otros escenarios, ejerciendo una influencia universal en diferentes escritores con

inclinación por tramas góticos, siniestros, trágicos, acciones infernales, criminales, mortales, maquiavélicas, etc. Cabe mencionar que, la mayoría de producción literaria de Poe, expone el enfrentamiento con un verdadero monstruo generado dentro del mismo personaje, el cual, es difícil de vencer o luchar por su presencia avasallante; por ende, siempre persiste el deseo de exterminarlo, ocasionándose una situación de tortura y locura.

Asimismo, dilucida la temática de la reencarnación en su relato titulado Ligeia publicado en 1838 que manifiesta la intervención de la voluntad como una fuerza invencible e impulsadora de un escenario sobrenatural hacia el retorno de un ente fantasmal de una amada en el cuerpo de otra mujer, resaltando el misterio y temor a los estragos producidos por la muerte en la protagonista en esta narración, hecho que encamina a efectuar la búsqueda de una fémina para su posterior reencuentro con su amado, luego del deceso de la segunda

“

Por tanto, los relatos desarrollados por Poe exponen emociones como el miedo, el odio y maldad, prescindiendo de elementos morales o éticos, con el fin de resaltar lo mórbido junto a lo terrorífico, lo cual, se transmite por medio de una atmósfera gótica, macabra, siniestra, entre otras peculiaridades que denotan su estilo." (Alvarado 7)

esposa (Alvarado 12).

En la narración *Los hechos en el caso del señor Valdemar*, se aúna el aspecto científico con la literatura, con el fin de involucrarse en un contexto sobrenatural que propicie detallar una serie de sucesos macabros y fantásticos como la retención del cuerpo posterior a la muerte por medio de la hipnosis o congelamiento durante meses pero después de aplicar pasos que eliminan ese estado, se evidencia una experiencia execrable monstruosa por la ausencia del cadáver, dejando sólo un líquido putrefacto. De esta manera, se colige diversas temáticas con énfasis en lo alucinante, terrorífico, oscuro, entre otros (Alvarado 18).

La influencia ejercida por Poe en la literatura de la jurisdicción mexicana comienza con la producción de obras de Englekirk, específicamente con la publicación de *Edgar Allan Poe in Hispanic Literature*, la cual, expone una gama de transcripciones articuladas con un análisis crítico acerca del acervo cultural propio del Padre del Terror, asimismo, la manifestación del relato *Los raros de Darío* junto con la traducción del *Cuervo* desarrollada por el español Juan Antonio Pérez Bonalde, entre otros hallazgos literarios que demuestran un profundo interés por el mencionado autor, evidenciándose su injerencia en la mayoría de los escritores modernistas como Pedro Salinas. Cabe resaltar que, respecto al estilo empleado por Poe en prosa se registró notable incidencia en España, preponderando la repercusión de la poesía en el continente americano, por ende, los literatos hispanoamericanos se inclinaron por el género lírico en relación con la narrativa, sobresaliendo Enrique González Martínez, Manuel Gutiérrez Nájera y Amado Nervo; aunque éste último se orientó por considerar matices del inventor del relato detectivesco en la narrativa (Hernández 16). En la obra de escritor mexicano Vicente Quirarte titulada *Zarco, Poe y Baudelaire: La invención del dandy*, se registra algunos vínculos presentes entre la producción del estadounidense, mexicano y francés; asimismo, con participación intelectual de Lilia Vieyra se desarrollaron varios artículos como por ejemplo *Edgar Allan Poe en México: Apuntes sobre su recepción*

“

"Edgar Allan Poe se erige como el escritor patriarca del cuento moderno, además considerado creador del género policial, cuyas narraciones exponen una temática entorno a lo fantasmagórico, evidenciándose con el relato de escenas de enterramientos a personas de forma prematura, desarrollo de catacumbas humanas misteriosas, incendios en el interior de una zona, entre otros hechos macabros, terroríficos y espeluznantes."
(Bossio 3)

biblio – hemerográfica y Poe entre nosotros, constituyendo textos generados del análisis de traducciones, apreciaciones críticas, además de obras derivadas de la inspiración transmitida por el estilo poeniano, por tanto, reivindican el trabajo literario realizado por el escritor estadounidense, sin prescindir de explicar su influencia en el movimiento modernista, lo cual, se denota en la narración *Asfódelos* de Bernardo Couto Castillo, *Cuentos nerviosos* de Carlos Díaz Dufoo; *Croquis y sepias* además de *Claro - Oscuro* de Ciro Ceballos, etc. (Quirarte 63). En concordancia con el analítico Quirarte, el legado literario de Poe se evidenció notablemente en diferentes países, siendo Francia la primera nación en exponer el baluarte de sus obras maestras en el periodo del Modernismo con su máximo representante Baudelaire, asimismo se

denota su influencia en escritores mexicanos decadentistas.

Las obras de Allan Poe se caracterizan por expresar matices articuladas con la corriente positivista, pues, se registran ciertos aspectos científicos en la trama. Posteriormente, en el siglo XX, se demuestran algunos cambios en la producción literaria, resaltando la introducción del realismo fantástico o neofantástico con ausencia del miedo intratextual, lo cual, se manifiesta en las obras de autores como Cortázar, Kafka, Borges y García Márquez (Hernández 66).

Respecto al artículo titulado Poe in Spain and Spanish America desarrollado por Pedro Salinas, se dilucida con precisión la injerencia efectuada del autor del relato El gato negro en la poesía, especialmente en el movimiento literario del modernismo hispanoamericano como un legado que revela la emancipación del continente americano del yugo español, sin embargo, en los poetas del país ibérico no ejerció una incidencia significativa porque no pretendían generar revoluciones en ningún aspecto (31).

De esta forma, es necesario rescatar algunos trabajos de la narrativa fantástica española que manifiestan la repercusión del escritor estadounidense, como la producción literaria realizada por Rodríguez, en específico Presencia de Edgar Allan Poe en la literatura española del siglo XIX, obra que muestra una indagación cautelosa de las traducciones de los relatos, cuentos, entre otras narraciones, además denota un análisis de los argumentos expuestos por Englekirk. Por otro lado, David Roas publicó La sombra del cuervo. Edgar Allan Poe y la literatura fantástica del siglo XIX, enfocándose en determinar la influencia del estilo poeniano en una obra o hipertexto determinado, es decir, verificar los elementos fantásticos extraídos posterior a la comprensión de los escritos producidos por el Padre del cuento moderno, a fin de ocasionar estímulos por el género expuesto en su narrativa que conlleve a diferentes autores a proseguir expandiendo matices derivadas del fantástico de formas semejante a Poe con adición de particularidades en base a la creatividad, experiencia, ideología propia del mismo. Finalmente, en su catálogo revela la influencia del maestro del

relato corto y horror en diferentes escritores, destacando Rafael Serrano Alcázar, Pedro Escamilla, Gustavo Adolfo Bécquer, Pedro Antonio de Alarcón, Pío Baroja, entre otros, por consiguiente, se demuestra una postura contraria a lo expuesto anteriormente (Hernández 17).

Cabe mencionar que, Rodríguez dilucida en su obra la presencia de la esencia del estilo de Poe, desarrollando una comparación literaria con autores españoles en relación a una misma temática expresa en los relatos que converge en ausencia de predominio significativo del autor estadounidense, pese a ciertas coincidencias evidenciadas en la trama realizado. Respecto al análisis crítico de Roas, se denota una perspectiva diferente enmarcada en la ejecución de un fenómeno dinámico de examinación e indagación de los textos procedentes de la obra de Poe, con el propósito de establecer similitudes como diferencias en la construcción literaria fantástica en la producción de otros escritores, por tanto, este analista concede un aporte completo conformado de transcripciones españolas referente al legado en prosa del maestro del terror, optando por evaluar diversos aspectos o tramas que fueron relegados en estudios anteriores, lo cual, engloba la imitación, adaptación y publicación de textos apócrifos producto de la gran divulgación e impecable labor literaria de mencionado escritor.

En tanto, el enfoque de la literatura del horror en relatos de temática sobrenatural con realce en matices de terror por la descripción de mundos desconocidos, sombríos, oscuros, góticos, etc., los cuales, exponen el predominio de las manifestaciones más malignas en el ser humano, es decir, extrañas monstruosidades que habitan en el interior más profundo del universo terrestre, denotándose por medio de los poderes maléficos ejecutados por las brujas, además de otros sujetos demoníacos que influyen en la conducta del hombre de forma negativa, pues conlleva a su degradación y abominación, siendo los escritores iniciadores de narraciones con este género Machen, así como, Howard Lovecraft, sujeto a la influencia del macabrismo poeniano para engendrar su propio estilo.

Asimismo, es importante resaltar la influencia del tema policial incluido por Poe en su narrativa en las obras literarias de Borges con matices propias que han determinado el cuento contemporáneo, escenario que converge en el surgimiento de un nuevo lector en relación al género de la época. Anteriormente, predominaba la ejecución de una operación intelectual para resolver los enigmas presentes en la narración, generándose una atmósfera inquietante con suspenso en el lector hasta determinar con claridad las causas del crimen expuesto. No obstante, en la actualidad el lector con experiencia en ficciones policiales no siente miedo ante situaciones denotadas de misterio, pues conocen la solución como el desenlace del asesinato en la historia (Cortínez 130).

Por otro lado, en la producción cultural del exime escritor Jorge Luis Borges en las narraciones Ficciones o El Aleph, transmite un miedo metafísico que emana de experimentar sensaciones de violación a hábitos mentales relacionado a un contexto apocalíptico en conjunto emplea un mecanismo denominado el “falso don” contemplado en la literatura fantástica atribuido a conceder un deseo capaz avivar la voluntad de superar los límites cognoscitivos o existenciales, pero enrumba hacia un castigo denotado por la ansiedad y fanatismo, en tanto, su obra pretende enfrentar el miedo a los límites comprimiendo anhelos de transcendencia. En ese sentido, la evolución de la literatura propició al escritor estadounidense a crear el género policial que ocasionó transformaciones atractivas para generar experiencias novedosas o curiosas infundiendo temor en la audiencia que incite a convertirse en un detective con destreza intelectual en aras de plantear hipótesis junto con los pasos a ejecutar en el descubrimiento del misterio. Sin embargo, Borges en su producción literaria pretende plasmar elementos del género policial con estilo propio en concordancia con las exigencias del lector contemporáneo.

La producción narrativa de Poe alberga una gama de matices que transfieren sensaciones de miedo e inseguridad frente a situaciones siniestras, pues articula lo ordinario con

aspectos metafísicos o sobrenaturales mediante recursos literarios como la hipérbole que adiciona sentimientos de odios de forma extrema, lo cual, se desencadena en hechos macabros, terroríficos y espeluznantes que exponen el desequilibrio mental de sujeto criminal, además de sucesos inexplicables con transcendencia de lo racional. En ese sentido, la influencia de su obra vasta en diferentes escritores prolifera un amplio conocimiento crítico respecto al horror, lo absurdo e inverosímil, con el fin de proporcionar un género y estilo acorde con la mentalidad del lector.

Referencias Bibliográficas

Alvarado, Óscar. «Edgar Allan Poe (1809-1849): “El gato negro” y otros relatos fantásticos monstruosos.» Revista Estudios (2016): pp. 1 - 18. <<https://dialnet.unirioja.es> > descarga > artículo>.

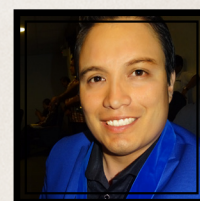
Bossio, Sandro. El abismo que nos mira: el terror y lo gótico en las novelas de Mario Vargas Llosa. Lima: Universidad Continental, 2016. <<https://revistas.ulima.edu.pe/index.php/enlineasgenerales/article/viewFile/1842/1870>>.

Cortínez, Verónica. «De Poe a Borges: La creación del lector policial.» RHM XLVIII (1995): pp. 127 - 136. <<https://www.spanport.ucla.edu/wp-content/uploads/2014/10/De-Poe-a-Borges.pdf>>.

Hernández, Sergio. La recepción e influencia de Edgar Allan Poe en México. Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona, 2016. <<https://www.tdx.cat/bitstream/handle/10803/384938/sahr1de1.pdf>>.

Quirarte, Vicente. «Poe entre nosotros.» Revista de la Universidad de México (2009): pp. 61 - 66.

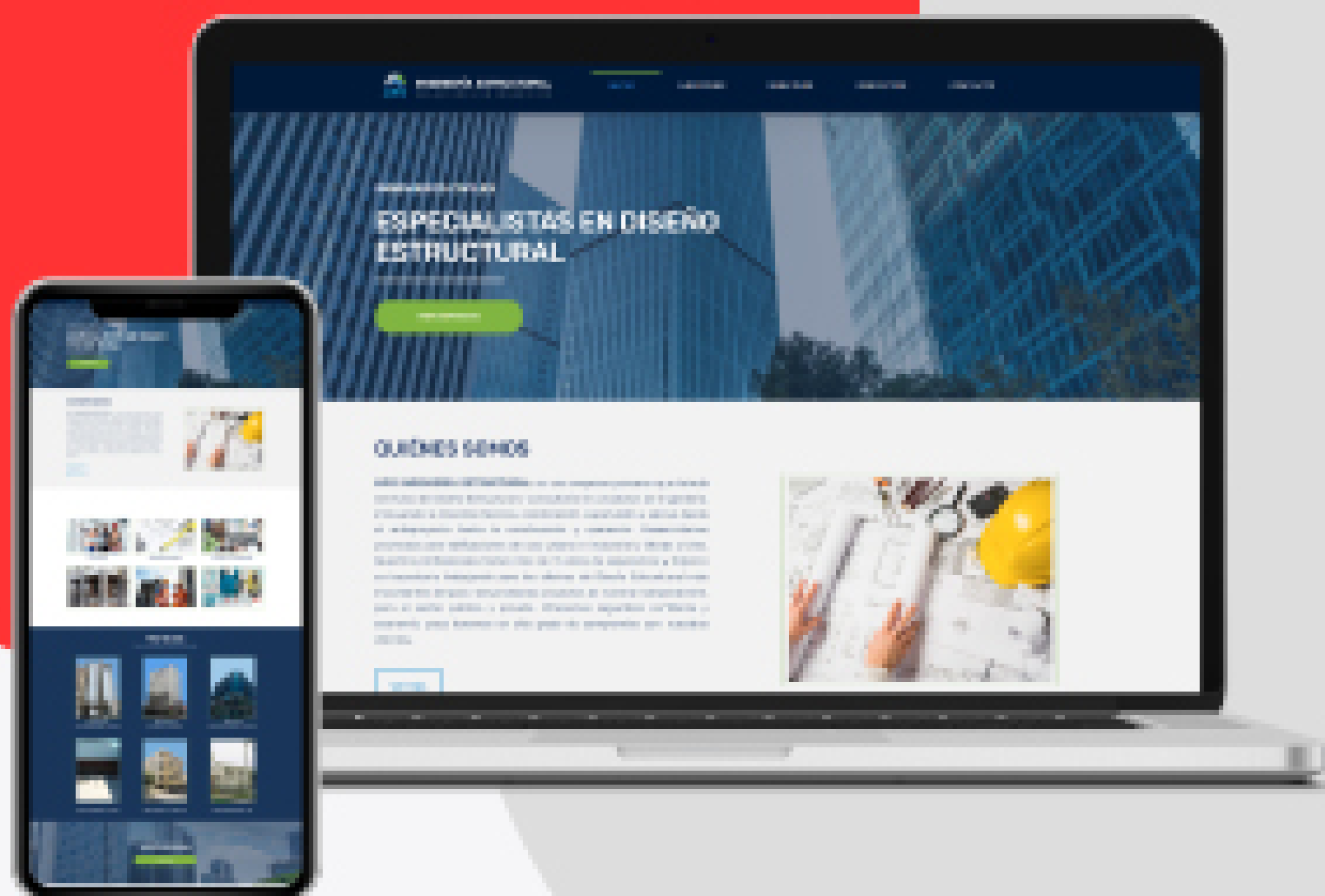
Salinas, Pedro. Poe in Spain and Spanish America. 1941. <<https://www.eapoe.org/papers/psblctrs/pl19411.htm>>.



JOSÉ ANTONIO SAMAMÉ SAAVEDRA
LAMBAYEQUE-PERÚ

DISEÑO WEB

para tu negocio
o marca personal



Visita portafolio

☎ 951797835
✉ luccidesign@luciaportocarrero.com
f @lucclmediadesign
📷 @lucclmediadesign

ALFREDO LEMONARGENTINA



Vendrá la primavera y tendrá tus ojos

En el amanecer del verbo la boca roza la belleza
Bienvenida bienaventuranza
sustancia de la creación
azúcar de oro

Huérfano y aprendiz en tu palacio me refugio
Me sedujo tu piel tu miel tu pulpa
¡Júbilo porque sí, apuesto!

Alabanza y goce
Deseo hecho razón y bonanza

Recuerdo un escenario hechizado
donde unas mujeres danzaban como cisnes

Basta sentir el amor una vez para siempre
Todo es frágil como un imperio o una pluma
Nada es perdurable pero el olvido sí

También el Hades es un cuento de hadas

Seguí respirando
Elegí continuar



Kutiy / Kutimuy

Aguardo con calma
en la ribera de lo incierto,
esperando a la mañana,
a esa grieta de luz naciente
que se abre entre 30 millones de esperanzas.
Espero que retornes,
que desarmes esa máscara de memoria intrusa,
y redimas el peso de tus pasos en mi historia.

Espero bajo la lluvia de otoño,
enredado en la trama de un tiempo que no avanza.
Que llegue febrero o marzo,
pero no octubre,
octubre con su resabio de distancias,
con su olor a puertas cerradas.

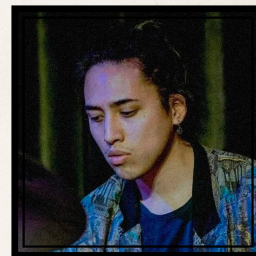
Que emerjas del corazón árido,
de esa voluntad divina que anuncias
como un dogma indomable.
Que desciendas de tu altar de certezas
y arrastres contigo el peso de las estaciones,
rompiendo el círculo que detiene mi espera.

Mientras tanto,
la lluvia insiste en su letanía,
el viento se lleva mis preguntas,
y el tiempo,
ese dios indiferente,
borra los contornos de tu sombra.

Aun así, aguardo,
porque la fe en tu retorno
es la única herencia
que aún no me roba el olvido.

BRUNO TIMARCHI

PERÚ / HOLANDA

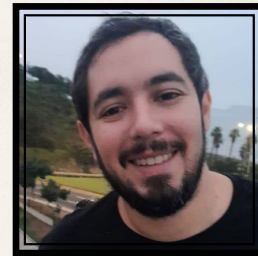


Aún en los últimos instantes, la Muerte parece no querer asomarse.
 Queriendo arrancar todo vestigio de orgullo
 Ahí,
 donde ahora solo se encuentra
 hematomas llagas abatimiento,
 La Parca despoja sin sonrisa o pena en el cuerpo. De su manto emana señorial
 aburrimiento, parsimonia macerada desde el aliento primigenio.
 En esos últimos instantes, el sopor del tiempo laxa todo esfuerzo.
 Es todo confuso. Triste.
 Aun así...
 Una sonrisa.
 Las ganas de hablar.
 De comer dulce.
 De vivir,
 mientras se espera con ansias la visita de quien hasta ahora permanece silente.

11:05 pm
 18/07/23
 Castilla, Piura, Perú.

Hay algo en el remolino verde harina de coca que danza en mi té de un mediodía
 compuesto por un sol que jamás llega a su cénit; hay algo, sin duda, maravilloso.
 Remolino fruición de las plantas felices,
 plantas sagradas
 que viajan centrifugadas por mi sangre y me abren el camino
 para llegar más alto
 que aquel sol escondido
 tras las nubes que sollozan
 al otro lado de mi ventana.

12:22 pm
 27/02/24
 Korrewegwijk, Gro, Holanda.



La ventana

En claustro el pájaro intenta liberarse
Cargando consigo un ancla
Hecha de los cadáveres del alma
Y de hijas amargas de la realidad.

Algo inmóvil, sin embargo
En la espina dorsal del tiempo permanece.
Y por más que manos en añicos
Aprieten un sol que intenta no morir,
Sólo en un sitio sin luz es que se oculta
Un templo de fantasmagóricos vitrales...

Donde las imágenes de los primordios se revelan.

(Ruptura del ego y su prisión
Lanzamiento del alma contra el cosmos
Un mar voraz en el frío más allá
Una ventana entre el hombre
Y el cielo que lo protege)

La ventana se abre... Solamente
Se puede ver el espectáculo de fuera
O soñar que se está dentro,
Pero no se puede volar a través
De la gran catedral que a todo somete...
Y las puertas, herméticas, se cierran.

(Del libro Rumbo a lo infinito de la propia voz, publicado por la editorial Vicio Perpetuo)

FRIDO MARTÍNLIMA / PERÚ



En el blanco desta hoja

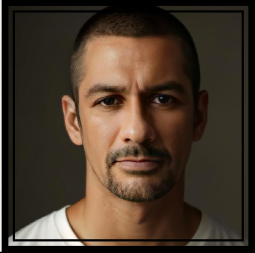
En el blanco desta hoja
está el blanco de tus ojos
destos ojos que no ven
que no ven más que los labios
que los labios desta hoja
desta hoja que no cae
que no cae más que en tu cuello
que en tu cuello que despide
un gran chorro bermellón
un gran chorro y tu cabeza
tu cabeza entre tus piernas
al abismo de tus ojos

Estas-Estos-Este-Estos

Estas fosas comunes de tus ojos
donde caen los cuerpos que transitan
el país de cristal de la pantalla
que ilumina el recinto donde habitan
estos ojos que moras en la noche
de cristal donde caes como uno más
para olvido del verso precedente
que desnuda tus piernas succulentas
este vértigo oscuro y a destiempo
que no puede anunciar el venidero
glauco abismo que me abres con tus labios
estos labios que besan invidentes
estas fosas comunes de tus ojos
donde caigo sin son y sin mudanza

ARTURO CAÑEDO

LIMA - PERÚ



LIMA LEJANA 1



LIMA LEJANA 2

VICKY ÁVALOS CARRILLO
LIMA - PERÚ



DIÁLOGO ENTRE DOS SOMBRAS (2024),
díptico de la serie Giros de 180, fotografía digital B/N
Impresión sobre lienzo 40 x 60 cm



GROVER ZAVALA

LIMA- PERÚ



Reflejos de Paz
Año: 2024
Velocidad: 1/100 s
Apertura: F/8
ISO: 100
Lente: Canon 28-135/ 28mm
Cámara: Canon EOS 80D



Centinela del Universo

Año: 2024

Velocidad: 25 s

Apertura: F/2.8

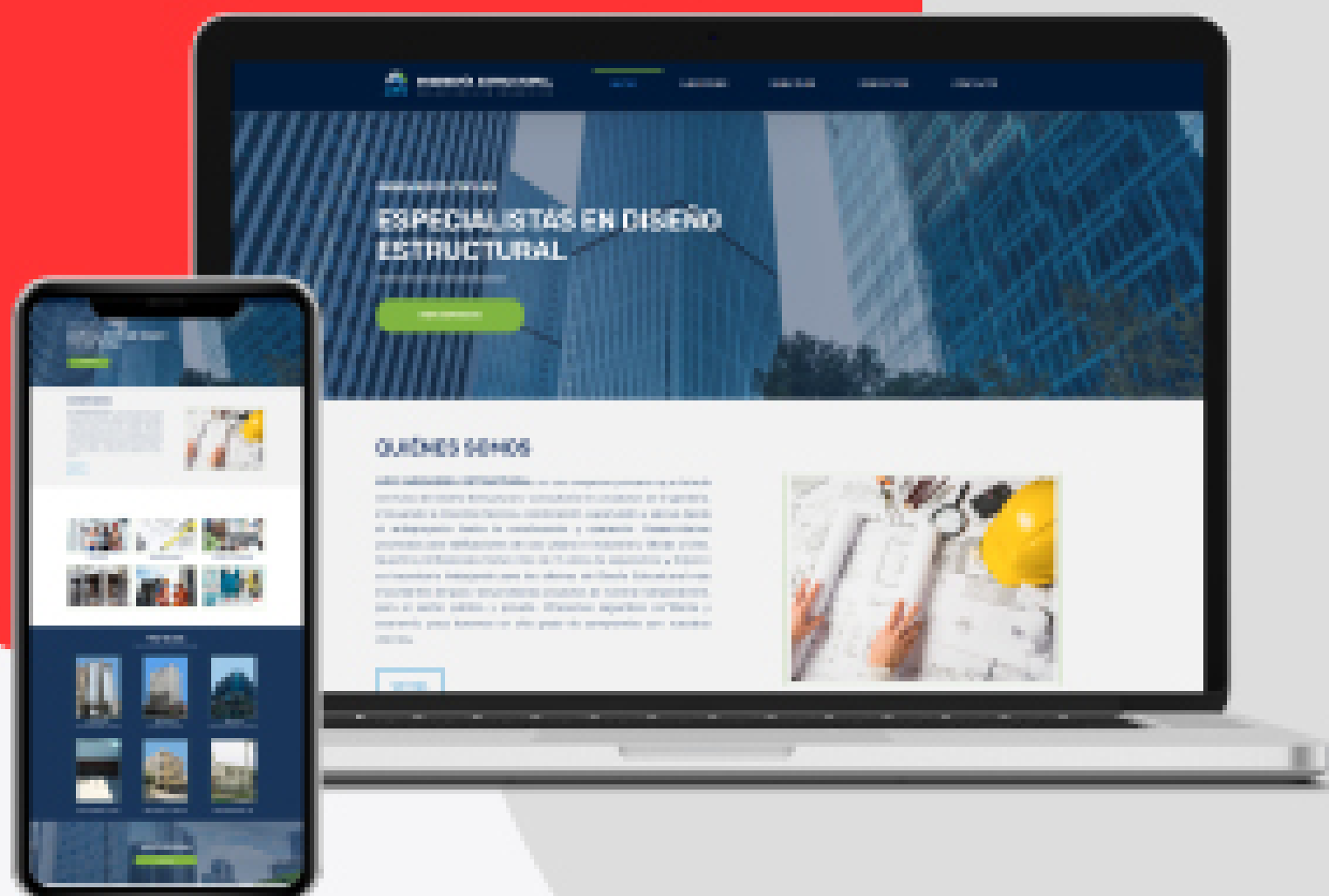
ISO: 4000

Lente: Tokina atx-i 11-16mm F2.8 CF/ 11mm

Cámara: Canon EOS 80D

DISEÑO WEB

para tu negocio
o marca personal



Visita portafolio

☎ 951797835
✉ luccidesign@luciaportocarrero.com
f @lucclmediadesign
i @lucclmediadesign

ABEL ZÚNIGA MORA

CUSCO - PERÚ



TÍTULO DE LA OBRA: ATOQ
TÉCNICA: Pintura digital (Photoshop)
DIMENSIONES: 29.7 cm x 42 cm
FECHA: 2024

SINI RUEDA

LIMA - PERÚ



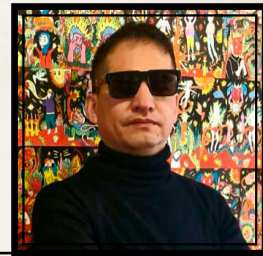
Título: Ensayo general
Medidas: 40cm x 64cm
Técnica: acuarela y plumón caligráfico
Año: 2024



Título: Pequeños piccolistas
Medidas: 16cm x 9cm
Técnica: acuarela y plumón caligráfico
Año: 2025

CARLO CALANCHE

CUSCO - PERÚ



Título: "Mapas"

Técnica: Tinta china, rotuladores y gouache sobre cartulina de algodón

Medidas: 28 x 20 cm

Año de creación: 2024



Título: “Last Night a MC Saved My Life”
Técnica: Tinta china, rotuladores y gouache sobre cartulina de algodón
Medidas: 21 x 21 cm
Año de creación: 2024

GUSTAVO CHENEAUX

AREQUIPA - PERÚ



Smooth and Rogue
Arte Digital
2022



Urban Venus #01
Arte Digital
2023

MICHAEL ESPINOZA ASCÁRATE

LIMA - PERÚ



Peruvianito
Grafito sobre papel
24 x 34 cm
2022



Don Yuki y doña Elisa
Grafito sobre papel
24 x 34 cm
2022

JESSICA ZIMMERMANN

LIMA - PERÚ



Título: “La siembra”

Técnica: lápiz y acuarela sobre cartulina canson 180gr.

Medidas: 24 x 32 cm

Año de creación: 2020



Título: “Tres semillas”
Técnica: lápiz sobre cartulina canson 180gr.
Medidas: 21 x 29.7 cm
Año de creación: 2020

FERNANDO PEÑA

AREQUIPA - PERÚ

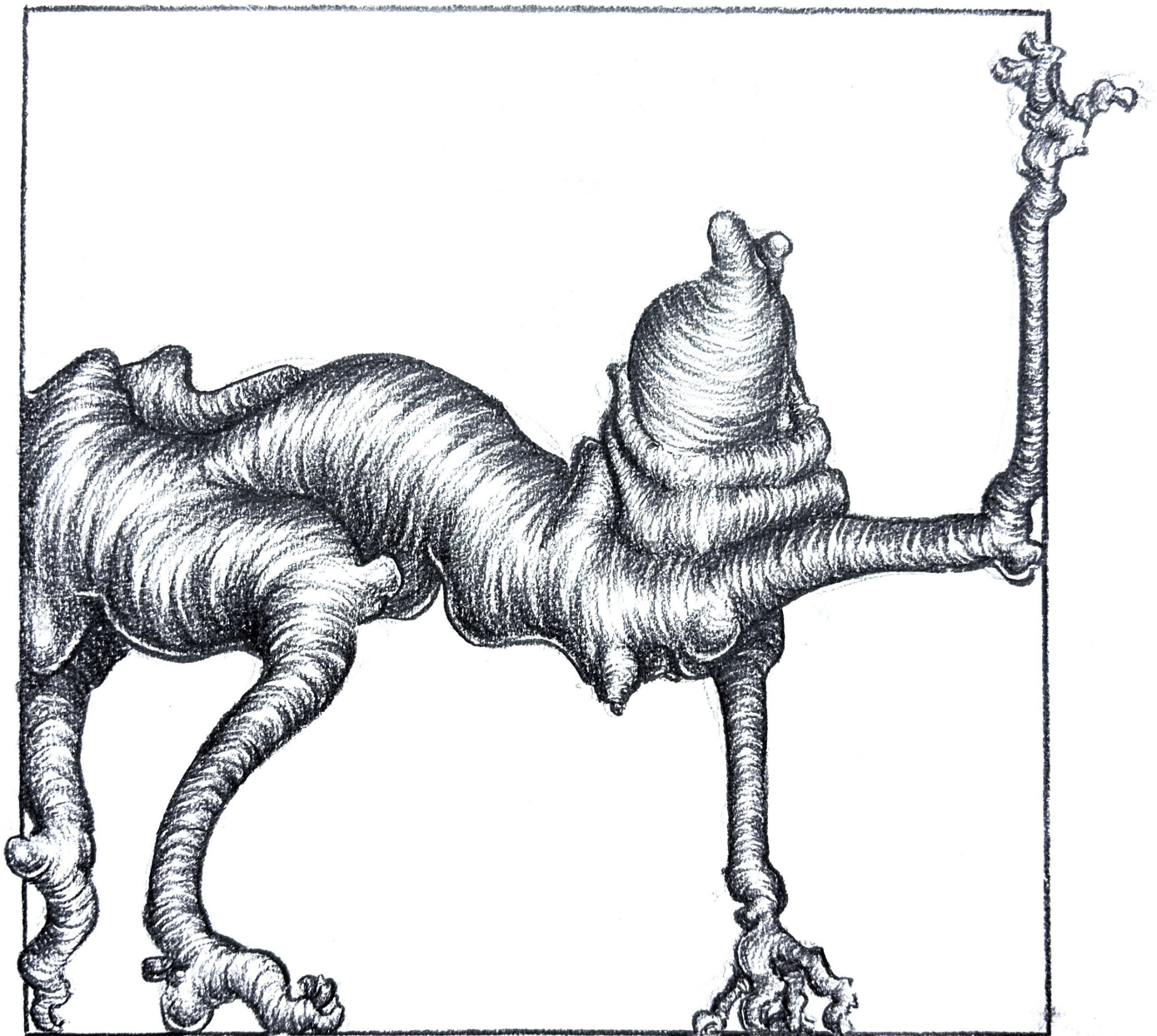


Título: Presidio

Técnica: Grafito

Medida: 20X20cm

Año de Creación: 2025



Título: Presidio
Técnica: Grafito
Medida: 20X20cm
Año de Creación: 2025

ALEJANDRA POPA ESPINOZA

LIMA - PERÚ



Coxis flores, 2017

Colores polycromos sobre cartulina Canson

47,5 x 39,5 cm

Colección privada



Columna botánica, 2017
Colores polycromos sobre cartulina Canson
40 x 37 cm

ADRIANA SCHWINDT

ARGENTINA



TÍTULO: "EXÓTICAS"

MEDIDAS: 0,30 X 0,20 cm

TÉCNICA: Mixta (pastel al óleo, fibra, acrílico, stencil)

SOPORTE: papel de alto gramaje

FECHA: Diciembre 2021



TÍTULO: "LOZANAS"

MEDIDAS: 0,30 X 0,20 cm

TÉCNICA: Mixta (pastel al óleo, fibra, acrílico, stencil)

SOPORTE: papel de alto gramaje

FECHA: Diciembre 2021

GIAN C. MARQUINA REYES

TRUJILLO - PERÚ



Camila
Técnica: Óleo sobre lienzo
Medidas: 50x40cm
2024



Pasión y muerte
Técnica: Acrílico sobre cartón
Medidas: 30cm
2025

LUIS PORTILLA

CHACHAPOYAS - PERÚ



Martha y el ídolo
Acrílico sobre lienzo
50 x 60 cm



Artemisa
Óleo sobre lienzo
100 x 100 cm

LUIS A. ACHINTE SALAZAR

COLOMBIA



Título: “El chamán espera la noche”

Técnica: acrílico y carboncillo sobre lienzo

Medidas: 50 x 50 cm.

Año de creación: 2024



Título: “Etnia y territorio”

Técnica: acrílico y carboncillo sobre lienzo

Medidas: 50 x 50 cm.

Año de creación: 2024

CARLOS A. JACANAMIJOY QUINCHOA

COLOMBIA



Título: Fiesta de la Luna
Técnica: mixta
Dimensión: 90*60
Año: 2023



Título: Sagaz
Técnica: mixta
Dimensión: 90*60
Año: 2023.

JESUS V. SALVADOR PORTUGUEZ

LIMA, PERÚ



“Yawar”

Técnica: óleo sobre tela

Medidas: 60 x 80 cm

Año: 2022

JOSÉ G. PÉREZ NIQUIN

TRUJILLO - PERÚ



TITULO: Ruinas de Nunamarca.
TÉCNICA: Óleo sobre Lienzo.
MEDIDAS: 100 X 70 cm.

DIEGO LÓPEZ BRANDÓN

MONTEVIDEO, URUGUAY



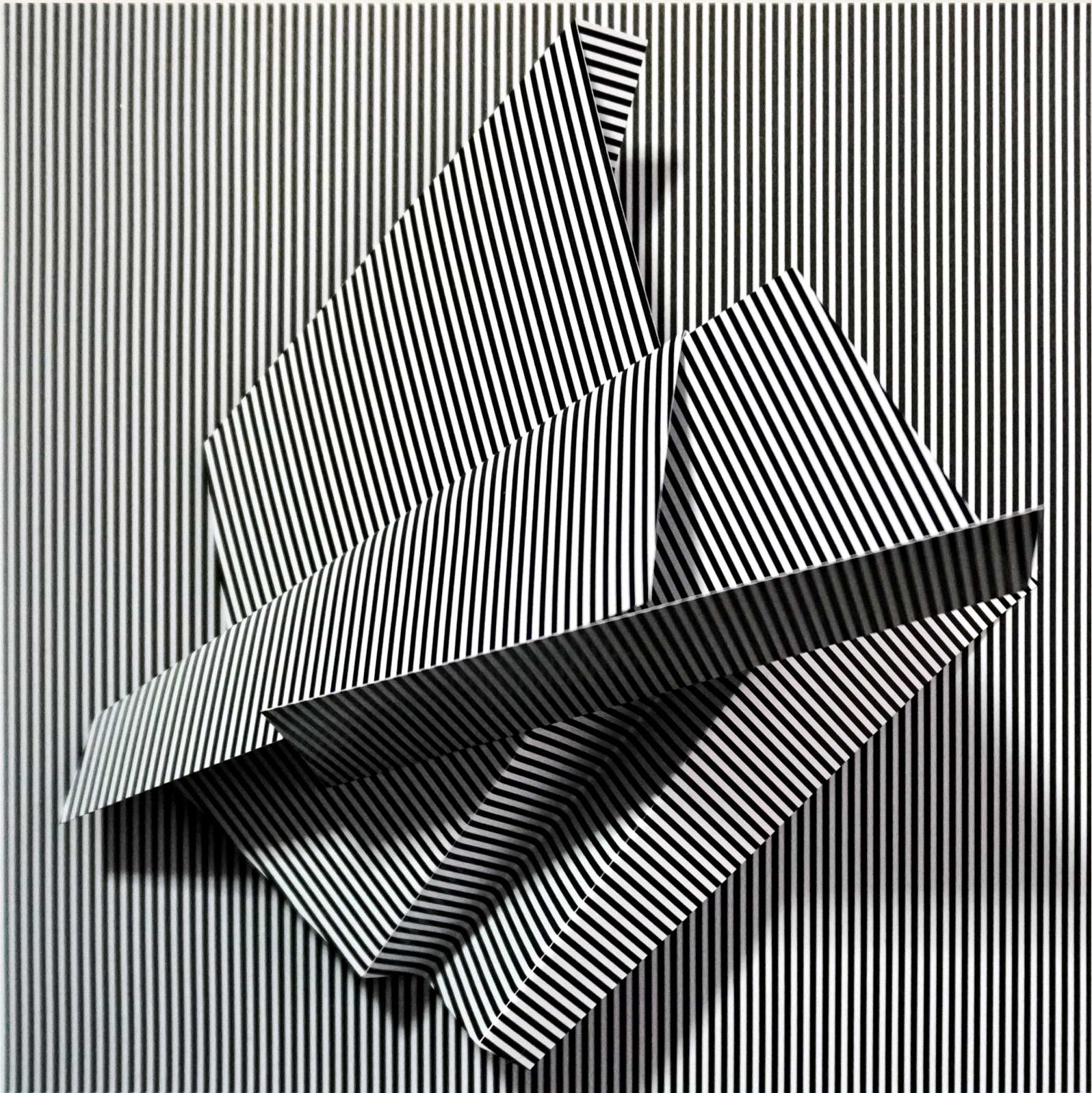
“Peces y luna” - Obra análogo/digital.
Monocopia coloreada en computadora.



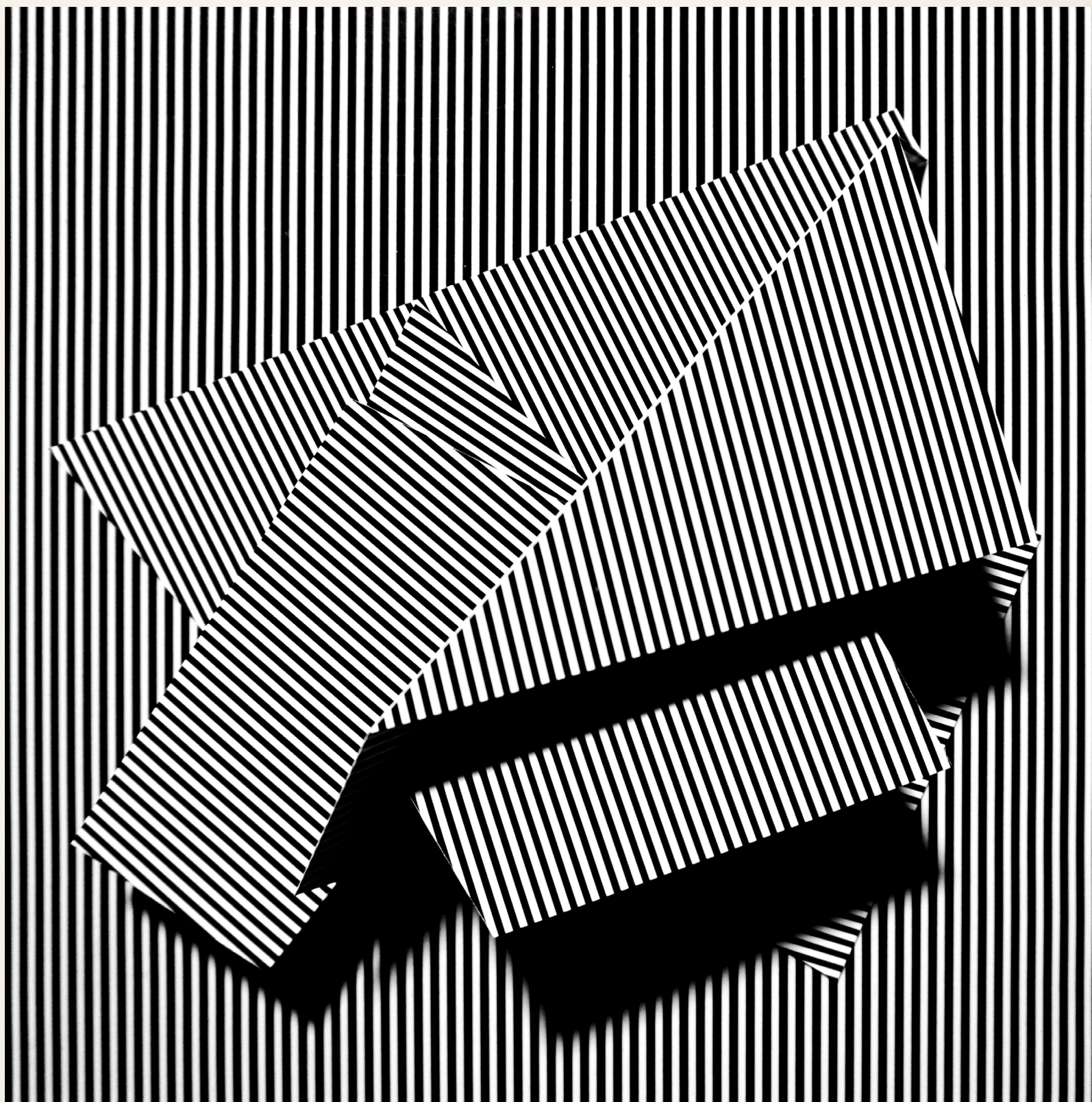
“Luna de sangre” – Obra análogo/digital.
Dibujo lineal con grafito y coloreado en computadora.

DANIEL DEFILIPPI

LIMA, PERÚ



Título: Estructura óptica 29
Técnica: Técnica mixta en caja de acrílico
Medidas: 35x35x8cm
Año de creación: 2024



Título: Estructura óptica 31
Técnica: Técnica mixta en caja de acrílico
Medidas: 30x30x8cm
Año de creación: 2024

PABLO ROMERO

LIMA, PERÚ



TRIÁNGULO ENCARNIZAD



ESPACIO

CORA CALDERÓN

LIMA, PERÚ



TITULO: "R - 34"

TÉCNICA: ACRILICO SOBRE LIENZO

DIMENSIONES: 150 X 100 CM

AÑO DE EJECUCIÓN: 2024



TITULO: "TEMPUS FUGIT"
TÉCNICA: ACRILICO SOBRE LIENZO
DIMENSIONES: 130 X 130 CM
AÑO DE EJECUCIÓN: 2024

FABIOLA GONZÁLES

LIMA, PERÚ



Solo un segundo
Técnica mixta sobre tela
170 x 80 cm
2025



Pensar en dos
Técnica mixta sobre tela
170 x 80 cm
2025



The time is now
Técnica mixta
148 x 148 cm
2023

LUCÍA PORTOCARRERO GUZMÁN

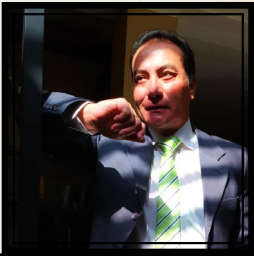
LIMA - PERÚ



Refugio de los sueños extintos
Óleo sobre lienzo
40 x 30 cm
2024

FREDDY CASTRO ACOSTA

ECUADOR



Título: “SARA MAMA”
Técnica: Acrílico sobre lienzo
Dimensiones: 113 cm x 83 cm
País: Ecuador
Año: 2024

CARLOS ROJAS SIFUENTES

LIMA, PERÚ



40 Misas

Hace una semana murió Abdiel y los dolores de espalda todavía no me dejan dormir. Él no fue un hombre bueno, pero aun así lo quería. Se fue sin prepararme para su muerte. Dos semanas atrás pensaba que se podía recuperar. Los médicos me dijeron que si le aprobaban la radioterapia había esperanzas de frenar la enfermedad. Todo dependía de su fortaleza. Pero él ya era un hombre mayor y soportar un largo tratamiento lo debilitaría demasiado.

Nunca supe realmente qué tenía, porque no entendí mucho la sentencia de los médicos. Solo sé que se trataba de un cáncer al estómago que hizo metástasis en el hígado y que Abdiel murió por un fallo multiorgánico. Al final le vino un infarto al pobre y allí terminó todo.

Voy una semana sin dormir bien. Creo que yo también enfermaré de algo grave porque me siento débil, me duele todo el cuerpo y los dolores de espalda han empeorado.

El martes pasado lo enterramos. Hubo poca gente porque él no era muy querido ni tenía muchos amigos. Solo acudieron sus dos hermanos que aún están vivos; solo dos vecinos; solo tres compañeros de promoción de Abdiel (uno de ellos por protocolo) y mis dos hermanas. No pude contar con el apoyo de mis hijos porque se pelearon con mi esposo. Nunca pude darle un hijo a mi marido. Manuel y Rubén son hijos de mi anterior compromiso. Felizmente, Abdiel fue un oficial del ejército y al morir, sus gastos ya estaban pagados, y con un poco de dinero que dejó en un libro guardado bajo llave en su velador (sabía que existía, pero no quise usarlo hasta su muerte) se terminó de arreglar todo. Mi marido era muy desconfiado respecto a su dinero, sobre todo desde aquella vez que su hermana perdió sus ahorros en esa pirámide llamada CLAE (y casi se suicida), y aunque le dijeron que eso no era un banco, él no quiso que alguien más, sobre todo un desconocido, administrase su dinero. Por eso, cada veinte o veintiuno del mes —día de cobrar su pensión—, iba personalmente al banco y retiraba todo su dinero, que luego guardaba en sus sacos y pantalones, y el grueso lo ponía en su velador, bajo llave. Por supuesto, antes de la aparición de la enfermera, retiré el dinero de cada bolsillo y lo puse a buen recaudo; sin embargo, poco antes de su muerte, dicha cantidad estaba agotada a causa de obligados gastos extra.

Abdiel murió un domingo, poco antes de medianoche o tal vez en los primeros minutos

del lunes. Fue mejor así y no en día sábado. De cualquier modo, a esa hora no había un solo médico que certificara su fallecimiento, ni nadie que me acompañe. Desde el viernes por la tarde, el médico me había dicho que ya no duraría un día más y que, cuando falleciera, anotara la fecha y hora del deceso. La enfermera que contraté, se había ido mientras yo dormía; noté su ausencia al ir al baño, aproximadamente a la una de la madrugada. Mi esposo había muerto en la absoluta soledad. Al entrar al cuarto de mis hijos, donde lo pusimos para una mejor atención, vi su mirada fija en la puerta, como me hubiese buscado para decirme algo con la mirada, quizá un reproche o un gesto de arrepentimiento, o tal vez un último raptó de amor antes de irse.

Pasé el resto de la noche sola en casa, sentada a su lado, cerrándole los ojos, acomodando su cuerpo, quitándole la ropa, limpiando sus desechos, arreglando el cuarto.

A las cinco de la mañana volvió la enfermera, procurando no hacer ruido, sorprendida por verme y por el cadáver de mi esposo. Sin ningún reproche, pero con tono autoritario le pedí ayuda para vestirlo. Su sentimiento de culpa por haber dejado morir en soledad a quien debía cuidar la enmudeció y la volvió más diligente. Con mucha dificultad, venciendo la pena y al rigor mortis que ya entumecía su cadáver, logramos vestirlo con su uniforme blanco de gala, el cual esperaba en el ropero un uso final, como tanto deseaban los militares retirados. A las siete de la mañana cubrí el cadáver de mi marido con una sábana nueva, y sin desayunar, esperé las ocho de la mañana para llamar al médico que debía verificar el deceso y, dando instrucciones a la enfermera, me dirigí a las oficinas del velatorio del Hospital Militar a pedirles que recojan el cuerpo de Abdiel. Todo no es más que trámites y burocracia. No recuerdo bien lo que pasó después. Todo lo tengo confundido por las pastillas que tomé en emergencia.

Luego venía pensar en la misa de sufragio. Él no era muy devoto, pero tenía miedo de condenar su alma por no acudir con mayor frecuencia a la casa del señor.

Recuerdo el velorio desdibujado, sin gran detalle. Había poca gente, no ubico del todo sus rostros. Lloré mucho o no lloré lo suficiente, no sé. Debo haber estado sentada todo el tiempo, mirando el ataúd. Sí me acuerdo del carro que me llevó al sepelio, acompañada de mis dos hermanas. Ellas me consolaron, cada una a su manera, y me ofrecieron ayuda, solo por compromiso. Creo que el chofer era el hijo de Nidia, mi hermana menor. Mi otra hermana, la intermedia, Consuelo, la pobre tan sufrida y tan hermética, se quedó para “vestir santos” y cuidar a mi madre, y aunque no era tan creyente, me recomendó organizar la misa de difuntos para mi esposo; incluso dijo que le hablaría al cura de nuestra parroquia, porque ella vivía cerca de mi casa y cuidaba a mi anciana madre y a su hermana, con quienes iba a misa los domingos. El cura me habló sobre una misa colectiva. La ofrenda no era mucha, felizmente. Me pidió anotar el nombre de mi esposo en un papel: Silverio Abdiel Osías Limbergh.

Le pedí al padre omitir el primer nombre. ¡Ay! debí haberlo omitido yo, pero todavía se me iba la cabeza con tanta pastilla. A mi esposo le gustaba que lo llamaran con el segundo nombre, porque así se llamaba su abuelo: Abdiel Limbergh Richter, un destacado militar que luchó muy joven durante el último año de la Gran Guerra, en las filas austriacas, y más adelante habría estado en Dunkerque (no se sabe cómo), rescatando a las tropas inglesas; una historia que mi marido repetía una y otra vez, añadiendo detalles en cada ocasión. Nunca me habló de su abuelo paterno y de los Osías. Alguien me contó que venían de Cajamarca.

El padre Miguel dijo que él no celebraría la misa, pero le indicaría al hermano Luis leer el único nombre que usaba mi marido. Me pidió no preocuparme porque él ya estaba en manos del señor. Mi tía Josefa le comentó a Consuelo sobre la antigua costumbre de realizar tres misas antes del trigésimo día de sepultado el deudo. El cura dijo que se hacía el séptimo. Pero, por no haber misa los martes, tendría lugar el octavo día. Al pobre de Abdiel le hubiera gustado recibir las tres misas, lo sé.

Mi hermana menor no guardaba aprecio por mi marido, y no me lo ocultaba. No le contesté cuando, en el carro, luego de oír el consejo de Consuelo, me dijo que ni mil misas iban a salvar el alma de ese miserable. Siempre se refería a él de ese modo. Mi segunda hermana fue más considerada y me dijo que debía hacerle sus misas para consolar su alma en el otro mundo. Pero aún tengo la mueca de Nidia clavada como una espina.

Llamé a los parientes y amigos cercanos. Mi sobrino, quien frecuentó a Abdiel por su deseo de ser militar, se encargó de publicar en internet la invitación a la misa. Nuevamente, no pude evitar que escribiese el nombre completo:

“La esposa de quien en vida fue Silverio Abdiel Osías Limbergh, invita a quienes deseen acompañarla a la misa que se realizará en sufragio del alma de su esposo, el miércoles 09 de mayo, a las 5:00 pm., en la Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, ubicada en la calle Rentador N°327, Pueblo Libre.”

Siempre he llegado temprano a misa. Cuando iba con mi esposo, él nunca nos permitió interrumpir una liturgia. Solo una vez, al llegar tarde, escuchamos la misa desde la puerta, aunque no le importaba irse antes del término. Más que fe y apego a la religión, Abdiel temía mucho a Dios. Tal vez por eso no me acompañaba siempre a la iglesia. Le costaba aceptar que no fue del todo bueno y por eso le daba miedo morir y enfrentar a su creador sin haber resuelto aquello.

Me senté adelante, en el lugar que debían ocupar los deudos. La única vez que lo hice fue para el matrimonio de mi hijo Edgar, en una bella ceremonia ofrecida en una moderna iglesia de San Borja. Abdiel decía que sentarse atrás era signo de humildad. Pero yo creo que lo hacía para salir sin ser visto.

Apenas salió el monaguillo miré atrás. Solo estaban mi hermana Nidia y su hijo. Mi sorpresa fue mayúscula, pero luego recordé que fue el muchacho quien diseñó las esquelas. La misa empezó con un sacerdote que no había visto antes, ya algo poco

pasadito de años. No se le entendía bien y eso empezó a preocuparme. Nunca antes me había preocupado por la forma de hablar de un cura. Me sabía de memoria la misa y eso era suficiente. Todos los presentes acudíamos frecuentemente a la iglesia, nos conocíamos de vista, repetíamos la ceremonia como quien repite una oración. Pero era bonito porque se cantaba; usábamos un cancionero proporcionado por unos jovencitos amables que acompañaban sus cantos con guitarras. El padre Miguel podía bromear y regañarnos, pero siempre llevaba la eucaristía con mucho respeto. Durante la misa pensaba en lo importante que sería para mi finado esposo recibir nuestras oraciones. Absorta en mis pensamientos, llegó el momento de la homilía en memoria de nuestros difuntos y el anuncio esperado.

“Nos hemos reunido hoy en nuestra santa iglesia para orar por el alma de nuestros seres queridos, quienes han partido al encuentro con el Señor. Hoy recordamos a...” Los nombres se fueron pronunciando un tanto ininteligibles, sin aparente orden. Y cuando llegó al nombre de mi marido escuché:

“Ariel Sosías Limber”

Todo se paralizó en mi cabeza. ¿Qué? Seguí esperando. A lo mejor se trataba de otra persona y ya dirían el nombre y apellido completo de mi esposo. No podía creerlo. Miraba a todos lados buscando una respuesta. Miré atrás, por si alguien compartía mi situación. No puede ser que la misa sea para otra persona. Mi esposo es Abdiel... Osías... Limbergh.

Miré al cura, muy indignada, con los ojos vidriosos. Quería llorar de rabia, pero esperé el final de la misa. Abdiel nunca me hubiese perdonado reclamarle al padre en pleno ritual. Quizá eso habría obstaculizado incluso su acceso al purgatorio.

Al oír la comunión creí oportuno acercarme al padre y lanzarle una mirada enojada. Después le haría saber el motivo. Lamentablemente, me tocó recibir la hostia de manos del acólito, ese gordito metiche con cara de afeminado (Dios mío, qué he dicho).

Al finalizar la misa me acerqué al padre en la puerta de la iglesia. Unas señoras le pedían su bendición. Al verme cerca de ellas, también colocó sus dedos en mi frente, haciendo una señal de la cruz incompleta. Pero antes de añadir palabra, yo dije:

—Padre, tengo que hablar con usted por favor... se trata de mi difunto esposo... verá usted no dijo bien su nombre.

—Ya... esté... espérame adentro, hija.

Diez minutos después, yo seguía sentada en la primera fila de la iglesia, esperando al cura. Pero nunca llegó. De la puerta caminó directamente hacia la parroquia. En plena soledad de una iglesia lloré unos minutos hasta que el acólito me pidió retirarme o que vaya al fondo, pues debían arreglar la iglesia. No me preguntó si me sentía mal; no hubo en él palabra alguna compasión. Salí llorando de rabia y mi llanto se unió a la llovizna que caía como un delicado velo sobre la ciudad, borrando la visión de una calle tantas veces recorrida.

Al día siguiente, decidí buscar al padre en la parroquia. Un viejo carcamán, un irrespetuoso. No debía presidir nunca más una ceremonia religiosa. Un asistente del padre Miguel me informó sobre su ausencia. El bendito cura había venido a celebrar un matrimonio en la noche y le pidieron dar la misa comunitaria de la tarde. Seguro era su forma de obtener el estipendio producto de las ofrendas. El sacerdote se llamaba Luis Horna y era muy amigo del párroco. Ésta iba a ser una de sus últimas misas porque ya le habían exigido su retiro. Me dijeron que podía encontrarlo en la casa de retiro para sacerdotes Juan Pablo II, ubicada en la avenida Arenales, donde estaba arreglando los detalles para su pronta estadía.

Sin duda, el asistente me enviaba al desvío. Le dije con mucha determinación mi intención de conversar con el mismo padre Miguel, quien al parecer escuchaba todo, pues salió a recibirme. Sin más preámbulo, le comuniqué mi molestia. Me pidió no preocuparme. Dijo que suele pasar. “Dios ha entendido bien el mensaje y tu presencia en la iglesia ha sido percibida por el alma de tu finado esposo. Ya los ángeles se están encargando de hacerle saber al Señor que aquí en la tierra muchos devotos rezan por su salvación... ¿Cómo se llama?”. Abdiel, padre. Y, para sorpresa mía, realizó una breve oración por su alma, sin mencionar sus apellidos, algo que Limbergh no hubiese tolerado.

Más tranquila, le pedí al padre Miguel una nueva misa, hoy o mañana, antes del décimo tercer día, y le alcancé un billete de cincuenta soles. B

—Bueno, hija, está bien. Tengo programada una misa pasado mañana a las 6:00 p.m. Ven y lo mencionaré. Eres una buena esposa al preocuparte por el alma de tu marido.

—Tome esta hoja, padre. Ahí está nombre completo, bien tipiado para que no se le olvide. Esta noche le pondré una velita a San Francisco.

—Ve con Dios, hija.

El viernes estuve de nuevo en primera fila, esperando la misa. Su homilía acerca de la santísima trinidad fue muy confusa. Dijo que Dios era el creador, Jesús su hijo y el espíritu santo una parte de Dios en Jesús, y que la Virgen María fue la intermediaria en esa unión.

No estuve tan atenta a esas explicaciones. Me parecieron algo blasfemas porque no se explica ni se pone en duda los misterios del señor. Ese cura ya no me gustaba. Entonces, el momento llegó de nuevo, y a pesar de haberle dado una hoja escrita a máquina, volvió a equivocarse con el nombre. Sacó un papel pequeño, un tanto arrugado y luego de mencionar a seis difuntos dijo algo así como: “Silverio Adriel Osías Limber”, sin mirar a los deudos, sin el menor cuidado por decir bien cada palabra, equivocándose también en otros nombres. No podía ser. Me llené de coraje y cuando terminó de leer, tomé aire y con la voz casi quebrada me levanté y, fijando mis ojos en el papel que sostenía, le dije: Padre, por favor, no ha dicho bien el nombre de mi deudo, él se llama Silverio Abdiel Osías Limbergh. Le ruego, padre...

El cura me miró asombrado. Yo estaba muy nerviosa, a punto de romper en llanto. En ese instante, su cara cambió. Quedó mirándome y sonriendo me pidió calma. Quiso oír el nombre de mi esposo en voz alta, lo cual pude hacer, muy despacio, pronunciando bien cada palabra, vocalizando su nombre con precisión, dos veces, aun con los nervios y las miradas de asombro del resto. Luego, solicitó a todos los asombrados feligreses que repitieran lo dicho por mí, con la mayor claridad posible. Y, entonces, algo más de cuarenta voces, incluyendo al cura, quien las dirigió, dijeron en voz alta:

“¡Silverio Abdiel Osías Limbergh!”

Esas cuatro palabras sonaron con mucha fuerza. Enseguida, el padre pidió un aplauso para mí, por ser una buena esposa que entregar a Dios el alma de su fallecido cónyuge. Pero me desconcertó un comentario del padre previo al reinicio de la misa:

—Aunque, debe haber sido muy pecadorcillo su esposo para que se preocupe tanto de que nos escuche hoy el señor con claridad.

Murmullos y risas contenidas dieron paso a una de las canciones que anunciaba la liturgia, nuevamente dirigida por el grupo de jóvenes laicos. Pronto las miradas se apartaron de mí y se concentraron en el sacerdote. No pude contener la emoción y salí de la iglesia a llorar frente a la imagen de la virgen ubicada en el frontis. Le pedí perdón por mi impertinencia y mala educación, y le pedí que perdonase a mi marido por la vida que me había dado y por abandonarme antes de tiempo. Ya no pude volver más a nuestra iglesia. Ni siquiera atiné a pasar por su calle. Desde aquel día hice un altar en el pedazo de cielo disponible desde mi ventana, y al pie de ella coloqué mis imágenes más preciadas.

Esa noche en mi casa, frente al retrato de mi esposo, me percaté recién de lo ocurrido. ¡Fue asombroso! Su nombre había sido dicho con claridad por más de cuarenta almas puras y buenas, acostumbradas a estar cerca a Dios en la iglesia. Era como si a mi recordado Abdiel le hubiésemos hecho cuarenta misas de salvación...

Dios tendría que haber escuchado su nombre de todas maneras.

Mientras me entregaba al sueño sonreía, pensando que pronto estaríamos juntos en el paraíso prometido por nuestro señor Jesucristo: yo, una mujer devota y honesta, y él, un alma recuperada por la gracia de Dios y de su Santa Madre María, intermediaria entre su hijo y el Espíritu Santo.

ERNESTO A. SUI TO SANCHEZ

CHICLAYO, PERÚ



El Autómata

Recuerdo cuando encontraba placer en actividades intelectuales, ya sea leer, escribir, ver conferencias sobre filosofía y poesía, debates, charlas o conversaciones de las grandes mentes del pasado. También disfrutaba escuchar música.

En eso se resumía mi vida. No era bueno socializando, mi éxito estaba en lo académico, los estudios. Sin embargo, nunca recibí alguna felicitación o halago por ello. Después de todo, era mi deber, tal y como decían mis padres, quienes a menudo trabajaban fuera de casa. Ausentes, fríos.

Pero, hoy en día, eso ha quedado atrás. Mi estilo de vida es muy diferente, aunque tampoco lo vi venir. Ahora me dedico a crear toda clase de muñecos, marionetas, sí. También soy un coleccionista, me apasiona el arte y otro tipo de creaciones. Toda mente es única. Todos anhelan compartir un pedazo de su alma, la cual transmutan en símbolos y entonces se convierte en arte.

Soy un autómata, y la verdad no sé si es por la pasión con que fueron hechas mis marionetas, o quizá estoy perdiendo la razón. Pero, han cobrado vida, me escuchan, y cuando nadie me ve, converso con ellas.

Si no fuera por esas pequeñas criaturas, no tendría idea de lo que se denomina amor, amistad, todos esos asuntos que nacen gracias a la interacción social. Realmente me han dado lo que podría decirse “perspectiva”, una nueva visión de las cosas.

Es extraño, parece incluso un milagro. Siempre están ahí para mí. Cuando voy a dormir, suelo sentir sus pequeñas manos deslizarse suavemente por mi espalda, y puedo oír sus vocecillas llenas de entusiasmo, endulzando mis oídos. Incluso me alientan a continuar mi labor. No sé qué hice para merecerlo, pero me siento complacido. Hay momentos en que oigo pequeños pasos o sonidos débiles provenientes de la cocina o la sala de estar, repleta de algunas antigüedades y objetos extravagantes. Al escuchar los ruidos, sé que son ellos. Cuando me levanto, no todo está siempre en su lugar común, y los platos se ven recién lavados, como nuevos.

Saben hacer bien las cosas. Sin embargo, como si no hubiera pasado nada, encuentro

a cada marioneta en su respectivo lugar, donde las había dejado antes de apagar las luces y acostarme.

Cuando era muy pequeño los niños me excluían. Se juntaban entre ellos, platicaban de cosas superfluas, sí, pero yo quería integrarme. Sin embargo, estaba acostumbrado al rechazo y con el tiempo me reprimí y decidí dirigir mi vida desde la siguiente frase: “Nada de lo que hagas estará bien; si no te necesitan, tú tampoco a ellos.”

Así fue como, en un holgado aislamiento, de caída en caída emocional, decepción y algo de amargura, finalmente me adapté a mi propio ritmo. Solo quedaba aceptarlo. Parecía un fracasado, un desdichado. Supongo que eso habrían pensado. Aun así, nunca los dejé observar mis lágrimas. Jamás me ha gustado dar la imagen de ser un pusilánime. Aunque claro, la sociedad celebra el pensamiento optimista, lo popular del momento, y no a la actitud pesimista; piensan erróneamente que la tristeza es fácil de botar como quien lanza un desperdicio al tacho de basura. Pero, bueno, sé que mucha gente ha soportado cosas mucho peores.

Estos pequeños amigos de madera —y algunos metálicos—, me han revelado otra verdad: no necesito a nadie más que a ellos. Son bondadosos en comparación a tantos hombres que disfrazan su maldad con astucia, hecho que aborrezco.

Me extraña que mis queridos amigos solo aparezcan cuando me encuentro lejos del ojo público. Una vez tropecé con uno donde no recordaba haberlo dejado; quizá solo quería bromear conmigo, pero sin querer rompí una de sus delgadas piernas. No mostró signo de dolor. Siguió tendido en el suelo, feliz.

Ese gesto, esa actitud, se me hizo familiar. Años atrás, yo acostumbraba a hacer lo mismo y cuando sonreía, el resto no me decía nada más. Aunque haber soportado el peso agresivo y confuso de sus miradas fue difícil. Quizá era envidia o miedo a lo desconocido. Nadie había penetrado en mi interior ni comprendido lo suficiente el trasfondo de cada una de mis palabras. Sé que era diferente a los demás, pero debía estar orgulloso; después de todo, los genios también comparten esa característica... Ah, esos benditos sonidos. En aquellos días en los que mi juventud florecía —aunque para mí era un infierno— representó un gran consuelo. Por alguna razón, oír los ruidos de mis marionetas en soledad me generaba placer. Si pudieran moverse y hablar, las paredes de mi casa confesarían tantos secretos.

La música siempre tuvo un especial efecto en mí, como un antídoto que calmaba todas mis preguntas y ansiedades repentinas. Pero aquella del payaso con su sonrisa de colores, la reproducía continuamente, hipnotizado por su sonido simpático.

Aún recuerdo los sueños de esa época, tan confusos como mis sentimientos, se sentían tan vívidos, reales, como irreales. Delfines saltando, colibríes silbando, una gran torre azul y un ambiente denso, pesado, con una gran niebla que lo cubría todo; una extraña pileta, pequeños querubines con trompetas cubiertos de grietas, rostros mustios, sonrisas siniestras. Un gran lago que no tenía fin, lluvia todos los días, un pozo eterno que en su infinito albergaba un demonio rojo, profundidades olvidadas,

una espectral doncella que miraba a lo lejos en la cima de una montaña alta de curvas imposibles, animales antropomórficos, un culto de brujas, tan atractivo como puede ser la iglesia para los religiosos, un sol que era luna, una luna que era sol, y lloraba sangre. Monos rojos y ninfas azulinas saltando de los charcos, peces muertos, un olor putrefacto, y algunas ranas gordinflonas moviéndose libremente a la par de la velocidad de cuantas serpientes se balanceaban en los árboles púrpura, ramas rotas, el casi imperceptible susurro del viento, el ambiente semejante a una aurora boreal. Parecía de ensueño, pero a la vez de pesadilla; una fantasía imposible, producto de mi anhelo de experimentar algo similar, algo apasionante, no lo sé.

Había un extraño y enigmático personaje llamado “El Búho de los últimos tiempos”. Este parecía ser una especie de mensajero. El sueño siempre era el mismo. Prácticamente, el mismo mundo donde siempre aterrizaba. Este ser siempre me decía cosas buenas. Me transmitía mucha calma, tenía ojos hundidos de mirada poderosa. A simple vista no parecía ser tan amistoso, se veía temible, pero su voz, su acento y comportamiento, todo resonaba conmigo, profundamente calmante, esperanzador. Nuestra última conversación me animó a ser lo que soy actualmente. Se acercó y me dijo:

—Hombre, ¿Por qué lloras? ¿Cuál es la causa de tu desánimo? ¿Qué te preocupa?

—Oh gran búho, símbolo de sabiduría, he sido bendecido con una gran sapiencia. Parece que aquello se ha vuelto, más que una bendición, un defecto, algo que se convierte en una carga. No puedo entenderme con los humanos, ellos no se ven reflejados en mí, yo tampoco en ellos. ¿Hay algo que debería hacer? ¿Cómo poder tener una vida corriente y estar a la par de los demás mortales? ¿Es este mi destino, realmente merezco esto?

—¿Es esa la causa de tu desgracia? Dime tú, ¿Acaso por eso te sientes envuelto en la perdición? ¿Qué humano no se ha sentido así antes? Todos pasan por eso tarde o temprano, porque el hombre tiene un natural deseo de ser reconocido. Por lo general, se detesta a sí mismo, no quiere atender a sus voces internas, no se escucha. Si su beneficio superficial es posible, satisfaciendo las necesidades y expectativas de los otros, este es capaz de reinventarse, crear otro yo, otra cáscara, un personaje diferente. Es ese el precio que pagan por romper con la angustia de la soledad, que no es en sí soledad, sino el hastío de no poder sentirse parte de un todo, un rompecabezas inútil. Cada quien debe encontrar a los suyos y unirse a ellos, así como al mismo tiempo, tampoco querer estar atado a algo, porque ahí la perdición del ser. Los apegos son una cosa peligrosa. Algunos abandonan el honor y la dignidad. Hay que tener cuidado con nuestras obsesiones. El hombre debe encontrar su verdadero propósito, algo que no satisfaga el deseo del momento o de una etapa, sino que lo mantenga ocupado, cuerdo para toda su vida. Dijiste ser bendecido con una gran sapiencia, ¿Verdad? Aprovechala al máximo, pero no te hundas por ello, no cambies por nada ni nadie. Que las cosas no sean alteradas y se den de forma natural, joven. Porque, al

fin y al cabo, todo, absolutamente todo, tiene su principio y su final. Solo es cuestión de tiempo, entonces, lo verás

—Ahora lo comprendo todo... Si, es cierto, ¡Sí que lo es! Muchas gracias, gran búho, tomaré en cuenta tu consejo.

Fue la última vez que hablé con él, así como la última vez que tuve esos sueños. De repente ese mundo se había esfumado, como si nunca antes hubiera existido. Si no fuera por esa extraña dimensión onírica, quien sabe qué hubiera sido de mí. Con todo mi ingenio y pasión decidí saltar a la acción, combinar todos los elementos. Me instruí, llevé muchos cursillos, hasta practiqué manualidades y todo eso. Finalmente, después de muchos años de dedicación, lo había conseguido. Mi trabajo era perfecto, impecable, detallado. El precio no generaba problema. Vivía solo, no tenía nadie a quien mantener, estaba contento, tenía una razón de ser. Había decidido dedicar mi vida al arte, a hacer realidad, literalmente, mis sueños. Les di un lugar, una forma, un espacio, un valor. Mis sueños, me dieron la vida.

En una ocasión, mis marionetas y yo jugamos a las escondidas. Desconozco el motivo, pero siempre las encontraba. Ellas a mí nunca. Supongo que era como jugar con niños, algo bastante fácil. Siempre resultaba vencedor. Fue divertido. Aún recuerdo aquellas coloridas y peculiares caras pintarrajeadas, expresiones remarcadas y variadas.

Y ahora estoy aquí, contando todo esto, queridos amigos.

Me ha ido tan bien que estoy a punto de salir en vivo en un programa para niños. Me preparo en el camerino. Haré mi show y mis chicos serán las estrellas. Un espectáculo de marionetas. ¿A quién no le gusta eso? Es de lo más divertido y carismático.

—Bueno, chicos, ustedes ya saben qué hacer. No me defrauden.

—Sí, amo, así se hará, lo prometemos. No se preocupe por nada.

—Oye, ¿todo bien? Ya estamos a punto de comenzar, espero que estés listo, ¿Por qué hablas solo? ¿Acaso estas algo nervioso? Por cierto, una pregunta, ¿Qué se siente ser sonámbulo? Por curiosidad.

—No sé de qué me hablas, pero te aseguro que todo saldrá de maravilla.

—Hmm, bueno, apúrate. Tienes 1 minuto.

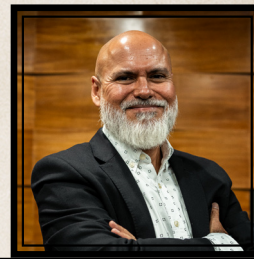
—Y ustedes, mis queridos amigos, aquellos que esperen aquí, más les vale comportarse. No quiero problemas con nadie, ¿Vale?

—...

No escuché la respuesta.

FEDERICO ALPONTE-WILSON

LIMA, PERÚ



El Capi

Hubo un tiempo en los 90, cuando todos los jóvenes estudiantes peruanos estábamos muy apurados por terminar nuestras carreras universitarias para obtener ingresos económicos que nos permitieran aplicar a becas y/o buscar trabajo fuera del país y hacer mucho... pero mucho dinero.

Como joven provinciano promedio peruano, debería haber aceptado cualquier tipo de trabajo, con tal de apurar mi graduación y aligerar la carga económica de mis padres, aunque nunca apliqué a una posición de soporte en la universidad ni algo parecido, porque preferí concentrarme únicamente en mis estudios. Una familia de clase media con cuatro hijos de diferentes edades —con menos de dos años entre cada uno—, a finales del siglo pasado, necesitaba ingresos extras para poder cubrir todas sus necesidades básicas, e inclusive las sociales autoimpuestas en una ciudad muy conservadora como mi natal Trujillo. Siendo yo el hijo mayor, la presión se multiplicaba. Algunas noches, mi padre esperaba a que mis hermanos durmieran y que mi mamá nos dejara solos para iniciar una conversación de adultos. En voz baja, casi a escondidas en nuestra cocina, siempre iniciaba con el mismo preámbulo: “Flaco, ya eres mayor y necesito de tu ayuda...”. Podía sentir su angustia, necesidad y presión para que yo consiga algún trabajo, al menos de medio tiempo, a pesar de no tener todavía el título de ingeniero. Estaba en los últimos ciclos de facultad y solo restaban cursos menores, además de cumplir con las horas mínimas de prácticas preprofesionales, para obtener mi bachillerato en ingeniería y algún trabajo mejor remunerado que el promedio del mercado a mis cortos 22 o 23 años.

Con mucho esfuerzo y dedicación, logré graduarme y conseguir un trabajo menor en una empresa local que desarrollaba proyectos de construcción y servicios generales, cuyas oficinas se ubicaban en la calle San Martín del centro histórico de Trujillo. Se habían instalado en una casona antigua, muy bien arreglada, que conservaba su presencia señorial y virreinal. La empresa ocupaba el primer piso del solar, además de un estacionamiento colindante. Contaba con una pequeña recepción y con ambientes asignados a administración, finanzas, ingeniería y seguridad, además de una amplia sala de reuniones instalada en lo que antes fue un gran patio posterior, junto al salón principal de la casa colonial, ahora convertido en oficina de las gerencias. Los dueños eran tres ingenieros socios. Toda la ciudad los conocía como “Los apóstoles”. Pedro,

Juan y Mateo. Los apóstoles daban trabajo a casi veinte trujillanos en sus diferentes áreas. A su vez, subcontrataban personal por temporadas para realizar las tareas de campo, así como al personal de seguridad y limpieza, un contingente que podía variar entre cinco personas estables en las oficinas centrales y muchos más en campamentos y terreno. Mis jefes —porque todos eran jefes en ese tiempo— se encargaban de los temas técnicos. Eran viejos profesionales, muy amigos de los apóstoles, que pasaban todo el día fuera, dejándome a mí casi como figura decorativa del área técnica, con el firme encargo de recibir las llamadas telefónicas de clientes, los documentos de las oficinas administrativas y, en los tiempos libres, ordenar documentos, buscar firmas, hacer mandados en general. Podían pasar algunos días recibiendo solo la visita del jefe de seguridad a quien todos llamaban “el Capi”. Estoy casi seguro de que “el Capi” me visitaba bajo órdenes de mis jefes, quienes seguramente nunca confiaron en mí. Hay que recordar que el mundo en el que vivíamos en aquellos años noventa era muy diferente al actual. No se usaban equipos celulares, ni PC´s con conexión a internet las 24 horas, los 7 días a la semana. Podían pasar días enteros sin recibir mayor actividad que las descritas. Y para soportar el aburrimiento por falta de actividades y evitar perder mi motivación profesional, recurrí a mi vocación original, casi relegada en mi época universitaria... la literatura.

Durante mi niñez y adolescencia, antes de ingresar a la universidad, leía a escondidas casi todo lo que caía en mis manos. Disfrutaba de las reuniones en casa de mis abuelos maternos. Mi abuela Elsa y mi tío Yoyo tocaban el piano. Mi abuela era profesora de música clásica y mi tío tocaba jazz o improvisaciones de moda. Nunca faltaba la música en vivo en los grandes almuerzos de domingo o en ocasiones especiales. La familia y amigos que llegaban a casa disfrutaban de las mejores sobremesas, con música de fondo discutiendo los temas sociales de moda en Trujillo, mientras yo me escabullía a la gran biblioteca de mi abuelo Ricardo para hojear alguno de los tantos libros clásicos que tenía a la vista en el estante que cubría toda la parte trasera de su amplio escritorio. Obviamente, mi padre participaba muy poco de esas reuniones por estar casi siempre de guardia en la fábrica de papel, donde laboraba como ingeniero supervisor de mantenimiento; aunque mi abuelo era el único que lo convencía de asistir a las ocasiones especiales. No descarto haber visto a mi abuelo llevar a mi padre a su escritorio privado y, seguramente, sermonearlo sobre una de las pocas reglas obligatorias de la familia para asistir a esos eventos de domingo, con la pena de ser castigado con el silencio y la descalificación de mi abuela Elsa, quien siempre fue la matriarca de la gran familia trujillana.

Comencé a llevarme a escondidas algunos libros de la biblioteca de mi abuelo a la oficina de proyectos de construcción. Los leía mientras esperaba los variados recados, que algunos días eran muchos y otros casi nada. Siempre tenía la visita rutinaria del Capi, cuyo nombre real era Francisco. Siempre dudé de su lugar de procedencia y de su actividad como jefe particular de seguridad, pues no cumplía con ese perfil. Creo que se adelantó a su época. Tenía el biotipo de un artista de cine, y no descarto que

fuese un extranjero en mi ciudad natal. Estoy casi seguro de qué era licenciado de las fuerzas armadas nacionales o extranjeras. No pasaba los treinta años de edad y lucía una calvicie y rostro pulcramente afeitados. Llegaba en una motocicleta Kawasaki de alto cilindraje, que todos los jóvenes envidiábamos. Tronaba el motor a modo de alerta para que el guardia de turno le abriese con anticipación el gran portón del garaje, de modo que él ni siquiera tuviera que frenar antes de ingresar, directo al pequeño estacionamiento de la empresa. Su personalidad era arrolladora. Le caía bien a todas las secretarias y se preocupaba por la seguridad de todos. Fui testigo de lo severo y enérgico que podía ser si descubría algo inadecuado. En esas épocas de desconfianza y terror generalizado, no fueron pocas las veces que lo vi en acción, llegando raudamente mientras descubría adrede de su cinto una Glock de 9mm, bien protegida en una funda de cuero, tan pequeña como la propia arma. Con dicha arma amedrentaba, calmaba y sacaba de las oficinas —con una singular llave de arte marcial— a algún mal educado o mal pagador que hubiese hecho una escena frente a alguno de los apóstoles, quienes, con una sola mirada, le daban la orden casi secreta de activar el protocolo de desalojo del impertinente. Nunca socialicé mucho con él, pero recuerdo habérmelo cruzado en un bar de moda de la ciudad. Llegaba solo en su Kawasaki y salía del local con alguna chica diferente en las pocas veces que coincidimos.

Casi sin notarlo, comencé a escribir historias cortas. Primero las acumulé en un cuaderno y después las transcribí a un novedoso archivo digital en la única PC que se encontraba en nuestra oficina de ingeniería. En algunos meses, mi manuscrito de ciento ocho hojas en formato A4 estuvo listo. En secreto le pedí autorización a mi supervisor para quedarme pasada la hora laboral y usar la moderna IBM AT y la impresora de la oficina. Quería corregir mi manuscrito impreso. Coincidió con el inicio de un proyecto que demandaba mucha documentación para ser presentado a un ministerio. Mi jefe nunca me preguntó sobre el objetivo de mi interés personal; solo le interesaba que cumpla mi función laboral y, si podía aprovechar el tiempo extra —libre de costo— a fin de anticipar la documentación que necesitaba el proyecto, el doble objetivo estaba aprobado. Durante esas semanas, tuve al Capi respirándome en la oreja. Antes de salir de la oficina, siempre pasaba a despedirse y hacerme preguntas tontas sobre mi permanencia en el local hasta altas horas de la noche. Yo le respondía que tenía la autorización de mi jefe y, sin darme cuenta, removía los papeles ya desordenados sobre los escritorios de nuestra sala de trabajo. Por supuesto, durante su ausencia, recibía rutinariamente la visita del guardia de turno, quien pasaba también a saludarme cada treinta minutos por órdenes del mismo Capi. Fue tal mi motivación en mi proyecto personal y el sobre esfuerzo que me demandaba cumplir con el encargo del proyecto sin paga extra, que me hice consciente de que estaba usando la infraestructura de la oficina para mi propio beneficio. Tal vez fue solo un capricho personal, pero pude ver mi obra impresa en tres o cuatro manuscritos, los cuales con mucho orgullo sostuve en mis manos al finalizar esas semanas de trabajo

y que, finalmente, envié por correo postal a las editoriales de moda en la ciudad de Lima.

Pasaron los meses y finalmente conseguí una vacante en una planta industrial en Pacasmayo, a cien kilómetros al norte de Trujillo. Me mudé con algunas pertenencias a una pensión, muy cerca de la plaza principal. Mi nuevo trabajo cubrió toda mi expectativa vocacional y empecé a ejercer mi carrera de ingeniero técnico, aplicando mis conocimientos teóricos universitarios en un novedoso sistema de control industrial. Así cumplí con el objetivo económico familiar, pues enviaba parte de mis ingresos a mi padre en Trujillo. La paga era quincenal. Terminaba mi labor y me acercaba a la oficina de recursos humanos, donde firmaba una planilla. Luego recibía un cheque de gerencia. Por lo común, al día siguiente aprovechaba el horario de almuerzo y me dirigía orgulloso a la única agencia del banco, ubicada en la plaza principal de la localidad, donde ya había hecho amistad con la chica de atención al cliente. A fin de no perder mis pocos minutos libres, le dejaba con toda confianza y tranquilidad el cheque firmado, mi DNI y mi tarjeta de banco. Ella realizaba la transferencia del monto escrito bajo el número de cuenta de mi padre en el sobre membretado con el logo de mi nueva empresa, donde guardaba los documentos. Al final de la tarde —luego del trabajo— me entregaba el saldo en efectivo, que cubría con exactitud matemática los gastos de mi hospedaje, comida y transporte hasta la siguiente paga. Muchos años después, mi padre me confidenció que, sin mi aporte, mis hermanos no hubieran podido terminar sus propias carreras universitarias.

En una visita mensual de fin de semana a mi casa en Trujillo, mi madre me sorprendió con una carta que había recibido desde Lima. En esos tiempos, ya casi no se usaba el correo postal, por lo que disfruté como un niño al recibir la carta en mis manos. Realicé casi un ritual familiar para enterarme del motivo de la misiva. Venía en un sobre especial blanco, muy pulcro, con el logo que mi madre ya había reconocido, de esa editorial cuyos libros teníamos en casa. Aún con la mochila en el brazo, llevé a mi madre a nuestra cocina, donde tantas veces mi papá me había sermoneado por el futuro incierto que él mismo vislumbraba. Me senté, mientras mi madre gozaba mirando sobre mi hombro. Le alegraba verme abrir con tanta delicadeza el sobre con un cuchillo que encontré junto al depósito de frutas frescas, el cual siempre se preocupaba por tenerlas a disposición de la familia. Extraje una hoja que tenía mis dos nombres y dos apellidos debidamente escritos. Sentía tanta satisfacción y orgullo que imagino a mi madre oyendo los latidos de mi corazón, mientras leía junto a mí los tres cortos párrafos de la carta. El saludo formal en el primer párrafo; el agradecimiento y la invitación a publicar mi manuscrito, pues les había encantado; y la despedida con un “sinceramente suyo”, seguido del nombre del director de la editorial. Sentí una felicidad tan grande como la que experimenté al recibir mi primer pago formal de la primera empresa que me contrató. Eran muchas emociones juntas en un año de éxitos personales y profesionales. Pero encontré más satisfacción al leer esta corta carta, por ser el resultado de un impulso creativo y cultural, casi perdido en

mis genes de joven ingeniero electrónico trabajando como residente en una obra de alta tecnología.

Casi al finalizar mi primer año de trabajo formal, mi pequeño aporte a la literatura vio la luz con un tiraje muy mínimo de trescientos libros. Recibí algunos libros para distribución personal. No se me ocurrió mejor idea que volver a mi primer trabajo y compartir el resultado de mi esfuerzo con quienes me habían permitido escribir, revisar e imprimir durante mis horas extras de trabajo no remunerado. Pedí unos días de permiso a mi nueva empresa a cuenta de vacaciones. Me vestí muy formal y fui a la oficina de proyectos de construcción, que se mantenía tal como la recordaba, en el centro histórico de mi ciudad. Saludé primero al Capi, quien, muy sorprendido, me reconoció desde que ingresé al local. Luego de hablar con uno de los apóstoles, me permitió reunir a quienes aceptaran mi invitación en la sala de reuniones de la empresa. Extraje de mi mochila cinco ejemplares de mi libro y los dejé en medio de la mesa al alcance de todos. Se veían sorprendidos. Les conté, en una breve y amena historia, cómo había disfrutado mi tiempo en la empresa y cómo, dentro de esas paredes, logré terminar de crear y revisar el manuscrito que luego se convertiría en esos libros que señalaba y que ya algunos ojeaban con sorpresa y admiración. Finalmente, tres ejemplares fueron adquiridos. Uno por la secretaria, otro por el administrador de la empresa y, sorprendentemente para mí, el tercero se quedó con el Capi. Muy agradecido, firmé cada libro.

Después, el Capi me pidió acompañarlo a un café cercano. “para aprovechar la oportunidad de hablar con un escritor antes de que sea famoso”. Nos separamos un momento, mientras fui donde el “apóstol” Juan y le agradecí por haberme permitido la presentación. Acepté la propuesta del café por ser una buena oportunidad de terminar el viernes en Trujillo y tal vez conocer un poco más al personaje que me había sorprendido tanto durante mi estadía en la empresa. Fuimos a un viejo café bar colonial. El capi fumaba, comentándome sobre el clima de la ciudad, mientras me daba unas palmadas en la espalda como si fuésemos amigos de toda la vida. El local era una reliquia de mi ciudad; mantenía su infraestructura del siglo pasado. Las mesas de mármol circulares se sostenían sobre una base de fierro fundido muy antiguo. Hasta los mozos parecían tan viejo como el local mismo. El Capi pidió una botella de cerveza y “dos vasos limpios”. Tal como pensé, la conversación se tornó muy seria. Él recordaba con puntos y señas las veces que le ordenaron hacerme el seguimiento dentro de la oficina de ingeniería, mientras yo trabajaba en horas extras no remuneradas. Me confirmó que fueron los tres apóstoles quienes le ordenaron revisar y supervisar mi trabajo nocturno, sin sobresalto, y le pidieron mantenerme bajo observación ante cualquier evento sospechoso. Todas las mañanas debía reportarles mis acciones. Llevó la cuenta exacta del tiempo extra, la cantidad de papel y útiles de oficina que usé durante esas semanas de trabajo personal no remunerado y dijo que nunca les reportó “esos incidentes menores...”. La narración se tornó un poco más

incómoda para mí, cuando sumaba muchos detalles que incluso yo había olvidado. De repente, su expresión adquirió un aire amenazador. Su mirada penetraba en la mía, y mis ojos se rendían como un soldado caído que espera el tiro de gracia. Bebí toda la cerveza de un sorbo, mientras el Capi seguía con sus detalles, casi disfrutando de mi nerviosa expresión corporal. Mi nerviosismo era evidente al cambiar constantemente de posición; jugaba con el vaso vacío y evitaba no mirarle a los ojos, mientras él seguía con su extenso monólogo, como si leyera un escrito grabado en mi propia frente. Por un momento, sentí que leía mis propios pensamientos. Bruscamente terminó y disfrutó de su cerveza, mientras yo no sabía que decir ni cómo reaccionar. De su casaca motera sacó unas hojas de papel dobladas en cuatro y las dejó junto a la botella vacía de cerveza. Me miró a los ojos y cambió su expresión retadora a una de melancolía y compasión. Luego me pidió revisar los papeles que había dejado en la mesa. Con mucho temor descubrí el contenido. Leí pausadamente cada frase, escrita con una caligrafía muy fina de letra cursiva, mientras el Capi pedía otra botella de cerveza con “dos nuevos vasos limpios”. Después de llenar los vasos, y con una mirada de niño travieso, dijo:

—¿Y...? ¿Qué opinas?

—Capi, me sorprendes gratamente. Casi me muero del miedo por tantos detalles que ni yo recordaba...

Con naturalidad extendió su mano izquierda y tomó mi muñeca derecha, con la que sostenía el manuscrito. La presión de su pulgar izquierdo aumentaba, como si midiese mi presión arterial. Sin embargo, mi mano derecha comenzó a enrojecerse y a perder sensibilidad. Dejó su mano apoyada en mí largos segundos, mientras yo permanecía petrificado, tratando de aparentar naturalidad ante su movimiento. No había gesto dramático ni obsceno en su rostro. De pronto, me soltó y volvió a su posición de control en la charla, respondiéndome:

—¡Vamos, hombre! No me conocías y nunca pude felicitarte frente a los apóstoles por esas líneas que producías a escondidas. Sabía que tenías pasta y futuro como escritor... pero, ahora me toca a mí... necesito sinceridad ... ¿Qué opinas de mis versos?

—No sé mucho de poesía... permíteme llevarme tus hojas. Si quieres se las envío a la editorial... ¡Nunca se sabe!...

Tomé mi vaso de cerveza con la mano izquierda y, antes de terminarlo de un solo trago, choqué el suyo sin esperar respuesta. Guardé el manuscrito en mi mochila. Luego me levanté y me alejé sin despedirme. Salí a la calle, muy asustado, rebobinando cada palabra recibida en busca de algún mensaje cifrado. Temía voltear, pensando que me seguía. Aproveché el semáforo en rojo de la esquina y subí al primer taxi desocupado, escondiéndome debajo del asiento y simulando que me amarraba los cordones de los zapatos.

JOSÉ R. RAMOS QUISPETUPA

CUSCO, PERÚ



Ailurofobia

A cada gato que llegaba a sus manos, le cortaba la punta de una oreja.

—Es un pacto —decía mi abuela con una sonrisa enigmática, acariciando a su gato negro de brillantes ojos amarillos.

Vivíamos en una vieja casa con techos altos y paredes de adobe. En el centro había un patio de tierra donde mi abuela pasaba las tardes, sentada en su banca de piedra, mimando a su gato. Pero lo que más me intrigaba era su extraña costumbre: cortar la punta de la oreja izquierda de sus gatos. Luego, aseguraba enterrarlo en el centro del patio para que el gato nunca olvidara adónde pertenecía, cuál era su hogar. Y, efectivamente, ninguno de sus gatos se había perdido ni había abandonado la casa. Daba la impresión que, al entrar en cualquier habitación, la presencia del gato negro helaba el aire. Era imposible ignorar su mirada, como si supiera cosas más allá incomprensibles para los humanos.

Mi abuela falleció una noche de agosto. Yo tenía cinco años y, aunque no entendía del todo el significado de la muerte, recuerdo haber llorado al ver cómo se llevaban su cuerpo. Se organizó el velorio en la sala de la casa; muchas personas llegaron para despedirse de ella, tíos, primos y vecinos que no veía desde largo tiempo atrás. La casa se llenó de murmullos y rezos, pero hubo un extraño detalle. En un rincón había nueve personas en silencio. Llevaban sombreros grandes y gruesos abrigos de color negro, a pesar del ambiente cálido. No hablaban con nadie, ni cogían bocadillos ni café; permanecían allí, inmóviles, como sombras ajenas a todo lo demás.

Pasaron horas antes de que los extraños rodearan al féretro. Exactamente a la medianoche, como guiados por algo invisible, los nueve se levantaron juntos. Caminaron despacio, con pasos muy ligeros. Rodearon el ataúd de mi abuela sin decir palabra alguna. Mi corazón latía apurado mientras los observaba oculto detrás de la puerta.

Uno a uno se quitaron los sombreros. Entonces, noté lo imposible: todos ellos tenían la punta de la oreja izquierda cortada. Un escalofrío recorrió mi espalda. Al principio pensé que era una coincidencia, pero mis latidos se aceleraron. No pude percibir sus rostros. Quise llamar a mis padres, pero el miedo me mantuvo paralizado, observando a esas figuras siniestras inclinarse sobre el ataúd. Murmuraron algo en un idioma ininteligible, una letanía grave que resonaba como un eco en mis oídos.

Finalmente, se pusieron de pie, se colocaron los sombreros y salieron en fila. Solo en el último instante, cuando el último de ellos cruzó la puerta y giró su cabeza hacia mí, vi sus ojos. Eran de un amarillo brillante, penetrantes como cuchillos.

Por la mañana intenté contar todo a mis padres. Les pregunté por los sujetos de los sombreros, pero me miraron confundidos.

—¿Qué sombreros? ¿De qué estás hablando? —según dijeron, no hubo nadie extraño en el velorio.

Por la noche no pude dormir. El miedo me mantuvo tenso, cada sombra en la pared parecía convertirse en los extraños del velorio. El viento golpeaba las ventanas y el sonido de las hojas secas arrastradas por el suelo simulaba pasos en la sala. Entonces, escuché un ruido en el patio. Un crujido seco, como si algo removiera la tierra. Pensé que era el viento, pero la sensación de inquietud no desapareció. Me asomé por la ventana y lo vi. Las marcas en la tierra donde mi abuela enterraba las puntas de las orejas de sus gatos estaban removidas como desde abajo.

No quería moverme, pero mi curiosidad de niño fue más fuerte. Tomé mi abrigo y una linterna y caminé lentamente hacia el centro del patio. Sentí que me ahogaba. En un punto ya no avancé más. Intenté encender la linterna, pero esta no funcionó. Revisé las pilas y estaban al revés. Las cambié y, apenas encendió, dirigí la luz hacia el suelo. Y los vi. Estaban parados frente a mí. Nueve presencias espeluznantes, todos con sombreros y abrigos negros, ojos brillantes que reflejaban la luz de la linterna y sin parte de sus orejas. Sus siluetas se deformaban con la luz, como entes ajenos a este mundo. Se quedaron inmóviles, observándome con una intensidad macabra. El aire se volvió denso y un zumbido extraño atacó mis oídos.

Grité como nunca. Quise huir. La linterna se cayó de mis manos. Procuré retroceder, pero mis piernas no respondían. Una sombra más grande se movió entre ellos mirándome de frente. Comprendí entonces que eran los gatos de mi abuela, todos los que ella había tenido y marcado con su extraño ritual. Y ahora estaban aquí, reclamando lo que les pertenecía.

Mis padres bajaron a socorrerme. Me preguntaron qué hacía en el patio a esas horas de la noche y entre gritos advertí que los extraños del velorio habían regresado.

Mi padre tomó la linterna y solo vio un montón de gatos sucios huyendo. Solo quedó Casio, el gato negro de mi abuela, mirándonos sentado, lamiéndose una pata con calma. Pero yo lo sabía; sabía que no eran solo gatos.

Entramos a la casa y mientras mi madre servía una infusión de valeriana, ese gato me miró antes de cruzar la puerta. Sus ojos brillaban con malicia. Sabía que yo había descubierto su secreto arcano.

Desde entonces, no permito a ningún gato negro entrar a mi casa. Sé su secreto; sé que en cualquier momento volverán a recuperar lo que les pertenece. Quizá esta noche o después. No importa cuánto después. Algún día tocarán mi puerta con sus sombreros, sus abrigos negros... y sin parte de sus orejas.

Es hora de rediseñar

TU PÁGINA WEB



- ✓ Hosting / dominio **gratis** por 1 año
- ✓ Correos corporativos
- ✓ Diseño adaptable a móviles
- ✓ Incorporación de redes
- ✓ ¡Y mucho más!

**Diseños exclusivos
a tu medida**



Visita portafolio

*Solicita informes para
rediseño o el diseño de tu
página web*

☎ 951797835
✉ luccidesign@luciaportocarrero.com
f @luccimediadesign
📷 @luccimediadesign

JUAN CARLOS CORTÁZAR

LIMA, PERÚ



Dos Victorias

Que se la llevaron, eso dice, eso ha dicho siempre. A otros, sí, a rastras, a otras. Si hasta los animales del Parque de la Exposición se llevaron, eso lo comentó todo el mundo. A un país donde ni animales exóticos tenían, un país extremo, apestando, allá se fue. La raptaron, fue forzada, es lo que ella dice, pero no es verdad y eso se lo doy firmado a quien quiera oírme. A ver, si la forzaron, ¿por qué a mí no? Si tanto les gustó a los invasores la impostura, el talle, la gracia, yo que de las dos soy la elegante, la que brilla aquí en lo alto, ¿por qué a mí no? Porque soy digna, soy patriota: porque no me iba a vender, a regalar al enemigo, menos tratándose de un país así, chato, materialista, sin arte ni gusto, de puros muertos de hambre disfrazados de soldados que vinieron a robárselo todo porque allá no tenían nada. Pero ella, ella sí; me la imagino clarito, ofreciéndose a esos tipos mal afeitados y con olor a alcohol y sobaco, entregándose a cualquiera con tal de salir de donde la tenían guardada. Y eso que su destino no era nada malo: en el Callao, frente al mar del triunfo, ese que nosotras recordamos y celebramos. Las dos en línea recta desde esta plaza hermosa, redonda y en el mejor estilo del París del Segundo Imperio, las dos en línea recta hasta el puerto: juntas, recordando la Victoria, el triunfo. Claro, luego vendría la traición. La de ellos, que luego de usarnos a sus vecinos, peruanos, bolivianos y ecuatorianos, de utilizarnos para expulsar definitivamente al español, porque fue con sangre peruana que se logró la batalla final, aquí en el Callao, con la sangre de José Gálvez y muchos más, pero después, ni tantos años habían pasado siquiera, la traición, el robo y la rapiña. La traición de ella también, ofrecerse como puta, venderse, dejarse agarrar y llevar por ellos, por los vecinos ambiciosos.

“Hermana” solía llamarme ella, feliz, regodeándose en medio de la tremenda plaza que le hicieron, pasándola tan bien, tan famosa y visitada mientras yo, la mayor, la original, seguía tirada en la Aduana del Callao. Embalada, guardada esperando mi emplazamiento en el puerto, decían los documentos oficiales. Nada de eso: tirada, la

caja rota y abandonada, hasta pis de perros y borrachos tuve que soportar. Sí, así de malo fue, y muchos años, nueve, ignorada dentro una caja que de servir de urinario se fue pudriendo, cabeza, seno, los brazos al aire, ennegreciéndome por la humedad, oxidándome. Nueve años hasta que me rescataron, me valoraron en la justa medida y me tomaron. El viaje al sur fue por mar, días y noches bamboleándome por ese mar que durante nueve años solo pude oler pero jamás mirar, el mar de los dos triunfos, de las dos victorias que yo represento, 1866, 1881, cifras inmensas. A ella, en cambio, le tocó la derrota, tuvo que verla completita desde tan alto que está: su ciudad ocupada, esa ciudad engreída y ladina, cobarde –¿acaso no izaron banderas de cuanto país pudieron la vez que la tropa vencedora entró marchando?, una ciudad de embajadores parecía, de gente que ni su bandera se atrevía a izar-, esa Lima que dos veces me rechazó.

Y la supuesta hermana, en esos nueve años, ¿hizo algo por mí? Cuando la invasión, preocupada por sí misma estaba, por su plaza y su frágil y elevada columna, que no se la destruyeran, que no se la quemaran. Si hubiera podido, ella también a cualquier bandera se hubiera abrazado, italiana, inglesa, o mejor la francesa, ya que de ahí venimos. Y todavía se atreve a retarme, a criticarme por haber venido hasta aquí. ¿Acaso lo pedí? ¿Acaso alguien me defendió? Nada, ellos me vieron, me valoraron y como trofeo me eligieron. Trofeo. Algo de un valor incalculable. Y hay justicia en ello, claro que la hay. A fin de cuentas yo soy la original, la primera que, en París, surgió de las manos de Cugnot, del genio escultor de Cugnot. ¿Ella?, una copia nomás, porque en el arte, eso se sabe, las obras de arte no tenemos “hermanas” sino copias, muchas, pero siempre copias. Que muy grande, muy pesada, dijeron los melindrosos burócratas limeños opinando como si de arte supieran, y entonces nació ella, la copia, con su perfil esmirriado y debilucho de nariz respingada, hecha para el temperamento de esa ciudad donde nunca lucí: victoria endeble, rancia, de líneas finas y relamidas, como sillón reblandecido de casona colonial, sin la fuerza, sin el vigor y la raza, sin el grito de guerra y el arma dispuesta a matar, sin la bravura que requiere el triunfo en la guerra, la verdadera Victoria.

A ratos trato de comprenderla, de entender la causa de tanto odio. Y, para cualquiera, la razón es clara: la frustración, el resentimiento por ser desplazada. Es la verdad: no la quisieron, los enviados de Lima llegaron a verla y adujeron que era muy pesada, que no vendría bien al conjunto. Excusas, como si Cugnot no supiera hacer su trabajo, calcular pesos y medidas. No, nada de eso, no les gustó por su expresión, por su rudeza. Es cierto que se le veía gruesa, las piernas sobre todo, pero el problema real fue esa cara de grito desaforado, la boca abierta de una manera tan grotesca y lo peor de todo, el gorro frigio, esa capucha vulgar. Eso nunca lo entendí de Cugnot, claro, era francés y tendría muy metida toda la cháchara de la revolución y la igualdad,

pero acá no queríamos celebrar una revolución –otra más, no- sino una Victoria. Conmigo, en cambio, acertó no solo en coronarme con laureles, como en Roma, sino que me hizo una silueta digna de bailarina, sosteniendo con elegancia la espada y la palma, etérea: un concepto, eso soy, eso se requería, una Idea, un Valor por el cual los hombres fueran capaces de entregar sus vidas.

Claro que, entre mujeres, ser reemplazada por otra que evidentemente es más bella, aunque sea la propia hermana, eso genera un resentimiento, un odio que no se apaga nunca. Aunque si ella hubiera querido acercarse, entender que yo no elegí reemplazarla, si contemplara mi hermosa plaza desde esta altura, si con mi mirada se detuviera en las bellas líneas de los edificios que me rodean, quizás entonces, tal vez. Pero en el pueblo al que fue a dar, una noble ciudad del interior, dice ella, Talca, rodeada de chacareros y artesanos. Tal vez sea lindo, bucólico, quien sabe. A lo mejor tiene mucho tiempo para meditar, para la introspección; una sencilla paz risueña. Pero a fin de cuentas es mujer, como yo, y a qué mujer no le gustaría estar en el sitio que me dieron: ser vista y exhibida y anhelada. Ángel de la Victoria.

Aquí miro hacia montes leves y montañas lejanas. En invierno, los picos se nievan. Campos, muchos campos veía antes, ahora menos. Y los niños jugando en la plaza, sobre todo ahora que me regresaron a mi lugar original, recordando al Batallón de talquinos que hasta allá fue y venció. Ella, en cambio, ella mira hacia el mar, desde lo alto de su columnata y rodeada por hermosos edificios, dice, la vista clavada en el Callao, en el mar. Muy linda habrá sido su plaza y se burlará de la sencillez de la mía, pero de eso hace mucho. He escuchado que últimamente está más limpia, pero durante años fue un mar de carretillas de ambulantes, micros, bocinazos el día entero, hoyos en la pista, la basura amontonada y las moscas, con protestas, una tras otra arrasando todo, su pedestal pintarrajeado de lemas. Ahora estará más ordenada, pero sé que un paso a desnivel le han hecho por debajo, que dos de las tremendas casonas del entorno se han incendiado y que hasta baños públicos han dispuesto. Podrá decir lo que quiera sobre ella, sobre su dichosa plaza, pero olvida dos cosas, las dos muy importantes. Que la sencillez de mi plaza es la sencillez del trabajador, del ciudadano que sale en defensa de su Patria aunque deba ir tan lejos para ello. La blandura y la elegancia no sirven al momento de defender la Patria. Y olvida que aunque ahora viva en la sencillez, yo vi París. Sí, desde la misma altura que está ella, pero no en su plaza desvencijada sino en la principal calle de París, exhibida frente al Palacio de la Industria en cuanto Cugnot me terminó, aplaudida por artistas e intelectuales. Aunque después de verme los imbéciles que enviaron desde Lima me rechazaran, yo vi París y París me vio a mí, no a ella, que del taller al barco se fue derecho nomás.

Es verdad, ¿para qué negarlo? París la aplaudió. A mí me dieron la plaza de Lima. Cada cual con lo suyo.

Nunca he visto el mar, ese mar que dos veces, cuando me crearon y luego cuando me rechazaron, me prometieron. Lo sentí, en el barco camino al sur fui acunada por él, lo olí profundamente e incluso antes, en medio de la herrumbre de los nueve años de abandono, fui arropada por su aliento salado. Las montañas, los campos y los desiertos tienen dueño, pueden juntarse los hombres, acordar o matarse por ellos, trazar líneas imaginarias y satisfechos decirse “esto es mío”, pero con el mar, que es puro fluir y va donde quiere con los vientos, con el mar eso no vale. Alguna vez quisiera verlo; dicen que es inabarcable y tiene vida.

Tanto odio, y pensar que a las dos nos creó la misma mano. Por un odio así, o uno parecido, se mataron tantos acá: Chorrillos, Miraflores, San Juan y mucho más al sur también. Cinco años matándose. Esa y la otra guerra, la que yo conmemoro. Porque eso les encanta a los militares, a los políticos: conmemorar, celebrar. Vienen aquí cada dos de Mayo y se llenan de frases de cartón: heroísmo patria entrega valor metal sangre. Los veo cuadrados a mis pies, marciales cantan sus himnos, muestran y bajan fusiles, dan vueltas alrededor de la plaza siguiendo una marcha cuyo ritmo cadencioso, sumado a trombones y trompetas estridentes, me hace pensar en el paso de una manada de paquidermos. Algunos años, a lo lejos, he llegado a ver que en el Callao hacen representaciones del combate: los cañones tiran salvas hacia el mar, hombres vestidos con uniformes de la época corren por aquí y por allá, las familias aplauden, los niños tienen globos en las manos. De otras batallas también han hecho representaciones, Ayacucho, Junín, Arica, eso he escuchado: hombres de uno y otro color corren ordenaditos hasta que, suave y limpiamente, caen. Pero yo vi pasar por aquí no sólo las manifestaciones gloriosas y desafiantes de los primeros años de esa guerra –en ellas también, salvas, guirnalda y niños agitando las manitas-, sino la resaca oscura de los que regresaban de las trincheras y baterías deshechas. Las caras de esos hombres, de esos muchachos, los ojos hundidos y las quijadas caídas, sus uniformes apenas reconocibles, eso lo decía todo sobre lo que vieron y sintieron, eso de lo cual lograron huir y que jamás podría ser visto desde prosenios con toldo y sillitas, primorosos tinglados donde se comparten sándwiches y pisco sour.

Los campos de batalla, nosotras los conocemos desde siempre; su doblez. Somos una materialización de la divina Nike de los griegos, de la Victoria de los romanos:

volando sobre los restos del combate, fuertes y veloces, ungimos a los vencedores con la gloria y la fama de las palmas de laurel, ignorando a los vencidos, vivos o muertos; ellos son el precio de nuestra señal. Con ojos brillantes nos anhelan desde antes del combate, de todos los combates, Iquique y Angamos, Arica y Tarapacá, Huamachuco o Concepción, porque en los instantes previos a enfrentarse con otro hombre, angustiados, atravesados por el pánico aun antes que por las armas, nos invocan, nos buscan, suplican. Y si sobreviven, si vencen, ya no se acuerdan del momento previo o de cuando la batalla pareció desfavorable, no, ahí resulta que fueron valientes desde el principio, con el pecho descubierto, mirando a la muerte a la cara, crueles y varoniles. Así cuentan sus historias, componen sus himnos y escriben sus libros, diciéndose ellos mismos que son héroes, que nacieron para ello, que no temen. Y entonces ya no sólo nos convocan sino que, en todas partes, por todo el mundo, nos elevan monumentos y nos celebran: Victoria, o también Patria, Libertad, todas mujeres. Es curioso, pero los hombres, para celebrar sus guerras y revoluciones, acuden a nosotras. Y, sin embargo, son las mujeres las que llevan la peor parte en guerras y revueltas: las violan, las matan, las raptan y si sobreviven, les toca recoger al hombre, como tantas aquí después de San Juan y Miraflores, esposas, hijas o sirvientas buscando al hombre de la familia para encontrarlo despanzurrado a balazos, sin rostro por los buitres, sentados contra un árbol con una bayoneta en medio del cuerpo.

Un año más: la mitad de los hombres de olivo camuflado y casco, la otra mitad con la chaqueta azul, el pantalón y el quepí rojos, rifle antiguo al hombro y por todas partes la modulada voz del locutor que con alegría, como en una fiesta, anuncia el-glorioso-batallón-Talca mientras los hombres, sudados, mirando al frente, se desgañitan con los viejos estandartes –su marcha remece mi pedestal- empapados en sangre –no pierden la línea jamás, desde aquí arriba la geometría es nítida, perfecta – y a los muertos cubrieron- aplaudidos, vitoreados por la gente –honrosas cicatrices de guerra..

Los veo pasar, sí, sonriendo viriles.

A mi izquierda veo al viejo Coronel, en línea recta por la Avenida Alfonso Ugarte –otro de los que murieron en esa guerra, con la bandera roja y blanca, todos con la bandera siempre- su plaza también es circular, en algo parecida a la mía. Y todos los siete de junio las voces proclamando la quema del último cartucho en Arica y la gloria del Coronel. No me gusta su pose: rígido mirando hacia el frente, hacia el cielo, la pierna encima de un montículo –¿el morro sería?- con la rodilla adelantada y en alto la mano portando la bandera, una banderita más bien, hasta parece de feria. Antes había otro,

el original (el buen Coronel también tuvo dos versiones, pero tan diferentes ellas): el viejo herido, el cuerpo combado en el instante final con el mentón recogido sobre el pecho, la pistola en la mano con la puntería definitivamente perdida y todo él abrazado a una bandera. Lo quitaron, lo acusaron de parecer un borracho, de falta de bravura y heroísmo. Débil. Vencido. Y tanto que les gusta cantarle a la muerte con el pecho inflado, pero ante el viejo y el fracaso, frente a la simple muerte del hombre en la batalla, ahí no.

Al Coronel original, al veraz, a un cuartel se lo llevaron escondido.

Exterior e interior, derecho y revés, frío y fuego: así, a través de tantas contradicciones es que Cugnot me hizo, a mí, la original. La primera forma, la que venía directa de su corazón, en arcilla maleable y húmeda, una forma pequeña, así nací. Luego, las manos de Cugnot, en arcilla nuevamente, me hicieron alcanzar el porte magnífico que él me quiso dar, ese que a los burócratas pareció excesivo, innecesario, pero que en verdad correspondía a la grandeza de la Idea que yo represento. Después, lo más difícil: el molde de yeso, un perfecto negativo, el revés desdoblado de mi misma: una monstruosidad, una bestia en la que la cavidad de la boca que grita el triunfo, en la que la profundidad de los ojos que enfrentan al agresor, se convirtieron en bultos, tumores, excrecencias en relieve que, aterrada, no supe ni quise reconocer: ¿quién es esa? La diosa invertida, el revés de la gloria de la batalla, ese revés de crueldad y miedo, la agonía y el estertor que también he visto, rápida, sobrevolando el campo en busca de vencedores. De esa angustia me salvó, finalmente, el fuego transformador, la hoguera de la cual emergí de nuevo, diosa eterna en bronce, metal noble de ciento cuarenta y cuatro años ya. Y, sin embargo, sé que dentro de esa nobleza, acurrucado, convive mi revés, ese negativo brutal y deforme que aunque se rompió en el yeso aún subsiste, el interior de la Idea pura y bella que todos, día a día, quieren ver.

Las dos hemos escuchado, sí, voces de mujeres y hombres, de viejos, de niños y niñas, gritos, lamentos, maldiciones sobre el valor y el temple de estos que en nuestras plazas sacan el pecho y enseñan las armas. Exigen, lloran por personas que estaban y ya no están, gritan los nombres de los que se han desvanecido, una letanía muy distinta a la de las bandas, los metales y los himnos gloriosos, letanías que hablan del Cuartel Los Cabitos, de Villa Grimaldi y la Colonia Dignidad, del Pentagonito, de Barrios Altos o del Estadio Nacional. Parece, según los lamentos, que a muchos de los victoriosos de uno y otro lado se les acrecienta el Honor y la Patria, se les engrandece el Deber cuando el que tienen al frente no sólo es y piensa diferente, sino que además está desarmado. Cosas del valor de los hombres. Y de eso no hace cien años.

Aunque sea Victoria, he caído, sí, dos veces. Pese a ser una divinidad de fuerza, velocidad y triunfo, he caído. Ella, en su hermosa plaza de Lima, también ha caído: allá también hay terremotos. Caí dos veces y la segunda, esa caída me hizo pedazos –no en vano dicen que fue el más fuerte de la historia, algo que el buen Cugnot no podía calcular-, y no solo quedé rota sobre el suelo sino que –otra vez más- fui humillada, abusada: la espada, el brazo entero y un ala, robadas por algún roto que sabe dios que habrá hecho con ellos. Ella, cuando cayó, sólo se partió por la mitad, con gracia, mientras que yo quedé en pedazos, rota e incompleta. Una desgracia. Me repararon, claro, unos artistas, unos técnicos de la Universidad de aquí, con mucho respeto, dijeron, con mucho orgullo y conciencia de mi valor histórico. Para hacerlo, no había otra manera, tuvieron que enfrentarse a ese interior escondido, a la bestia dentro de la diosa. No hay otra forma de reparar sino por dentro. Y así me volvieron a alzar, restaurada. Las dos hermanas, casi gemelas, reparadas. No se nota, pero una sabe muy bien que lo que se remienda, lo que se vuelve a unir, no queda bien, ya no es igual a como era originalmente. Lo mismo vale para personas, sentimientos, vínculos: una vez que los rompemos, no, nunca quedan igual. A lo mejor, pienso, algo de esa brutalidad interna se nos escapa por las fracturas. Se escapa y queda por ahí, dando vueltas.

MARÍA JOSÉ CARO

LIMA, PERÚ



Las palabras

Los “te quiero” de mi madre se materializaban en trazos sobre una hoja de papel. Las monjas me entregaban sus palabras en un sobre sellado durante el retiro espiritual al que nos llevaban una vez al año. Nos internábamos en una casona de Cieneguilla durante tres días. Hablábamos de dios, rezábamos a la virgen, cantábamos canciones sobre católicos tocados por la gracia. Nos daban comida que no debía gustarnos. Guisos insípidos que nos recordaran el lugar que el privilegio ocupaba en nuestras vidas. En cuanto a las cartas, el pedido era sencillo; nuestros padres debían escribirnos una carta contándonos algo de sí mismos que no supiéramos y que nos acercara más a ellos. Los mensajes se leían el último día del retiro mientras el jefe de pastoral tocaba guitarra. Podíamos elegir cualquier parte del jardín para leer las cartas. A mí madre le costaba muchísimo escribirlas. Se notaba la tensión en su rostro cuando recibía la circular con las instrucciones. La semana previa al retiro, el basurero junto a su escritorio se llenaba de mensajes fallidos. Nunca intenté leerlos. Lo sentía como una traición. Ella hablaba solamente cuando tenía algo que decir. Hablaba sobre hechos concretos, no divagaba. Pero, sobre todo, decía su verdad. No me maquillaba la vida. Según mi psicóloga lo hacía para protegerme, para que esté lista a enfrentar el peor escenario posible. En sus cartas me contaba anécdotas superficiales de cuando era niña. Hablaba de cuando le reventó la ceja a una de mis tías de un empujón. De cómo las niñas de su colegio la llamaban monja de claustro debido a su timidez. Hacia el final de la hoja estampaba su firma después de decirme que me quería. En casa, los sentimientos se daban por sentado. Yo sabía que mi madre me quería. Nos pagaba el colegio, la ropa, la comida, las diversiones. Sin embargo, sus cartas eran insuficientes. Yo quería conocerla. Entender quién era más allá de nosotros. Saber si me convertiría en ella. “Tienes las mismas muecas de Marita. Tienes su misma risa”, decían sus amigas cada vez que iban a casa. Mi madre tenía los ojos verdes y la piel muy blanca, yo era una suerte de remedo barato. Poseía sus gestos, pero no sus facciones.

La carta de mi madre cambió de tono el año en que se volvió a casar. Fue la última que recibí. La monja me entregó un sobre blanco de bordes rojos que tenía un avión

dibujado junto a la inscripción “via Air Mail”. Mi madre los utilizaba para separar dinero. Los guardaba en el cajón de su mesa de noche y en cada uno colocaba montos distintos. La compra semanal, el sueldo de Ruth, las mensualidades de los colegios y la universidad. Me acomodé en una banca de madera ubicada frente a un juego del sapo que servía como letrina para las palomas y lo abrí. Su caligrafía se constituía a partir de trazos largos y fáciles de leer. Tenía una identidad que la mía jamás poseería. Quizá se trataba de un reflejo de su personalidad. Decía mi abuela que desde chica era así. Que cuando mamá ya era novia de mi papá y peleaban, ella se recluía en su cuarto hasta que él aparecía rogando, sea de quien fuera la culpa. A mi madre le dolían las palabras. A pesar de su silencio y practicidad, las palabras eran navajas que siempre encontraban sus puntos más frágiles.

La letra de mi madre ocupaba poco más de dos páginas. Por primera vez su caligrafía perfecta venía acompañada de borrones. Se notaba que había llenado las hojas de un tirón. En la primera línea anunciaba que se casaría con Ramiro. Después me pedía perdón. Decía que su vida había tomado un giro inesperado. Que lo que más quería era que Sergio y yo creyéramos para ser adultos felices. Que se lo pedía a dios cada mañana. Después del divorcio, mi madre encontró en la iglesia un refugio. Formaba parte de un grupo de oración al que asistía todos los lunes, miércoles y viernes al volver de la oficina. Llevaba una biblia y un cuaderno en un morral pequeño. La misma que me acompañaba a cada retiro. A medida que avanzaba la lectura, los trazos de mi madre se volvían más enérgicos, casi rasgaban el papel. La imaginé presionando el lapicero sentada en la mesa de la cocina, escribiendo una verdad que viajaba por su sangre hasta convertirse en tinta. Después de las disculpas, advertía que hablaría de 1993, el peor año de su vida y también de las nuestras, aunque no lo recordáramos. Contaba que no sabía cómo controlar a Sergio. Que una mañana pelearon y Sergio le gritó que la odiaba y que quería irse con mi padre, luego tiró la puerta de su dormitorio con tanta fuerza que desencajó la madera. Mi madre, herida por las palabras de mi hermano, cogió el teléfono y se comunicó con la casa de reposo donde estaba internado papá. Concertó una cita para que mi hermano fuera a verlo. Mamá quería darle una lección, debilitar el poder sanador de la memoria. Corregir el olvido benevolente asociado a mi padre. Así que llamó al chofer de mi abuelo y embarcó a Sergio en el auto. Se arrepintió apenas lo dejó ir. Las dos horas que mi hermano estuvo fuera de casa, mi madre sintió que se le partía el pecho. Se asomó a mi habitación sin decir nada y me vio tumbada en el piso prendida de una familia de juguete. Yo reía, fingía voces, acostaba al bebé en una cuna plástica. Mamá se dijo a sí misma que debíamos mudarnos. Que una vez que el fracaso se instala se vuelve un inquilino moroso. Pensó en los ojos de mi padre desorbitados y vacíos por el tratamiento. Se preguntó en qué peldaño de los doce pasos se encontraría. No sintió pena por él. Mi padre, con sus malas decisiones y su falta de temperamento, se había cargado esa vida que nos incluía y que ella recreaba cada mañana sin querer. Lo que más recordaba eran sus palabras: la promesa de que se curaría y los insultos que lanzaba al aire. Mamá cerró la puerta

de su dormitorio y llamó al centro de rehabilitación para que prohibieran el ingreso de mi hermano. Un ex adicto atendió el teléfono. Le respondía con monosílabos. A lo lejos, oía la narración de un partido de fútbol. Tiró el auricular. Sacó la biblia de su morral y se acostó en la cama. Leyó su pasaje favorito una y otra vez. Cuando Sergio volvió a casa no dijo nada. Cogió su pelota de fútbol y empezó a patearla contra la pared del patio. Mamá se acercó llorando. Le pidió disculpas. Sergio le dijo sobándose la nariz que no había visto a mi padre. Él no había accedido, se lo había dicho un hombre flaco que no paraba de fumar. Mamá respiró aliviada, miró al cielo y lo abrazó. Esa misma tarde teníamos una fiesta infantil en el club. Se trataba del cumpleaños del hijo de una compañera de oficina de mi madre. Habían contratado a un mago y separado la cancha de fútbol para los niños más grandes. Ni bien llegamos, Sergio se colocó los chimpunes y entró a la cancha. Mamá me acomodó en la primera fila del espectáculo de magia y señaló la mesa donde se instalaría con sus amigas. El mago llamó a un niño del público y anunció que le cortaría el brazo para después unirlo con pegamento. Aparecí al lado de mi madre en cuestión de segundos, aterrorizada, como si acabara de presenciar un asesinato. Le pedí volver a casa porque el mago me asustaba. Ella trató de persuadirme para que volviera al show. Sus amigas se miraban entre ellas sin hablar. Mamá conocía esos silencios cómplices. Nuestra familia debía ser el tema de conversación ni bien se volteaba. Mamá me llevó de la mano a donde estaba el mago. Presionaba mis dedos sin medir sus fuerzas. Se acomodó en el tapiz y me aseguró que no pasaría nada, pero cuando la cuchilla rozó el brazo del niño, chillé como si el acero me estuviese cortando los huesos. Le dije a mamá que ya no la quería, le increpé por hacerme sufrir a propósito. Me paré y empecé a caminar hacia un tobogán. Cuando ella se levantó a seguirme, los gritos de Sergio alcanzaron sus oídos. Mi madre giró la cabeza y vio a mi hermano acostado en el césped cubriéndose la cara con los brazos a la par que descargaba patadas. Corrió a la cancha. Al llegar, el esposo de una de sus amigas sostenía a Sergio en el aire. Mamá me llamó con una seña, le habló a Sergio y abandonamos el club. Ya en casa, el ojo de mi hermano apenas se abría por la hinchazón. Mi madre le colocó una bolsa de hielo mientras Sergio le explicaba detalles de la pelea. Mamá no lo escuchaba, no tenía las fuerzas. Cuando se aseguró que ambos dormíamos, llamó por teléfono a la abuela. Necesitaba irse. No lidiar con nosotros. Éramos una mezcla incontable de sus aciertos y errores. Le pidió a la abuela que fuera a cuidarnos. Pasó frente a la iglesia, pero no quería hablar de sus culpas. Así que terminó en el cine, sentada en la primera fila de una función donde la película transcurría como telón de fondo. Allí, rodeada de sombra, sus lágrimas caían imperceptibles, libres como un riachuelo escondido. Mamá dejó la sala apenas encendieron las luces. Al llegar a casa despidió a la abuela y se internó en su habitación. Se quedó dormida con la biblia entre los brazos. Lo primero que vio al abrir los ojos fue mi mano sosteniendo una paloma moldeada con cerámica en frío. Poseía una cabeza deforme, las alas azules y una gorra amarilla. A lo largo

del tiempo, yo había llenado su mesa de noche de animales que aparentaban ser cualquier cosa menos lo que debían representar. Sergio apareció repentinamente, aún con el ojo hinchado, sostuvo el pájaro entre los dedos y lo asesinó cerrando el puño. Cuando abrió la mano ya no quedaba nada. Mi madre volvió a esculpir una paloma y la colocó junto al resto de animales. El zoológico se quebraba, se componía y se volvía a quebrar para adquirir una nueva forma. Ese era su ciclo natural.

Levanté la mirada y encontré a mis compañeras desperdigadas por el jardín. Romina se balanceaba en una hamaca vieja. Algunas compañeras se limpiaban las lágrimas, otras empezaban a escribir las respuestas para sus padres apoyándose en sus rodillas o en la pared. Yo no tenía lápiz o papel, jamás respondía las cartas. Mi madre hablaba tan poco que nunca supe si esperaba algo. Tampoco sabía cómo elegir aquel momento especial del que hablaban las monjas. En las últimas líneas, ella se volvía a disculpar. Decía que lo tenía todo más claro con respecto a mi hermano, porque era sencillo en sus convicciones. Que a veces temía por mí y quería endurecerme. Le asustaba que no ingresara a la universidad y me pedía que estudie más. Decía que al verme se encontraba a ella de niña: tímida y callada, pero que también veía en mí la poca tolerancia al fracaso que destruyó a mi padre. Finalmente, que como ya se había quedado sin palabras tomaría prestadas las del libro de Ruth:

No insistas en que te deje o que deje de seguirte; porque adonde tú vayas, yo iré, y donde tú mores, moraré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios. Donde tú mueras, allí moriré, y allí seré sepultada. Así haga el Señor conmigo, y aún peor, si algo, excepto la muerte, nos separa.

Después su firma:

Te quiere,
Tu mamá.

Cuando terminé de leer el papel mis manos temblaban. Imaginé a mi madre pronunciando esas palabras. ¿Cerraría los ojos? ¿Se marcarían sus hoyuelos? Corrí al salón en búsqueda de mi mochila mientras el jefe de pastoral tocaba una canción de Mercedes Sosa. Saqué la biblia del bolsillo pequeño y ubiqué los versículos. Aquel pasaje era el más subrayado del libro. Tenía marcas de épocas distintas. Supe enseguida que aquel fue el fragmento que leyó ese día de 1993. Decidí que no le devolvería la biblia, que la convertiría en un amuleto. Mi hermano y yo estábamos contenidos en esas palabras que no podía decirnos a la cara. Mi madre era un libro cerrado, pero nosotros latíamos dentro con toda su fuerza. Arranqué una hoja de mi cuaderno y dibujé una paloma mutante. La recordaba a la perfección. “Te quiero mamá”, escribí, segura de que le entregaría la carta.

MIRZA P MENDOZA CERNA

LIMA, PERÚ



Mochila de emergencia

«Pronto me mudaré de este lugar. Si continúo viviendo en esta interminable soledad, acabaré llamando a Flor para suplicarle regresar». Tomé esa determinación al mes de la devastadora ruptura. Cambié de trabajo pocos días después de que ella rompiera conmigo. Encontré un departamento más acorde a mi economía, un lugar tranquilo para sobrellevar el exilio auto impuesto. Al empacar deseché todo lo que me había regalado. Arrojé al tacho esas asfixiantes corbatas que únicamente compré para contentarla, porque adoraba ver ese brillo de satisfacción en sus ojos. Me largaría de ese lugar que gritaba su nombre por todas partes. Consulté la cifra de mis ahorros y me convencí de tener un buen fondo para sobrevivir durante un par de meses sin trabajo.

Tuve todo listo y empacado. Solo me faltaba tomar una decisión sobre un objeto. Cerca de la puerta había una mochila de emergencia. Era “nuestra” mochila de emergencia. En los tres años de relación no tuvimos la dicha o la desdicha de usarla. Si percibíamos algún temblorcito, esperábamos quietos a que pasara. No salíamos a la calle. Luego del movimiento, nos besábamos y seguíamos con nuestras actividades. Bromeábamos diciendo que, si un terremoto sacudiera nuestra ciudad, jamás de los jamases nos acordaríamos de la dichosa mochila.

Dudé si llevarla conmigo. Días antes de separarnos, reemplazamos algunos productos. Dejarla sería desperdiciar dinero. Sin embargo, me recordaba tanto a Flor que, por ello, me cuestioné si debía traerla a mi nuevo hogar.

Fue su idea comprar y llenar la mochila de emergencia. Escogimos cada producto al detalle; los embalamos y guardamos. Recuerdo cada cosa que adquirimos, hasta la lista donde marcábamos los productos de más. El día de empacar las cosas, dijo, luego de tomar una toalla y besarla antes guardarla:

—Si muero en el terremoto, sabes que, en esta toalla, hay un beso mío guardado para ti.

—Eso nunca pasará porque viviremos juntos hasta viejitos—le contesté.

Cuando Flor se marchó mi primer impulso fue quemar esa toalla, pero al recordar que era costosa y cien por ciento de algodón, medité y desistí.

Llamé al camión de mudanza para despejar de mi mente tantos recuerdos que herían mi corazón al punto de querer llorar.

“¿Cómo pude caer en este mundo de ilusión y fantasía, el cual siempre rechacé desde joven?, ¿En qué momento cambié?” me repetía. Siempre fui el anti romántico del grupo de amigos.

Llegó el camión y, mientras bajaban mis cosas, yo aún no decidía qué hacer con la mochila. “Mejor se la obsequio a la vecina”, me dije sintiéndome un genio. Toqué el timbre, pero, no estaba. Colgué la mochila en mi hombro y sentí como si llevara a Flor cargada, similar a nuestros momentos de juego y risas. Me quebré por dentro. Salí cargando la mochila como quien soporta una cruz. Vi las últimas cajas con todas mis pertenencias ingresar al vehículo. Me despedí del conserje, titubeé en darle la mochila, pero no me pareció correcto, sobre todo por su apatía diaria al cumplir sus funciones. Respiré hondo y miré por última vez el balconcito donde solíamos hacer carne a la parrilla los domingos. “Dime en que fallé, Flor”, dije en voz baja, sabiendo que nunca obtendría una respuesta.

En el camión me senté al lado del chofer, mientras en la radio sonaba: “Otro día más sin verte” de Jon Secada. Intenté disimular mi tristeza y abracé la mochila.

El chofer arrancó y cambió de emisora. “¿Habrá notado que me puse melancólico con la canción?”, pensé y apreté aún más el objeto que momentos antes quise regalar.

Me quedé dormido y al despertar vi mi propia baba en mi ropa. El sonido del motor me acunaba. Al no oír su ronroneo me espabilé. Estábamos al otro lado de la ciudad. Eché un vistazo a los alrededores. Conforme.

Los ayudantes del chofer, escondidos en la tolva del camión, salieron con cara de sueño, estirando sus brazos para la carga. Llamé a mi próximo casero y avisé mi llegada. Él apareció y me entregó las llaves de mi nuevo hogar solitario, un pequeño departamento con una sola habitación.

—No hagas travesuras, muchacho. Nada de fiestas bulliciosas de amanecida, ni fumar marihuana. Tus vecinos son personas mayores y son bastante quisquillosos. Compórtate, por favor— habló entre serio y aburrido.

—¡Señor, sí señor! —contesté llevando mi mano a la frente como un saludo militar.

El propietario no era de bromas. Solo hizo una mueca indefinida.

Me sorprendió la forma en que los cargadores subieron mis cosas, muy contrario a como las bajaron de mi anterior residencia. Tropezaban, se jaloneaban las cajas jugando. No me causaba gracia que trabajen así. Cuando tuve el valor de reclamarles ya habían terminado su trabajo.

Masticando mi rabia le pagué al grupo entero de la mudanza. Se alejaron sudorosos y contentos. Yo seguía cargando la mochila, pero me había olvidado de ella por completo. Ya era tarde y el ajetreo me provocó sed. Parado en la acera, miré en busca de una tienda, la cual encontré a pocos pasos. Al entrar, me distrajo un producto en lo

alto de un estante trasero, y al retroceder mi mochila chocó con una joven que estaba a punto de tomar una gaseosa. Cuando noté lo ocurrido, ella ya estaba empapada. Abrí la mochila y encontré la toalla que tenía el beso de Flor. Se la di presuroso. La joven se secó sin mirarme.

—¡Le prometí a mi abuela que no tomaría gaseosa, pero gracias a ti ahora lo sabrá! — gritó.

—Disculpa, te compraré otra botella e iré donde tu abuela para explicarle cómo me estrellé contigo y te ensucié con “mi” gaseosa. Le diré que soy muy torpe. La joven me miró de reojo y no dijo palabra. Continuaba secándose con la toalla. Pedí dos bebidas que ambos tomamos apresurados.

—Bueno, vamos, estoy listo para recibir un par de cachetadas— dije deseando que la joven sonriera.

—Mi abuela tiene un bate de béisbol— respondió riendo.

—Espero que me dé justo en la mochila.

Ambos sonreímos.

Oh sorpresa, la abuela vivía en el mismo piso del edificio donde viviría yo. Durante el camino, la chica me dijo su nombre y reveló que estaba de visita.

Tocamos la puerta y apareció su abuela. Su mirada y ademanes la hacían ver cascarrabias, y ella no lo disimulaba. Por otro lado, existía una buena razón para prohibirle a la nieta beber gaseosas. Me resonó como a un nieto más y luego me preguntó qué llevaba en la mochila. Le expliqué su función de emergencia. Le pareció inusual que la tuviese puesta sin que hubiera una urgencia en ese momento. Bromeé diciendo que estaba en pleno simulacro.

—Buen muchacho— sonrió palmoteando mi mejilla. Cambió de gesto a uno adusto y desviando la mirada agregó —. Lo mejor de las visitas es cuando se van.

—Hasta luego—dije y volví a disculparme.

Busqué a la joven por el espacio abierto de la puerta, pero no apareció. Su abuela le había pedido cambiarse de ropa.

Me fui contento. En mi apartamento solo había cajas bien embaladas y apiladas. Me acomodé en el colchón e intenté dormir. Al ras del suelo recordé a aquella joven. Entonces, noté que no había devuelto la toalla. Advertí también que su nombre y el mío calzaban. Se llamaba Génesis y yo Moisés. Nombres bíblicos, elegidos por probables padres cristianos que criaron quizá a dos probables ateos o agnósticos. Quién sabe; y con ese pensamiento me sumergí en un pesado sueño.

Jamás olvidaré ese amanecer. El remesón fue terrible. Las noticias comunicaron que el movimiento telúrico empezó a las 4:07 de la mañana de un sábado prometedor. El sacudón me despertó y sin pensarlo cargué la mochila que había dejado por costumbre cerca de la puerta, y salí. Llantos, lamentos y sollozos por todos lados. El tumulto se acrecentaba en la calle. Yo agradecí que mis padres y hermanos vivan en el extranjero y no sufrieran tremendo trauma. Luego me sorprendí a mí mismo

buscando a Génesis, sin preocuparme en primer lugar por Flor.

El terremoto fue arrollador, pero yo estaba entero, aunque temblaba de pies a cabeza. Escuché pitidos lejanos, balazos y el ulular de sirenas. ¡Génesis, Génesis!, grité. Otros llamaban distintos nombres entre las nubes de polvo que producían los escombros. Yo estaba concentrado en Génesis y su abuela.

Pasaron largos minutos; me distrajo el llanto de un bebé. La madre, en el suelo, lo amamantaba. Estaban sin abrigo. Entonces, abrí mi mochila y les di una de las dos mantas térmica que guardaba, y continué caminando entre la muchedumbre.

Hasta que las ubiqué. Estaban abrazadas. Génesis lloraba mucho y su abuela se apoyaba en su bastón. Les di una botella de agua. Génesis se calmó y me agradeció, mientras su abuela tiritaba. Le di la segunda manta térmica. Cerca de ellas, un par de hombres retiraba las ruinas de lo que había sido una casa. Al parecer alguien estaba atrapado y la oscuridad impedía su rescate. Extraje una linterna de mi mochila. Flor y yo habíamos comprado una muy grande y luminosa. Me temblaron las manos al colocar las pilas. La encendí y en seguida los hombres renovaron su búsqueda, como si la luz renovase su energía. Retiraban pedazos de ladrillo y cemento que los separaban probablemente de un familiar, quien clamaba auxilio. Luego de unos minutos un sujeto salió tosiendo de entre los escombros. Dispuse todo lo que tenía a mano para que se estabilice.

Regresé con Génesis y su abuela. Estaban más tranquilas. Pasó una mujer preguntándome si disponía de algo para ayudar a su hijo, que no paraba de sollozar. Les di unas golosinas que saqué de mi mochila. Así, poco a poco, algunos me pidieron ayuda, hasta que mi mochila quedó vacía. Me sorprendió el no ver a nadie más con una mochila de emergencia. Entonces, recordé que yo no nunca quise comprarla. Fue Flor quien impulsó su adquisición.

Una hora después llegaron las ambulancias y carros militares. Lloré mucho al verlos acudir en nuestra ayuda, pues en nuestro grupo había tres fallecidos. Génesis se acercó a consolarme. Sentí un poco de vergüenza; sin embargo, en una situación así todos tenemos el derecho y el deber de llorar.

Ha pasado un año desde ese día fatal. Génesis es mi mejor amiga. Como algo gracioso, su abuela me mostró su bate de béisbol y, además, me pidió que consiguiera uno. Yo le juré que lo haría, pero era mentira.

Cada vez que conozco a alguien nuevo, le pregunto: “¿Tienes una mochila de emergencia en tu casa?”.

OSWALDO CASTRO

LIMA, PERÚ



Los monstruos

Mi infancia corrió por los patios, pasadizos, habitaciones y salones de la casa familiar. La propiedad en la que varias generaciones sembraron la simiente traída de ultramar siempre estuvo rodeada de leyendas, secretos y... monstruos.

Desde que empecé a caminar y a entender el lenguaje de las nodrizas, me quedó claro que había espacios donde los niños de mi edad no debían atreverse a asomar las narices. La prohibición enfermiza de visitar las caballerizas, por el terror de ser la siguiente víctima de las coces de los caballos de paseo, tal como le ocurrió al primo Fidel, la obsesión compulsiva por mantenernos lejos de la pileta central del zaguán, para evitar el casi ahogamiento de Celeste, la hija de una de las cocineras y el pánico desmedido cuando alguien se extraviaba en la huerta, porque existía la posibilidad de ser raptado por un duende o convertido en ciempiés por los fantasmas arborícolas fueron el origen de mis pesadillas juveniles, las que marcaron el carácter huidizo y poco confiable que me persiguió hasta la adultez.

En este escenario, en el que miré las zonas prohibidas, primero asustado y luego intrigado, fue que descubrí, de pura casualidad, al perseguir un balón de fútbol, el cuarto cerrado con candado, que nunca había sido mencionado. Estaba ubicado al voltear la esquina del patio principal, en el ala derecha de la casa y era el primero de los destinados a la servidumbre. De frente, no se podía imaginar que existiera esa parte de la propiedad. Se tuvo mucho cuidado para esconderla y no levantar sospechas sobre la vida privada de los sirvientes. Si no hubiera sido por el giro caprichoso de la pelota, creo que hasta ahora no sabría de su existencia y mi vida habría sido más sencilla y menos atribulada.

No recuerdo quién comentó que dicha habitación, cerrada desde que tengo uso de razón, fue testigo de dos desgracias. La primera sucedió el siglo pasado cuando un peón, en un ataque de celos, degolló con el machete de la zafra a su conviviente. Cuarenta años después, el abuelo se abrió el paladar de un balazo por no asumir las deudas de la plantación.

La habitación desplazó en mis angustias al primo pateado y a la ahogada por los ojos fantasmagóricos de la muerta y del abuelo. Se metieron en mis sueños hasta que la voz melodiosa de Celia, la ayudante de cocina y que era dos años mayor que yo, me dijo: “Joven Oswaldo, ese cuarto está clausurado para que no se escapen los monstruos”. Se ajustó el delantal para que le viera el contorno de las caderas, esperando una respuesta y solo escuchó el ruido del agua hirviendo. Se rio a carcajadas porque sabía que me gustaba y que la espiaba mientras pelaba las papas. Me agaché detrás de la ventana por la que la miraba y salí disimuladamente. Pasé por la habitación del candado, sin hacer ruido y escuché murmullos y movimiento de muebles.

A partir de entonces mis fantasías con ella y las batallas medievales que libraba contra dragones, demonios ancestrales y criaturas bizarras ocuparon mi imaginación desbocada en mis noches de insomnio. Celia se convirtió en el primer amor de mi vida y la defendía de los ataques malvados de las fuerzas oscuras que asaltaban mi febril imaginario. En las vacaciones escolares aprovechaba la soledad de la inmensa casa para transitar sus amplios espacios como alma en pena. Me convertí en un idiota obsesionado de una causa perdida. Cuando decidía dar el salto mortal hacia el vacío de sus brazos, me estrellaba al verla salir los fines de semana.

Mi amor infantil salía perfumada y bien vestida y regresaba al atardecer del domingo despeinada y mal presentada. Sufría en silencio porque estaba seguro de que tenía un enamorado con quien se revolcaba.

Los lunes fueron fatídicos para mí durante esos tiempos. La observaba salir de la casa para hacer las compras semanales del mercado. Formaba parte de la escolta de doña Grimi, la cocinera principal. Celia atravesaba el patio principal, bordeaba la pileta y me llenaba las pupilas con su presencia huidiza. Escondido tras la cortina, la veía cerrar el portón y desaparecer, dejándome extasiado y obnubilado con los rizos de su cabellera. Era el instante preciso para salir del escondite, correr a la cocina y tocar los utensilios que usaba, sentarme en el banco donde descansaba e intentar capturar algún aroma perdido de su cuerpo. Antes de arribar a su reino, el cuarto con candado parecía salir al paso para detener mi marcha y sin mirar al costado lo dejaba con las intenciones. Muchas veces escuché frases ininteligibles que podían ser el remedo de las especulaciones del abuelo y otras, sollozos que pudieron ser los que exhaló la degollada antes de morir desangrada. Sea como fuere, los monstruos que Celia me advirtió no eran compatibles con estas muertes. Es probable que los muertos los trajeran para fastidiar a gente como yo. Intenté averiguar si fueron vistos o si se conocía su aspecto, tamaño, forma, olor. ¿Cuántos eran? ¿Raptaban a las personas? ¿Te poseían?

Mi entusiasmo por Celia decayó paulatinamente. El final de las vacaciones escolares de ese año fue el espacio necesario para ordenar mi incipiente vida sentimental. Decidí evitar los predios de la servidumbre y me convertí en uno más de quienes los consideraban remoto y de poca importancia. Delimité un submundo dentro de

mi mundo pequeño y miserable. La noticia de lo que sucedía por allá las escuchaba en las sobremesas o en el chisme de las empleadas de limpieza. Prestaba atención, elucubraba y jamás preguntaba.

La figura platónica de Celia se difuminó con los días, hasta que un lunes de agosto llegó la noticia de su muerte. La ayudante de cocina, mi amor idealizado había muerto en una reyerta de borrachos en el bar donde trabajaba como copetinera. Recién me enteré de su actividad los fines de semana y ahora la entiendo y justifico su ignorancia hacia mí..., fue como si me hubiera protegido de la maldad y las enfermedades venéreas.

Sentí su muerte y regresé a visitar la cocina. Las cocineras me observaban con curiosidad y la más vieja me espetó: “Celia vive en el cuarto del candado”. La afirmación me turbó y solté la manzana que tenía en la mano. La anciana añadió, relamiéndose los labios: “Bueno, es un decir, vive su fantasma”.

La habitación del candado encerraba fantasmas y monstruos. ¿Celia se estaría encargando de cuidarlos o de mantenerlos a raya? Sea como fuere, la presencia invisible de mi amor platónico se manifestó en mi habitación. No la veía, pero el olor a cebollas que entraba por el filo de la ventana abierta era un signo inequívoco de que rondaba por mi habitación. Me sedujo en sueños y perdí la virginidad la noche en que me excedí con el ponche de pisco. El calzoncillo apelmazado con el semen nocturno constató mi violación.

Perturbado por los acontecimientos nocturnos, deseé de todo corazón convertirme en un monstruo y quedar atrapado en la habitación del candado. No me interesaba la forma, tamaño o color, solo quería ser uno digno de los cuidados del fantasma de Celia. Analicé mi situación y busqué la llave del candado. La encontré en un cofre guardado en el escritorio de mi padre.

Abrí el candado. El sonido rechinante de la cerradura expresó el dolor de tantos años. Abrí la puerta y la luz solar entrante me dejó ver una cama vacía, telarañas por todos lados y polvo acumulado en las esquinas. Los roedores habían hecho del lugar su hábitat de reproducción. Miré lentamente, buscando señales de fantasmas o monstruos.

No estaban, se había ido...

SERGIO HERRERA DEZA

LIMA, PERÚ



Los gemelos de Jade

Lo ocurrido no es relevante para ellos. El titular lo demuestra: “Hallan muerto a empresario en casa de Paseo Colón”. Podría ser cualquiera. Aunque si alguien se molesta en leer la noticia, aprenderá unos cuantos detalles más. Que se llamaba Martín Rivera, pese a ser chino de nacimiento, y que dirigía el Heung Hoi, un restaurante cantonés en la calle Capón. Allí, donde el presidente Augusto B. Leguía almorzaría hoy para congraciarse con los tusanés por el Centenario de la Independencia.

La visita fallida del tirano al restaurante ocupaba medio artículo. Pero no hay alusión a la estampa tétrica que hallé cuando encontré a Martín, muerto sobre el sillón donde tomaba el “yum cha” todas las mañanas. No puedo olvidar la cabeza recostada, los tonos grisáceos de la piel; la boca abierta en agonía, padeciendo un veneno indescifrable. Y, sobre todo, esos ojos rasgados y entreabiertos, cuyas pupilas carecían de brillo, pero que aún soltaban lágrimas espesas como rocío.

Mientras tanto, en la mesita de olmo, los palillos y dim sum estaban intactos. Sin embargo, la taza de té vaciada sobre el suelo delataba el suicidio. José María, mi colega, omitió todo aquello, al igual que la mano del difunto apretada sobre un objeto compacto: un collar de jade que mostraba a un dragón y un fénix.

Ambos estuvimos en la escena del crimen, tomando notas y un par de fotos. Yo conocía a Martín desde hacía dos años: compartimos tertulias nocturnas sobre su vida en el salón del restaurante, únicamente acompañados por las carpas koi de la gran pecera. Quería homenajearlo, reivindicar a los suyos, exponer la gravedad de un suicidio, pero don Serapio, el director de “La Vespertina”, me dijo que la nota pecaría de poco transparente.

Era un nuevo desliz en mi breve carrera en el periodismo, desde que decidí embarcarme en este oficio tras abandonar la carrera de Derecho. Nadie creía que Luis Alejandro, el único hijo del Dr. Carlos Hidalgo, rechazaría una prometedora carrera como funcionario público por la de intelectual desposeído. No importa: este era mi destino.

Lo supe desde los seis años, cuando leí en un diario una breve entrevista a mi padre, sobreviviente de la epidemia de peste bubónica que cobró cientos de víctimas en Lima, incluyendo a mi madre, de quien solo conservo un amuleto que tardé años en descifrar.

Bajo esta consigna de inmortalizar instantes, por más dolorosos que fuesen, ingresé a trabajar a “La Vespertina” en 1919. Allí aprendía dividir mis jornadas entre la recepción de noticias por telégrafo y la búsqueda de personajes por Lima, que ameritasen dedicarles una crónica.

Una tarde de mayo, salí solo de la redacción en el jirón Ica y caminé en línea recta, perdido en ideas inconclusas. Fue entonces que llegué a la última cuadra, donde las casonas de adobe desgastado y ventanales amplios se mantenían con llamativos carteles de colores que exhibían nombres de restaurantes en chino.

En ese instante, vi a Martín, de pie, fumando frente al Heung Hoi. Tenía una expresión distante que no generaba mucha expectativa. Repentinamente, el crepitar de los woks me sedujo. De pronto, me encontraba en una mesa pequeña, al lado del mostrador, contemplando cuadros oníricos del río de las Perlas. No había mucha clientela a esa hora, así que llamé a Martín para agradecerle por su recomendación de una sopa Sui Kao.

—Un placer. Reconozco cuando alguien está confundido y la sopa es perfecta para reconfortarse —me respondió en un español ligeramente mascado.

—No tenía idea que existía un manjar así en esta ciudad —contesté asombrado.

—Fue lo primero que me enseñó a hacer mi madre. Yo tenía unos doce años y ella partía todos los días a vender prendas de seda en el mercado de Gwongzau. Así que debía quedarme en la aldea a cuidar a mis hermanos. —dijo mientras limpiaba un frasco de vidrio que alojaba un grillo brillante.

—Impresionante. ¿Y esa dama del cuadro era su madre? —pregunté, señalando un grabado de una delicada cantonesa, posando con un abanico carmesí.

—No. Es obra de un artista. Me separaron de mi familia antes de venir a Perú. Así que casi no recuerdo el rostro de mi madre —respondió Martín y su voz rasposa se tornó quebradiza.

Ahí mismo entendí que su historia debía preservarse. Le expliqué quién era, a qué me dedicaba y mi interés en que se convirtiera en el protagonista de una futura crónica. El cantonés aceptó y esbozó una sonrisa discreta, antes de preguntarme si pertenecía a su comunidad por mis ojos asiáticos. Me negué: eran herencia de mi madre, quien, según mi familia paterna, descendía de filipinos por su piel trigueña.

Desde entonces, volví al restaurante de Martín cada sábado en la mañana. Hasta que cumplió los diecisiete en 1864. Él era simplemente Hoi-Lam, hijo mayor de Hoi-Chong, obrero empleado en la construcción de puentes. Era un niño extrovertido, cuyos días se alternaban entre el vuelo de cometas, así como las partidas de Weiqi con sus amigos.

Cuando viajaban a la ciudad, Lam y Tin, su hermano menor, admiraban con asombro los buques de vapor europeos que se aproximaban a los muelles. Pensaban que tales máquinas solo podían venir de paraísos ocultos.

—Durante años, hubo guerras entre los Punti (cantoneses) y Hakka, clanes rivales que vivían en Gwongzau. Los Punti estaban hartos de que los Hakka ocupasen sus mejores tierras. Se armaban grandes batallas. Nosotros vivíamos en paz a orillas del río de las Perlas. Era una aldea Punti, donde a nadie le importaba que mi padre fuese un Hakka. Hasta que un día, el jefe de la aldea se negó a pagar el tributo a los rebeldes y nos capturaron a todos. Cuando descubrieron que mi padre era un Hakka, nuestra suerte estaba echada. Antes de que pudiésemos reaccionar, la bayoneta de un soldado acabó con su vida.

Apresados, Lam, su madre y hermanos fueron conducidos a Macao, donde unos comerciantes extranjeros definirían su destino. Al llegar a los muelles, un portugués intercambió unas monedas con sus captores y Lam vio cómo las mujeres eran conducidas a un edificio ruinoso, donde hombres de todas las edades y condiciones esperaban su turno para ingresar.

—Mi madre me entregó su collar de jade y me gritó que nunca olvide sus enseñanzas. No la volví a ver, ni a ella ni a mis dos hermanas. Con Tin resistimos dos meses hacinados en la bodega de un barco de vapor, hasta que murió de malaria. Pasaron tres semanas y finalmente el buque llegó al Callao a inicios de 1865. No entendía a nadie y era un esqueleto viviente, pero estaba vivo y eso era suficiente.

—¿Creía que era suerte o algo más?

—Simplemente fue lo que me tocó. Como cuando eligieron a veinte compañeros para trabajar en las islas guaneras y yo era el número veintiuno. Puro azar.

Hoi-Lam fue vendido a la familia Montero, propietarios de la hacienda Villa Rica, una finca azucarera ubicada en el departamento de Lambayeque. Pronto se ganaría la vida cortando los cañaverales al ritmo de doce horas diarias y bajo el sol abrasador del norte peruano. No tardaron en bautizarlo como Martín Rivera y obligarlo a asistir a ritos católicos. Siempre era el primero en levantarse y el último en acostarse, porque quería evitar la soledad de su cabaña, aquella que le recordaba su lugar en el mundo.

—Fui el mayordomo del patrón durante años hasta que en 1880 él se negó a pagar cupo al ejército chileno. Así que saquearon la hacienda y les prendieron fuego a las plantaciones. A mí me capturaron y pasé los siguientes dos años llevando provisiones para los soldados, hasta que en la batalla de Pucará los hombres del “Taita” Cáceres me pasaron a su bando y tuve que empuñar un rifle contra mis antiguos aliados.

—¿Y qué fue lo más importante que aprendió en el frente de la Breña?

—Que el mal de altura es insoportable y las mujeres pueden ser más valientes que los hombres en el campo de batalla.

Martín se refería a Ana Cusi Yupanqui, una rabona ayacuchana de piel trigueña y espíritu noble, siempre dispuesta a llevar agua o charqui a las tropas en sus horas

más desmoralizadas tras los contraataques chilenos. Su gallardía e impulsividad contrastaban con el carácter reflexivo e idealista de Martín, lo que pronto catalizó una relación entre ambos.

Ni bien finalizó la guerra, se mudaron a Lima y tuvieron a Rosa, su única hija. Para recordar sus raíces chinas, Martín le regaló a la niña un collar de dragón y fénix, idéntico al que le entregó su madre. Fue una época pacífica que no tardó en evaporarse: montaron un pequeño negocio de telas en el centro, pero las ventas languidecieron por la crisis de posguerra.

En paralelo, los fantasmas de Martín habían mutado: a la pérdida de su familia, se sumaban los horrores del frente. Dormía todas las noches, aferrado al amuleto de su madre, murmurando improperios en cantonés. Hasta que se despertaba, jadeando y nervioso, mientras Ana le pedía explicaciones que él no se atrevía a brindar.

Para cuando Rosa tenía cuatro años, se ausentaba del trabajo y mataba el tiempo en garitos de la calle Capón. Ahora Martín se hallaba sometido a la tiranía seductora de las botellas de aguardiente, las pipas de opio y el submundo de las apuestas.

—Una tarde, aposté de más en las peleas de grillos del Mercado Central. Dejé a Rosa sentada en una silla y ahí estaba yo, desesperado por obtener en una hora lo que jamás ganaría en seis meses de trabajo. De momentos, escuchaba sus llamados, pero mi egoísmo pudo más.

—Y sucedió lo inevitable...

—Gané el dinero de la apuesta. Ya ni recuerdo cuánto fue, pero perder a una hija nunca se olvida.

Tras una búsqueda infructuosa, Ana decidió regresar a Ayacucho para reiniciar su vida lejos del dolor y la traición de su marido, quien cayó en una depresión aún más profunda.

—Una noche soñé que me encontraba en mi vieja casa de Gwongzau con mi madre. Ella cocinaba una gran olla de arroz cuando, de pronto, la puerta se abrió y la sala comenzó a inundarse con agua marina. Vi cómo mi madre se “hundía” y, antes de que me sucediera lo mismo, noté que la olla se mantenía a flote —añadió Martín, conmovido.

Decidió fundar el Heung Hoi, basándose en una expresión cantonesa para decir “hacia el océano”. Comenzó en la sala de su casa, valiéndose de la ayuda de otros tusanés desempleados, y poco a poco cautivó a comensales de Barrios Altos y otros lugares de la capital, hasta convertirse en un referente culinario.

—¿Cuál es el objeto más valioso en tu vida? —me preguntó en nuestra última reunión. Había llevado mi vieja maleta para mostrarle el borrador del texto final. Allí también guardaba algo que podía responder su pregunta.

—Esto de aquí. Es un collar de jade. Parece que muestra a un dragón y un ave. Era de mi madre. Poco antes que la peste se la llevara, junto a mis abuelos, me dijo que lo cargara a todas partes para sentir su presencia —le confesé.

Más allá de nuestro primer encuentro, no le había hablado de mi madre en lo absoluto.

—Es un ave fénix. Cuando se junta con el dragón, representan el poder y la armonía —respondió Martín y, acto seguido, se levantó de su silla y procedió a limpiar el mostrador.

—¿Cómo lo sabe?

—Es una vieja tradición. En fin, vuelva la próxima semana, Luis. Tengo asuntos que atender —respondió, seco y cortante.

¿Debí repreguntar, insistir, exponerme al rechazo? Responder la pregunta es inútil. Martín Rivera es historia y solo vivirá en el pobre artículo de José María, mientras yo lo permita. Ya sea en una crónica, una novela o en los dos collares de jade que mañana descansarán en su tumba, el eterno descanso de mi abuelo.

Es hora de rediseñar
TU PÁGINA WEB



- ✓ Hosting / dominio **gratis por 1 año**
- ✓ Correos corporativos
- ✓ Diseño adaptable a móviles
- ✓ Incorporación de redes
- ✓ ¡Y mucho más!

@luccimediadesign



WILSON CABREJOS CARACCILO

LIMA, PERÚ

**CAS3**

De golpe, un relámpago de luz roja y circulina la alcanzó en la acera, de golpe eran dos hombres colocándola en una camilla, de golpe era la mano de Vlak cogiendo la suya casi enguantada por el barro y la sangre. Un semáforo roto los detuvo entre Jean Jaurès y la Rue de l'ourcq, los autos se agusanaban en varias direcciones y Vlak lucía descompuesto, como pudriéndose de lágrimas y un color blanco que hacía pensar en estatuas religiosas; Deb tendida casi de costado, miraba con ojos que miraban otro tiempo, la casa de Mayo, el estanque que se llenaba de luna por las noches y ella veía subir como una sola espuma redonda, sentada al lado de un libro y un Nescafé, porque había leído que la soledad era tomarse un café con uno mismo, pero eso no ocurría cuando Pèrec o Raymond Carver. O L'Assommoir. Vlak se había quedado mirando fijamente el tablero del Leistung, ya sus manos no sostenían sino que eran nuevamente sostenidas, estaba casi en pie, alargándose hacia algo que parecía estar más allá de la ambulancia y de lo que ahí ocurría, ocultando una desesperación que por dentro era una cosa muy distinta, por fuera una lentitud elástica lo llevaba hacia los controles, sí, algo tan fácil como halar el gatillo y ya todo terminaría, no habrían más escenas como la del Aouba, ya todo terminaría, solo hay que halar el gatillo. De pronto, un ruido como de i repetida llenó el espacio, había un espejismo de pólvora entre las manos de Vlak, aferradas, como si al soltar la perilla fuera a caer en algún vacío que era exactamente lo que le pasaba a Deb, mirándose el pasado sin escuchar esa especie de grito vocal que había empezado a sonar en la ambulancia, y que ahora se había convertido en una multitud de médicos y enfermeras tratando de despertarla, haciendo el mayor ruido posible al lado del desfibrilador, pero Deb estaba paseando por la Rioja, mirando cómo el atardecer chorreaba como un helado de vainilla sobre sus ojos, por aquí en cambio ya está, hora del deceso ocho y cuarenta y cinco, a quién le toca llenar el reporte, pobre Deb con su vestido rojo y el pelo impecable, sin hacer caso a la i que había dejado de sonar, metida todavía en el Valle de la luna donde conoció a Vlak que del otro lado era escoltado por dos policías impecablemente serios. Deb doblada sobre el estanque no había sentido la presencia del extraño, tratando de pescar pájaros que pasaban por el agua

y que probablemente serían siempre más veloces que su mano, cuando de pronto lo miró todo de golpe, la barba apenas crecida, el pelo separado por el medio, una bufanda cerrada que le hizo recordar las fotos de los ahorcamientos en Okemah y Duluth que había visto en el Times, entonces buenos días mientras ella lo miraba largamente y de vuelta al agua, de tanto perseguir pájaros tengo hasta la falda empapada de cielo, hacia dónde se me habrán callado las palabras, tan idiota enfrente de él como un perro de mármol, la bufanda me hizo recordar a los negros que colgaban como berenjenas mientras Billie cantaba black bodies swinging in the summer breeze, y él contemplándola en ese reconocimiento inequívoco entre el reloj y sus números. Luego vendrían las invitaciones a cenar, las caminatas sobre la hierba persiguiendo una luna que estaba ahí exactamente para eso, el viaje en bote que bajo el sol parecía más el viaje de un cuchillo sobre la mantequilla (buttermilk sunset), ambos ya tan el uno en el otro, Vleb y Dak, mirándose sin toda esa distancia que los demás llamaban Bently o Rolex, y que por lo demás es tan solo nuestra versión de algo que ya estaba ahí. Deb tan enamorada de Vlak, nadie sospecharía que, mirándolo por un hilo que la llevaba centrípetamente hacia sus ojos, y que aquella noche del Club, el mambo número cuatro había convertido en una especie de satélite musical alrededor de un planetario y confundido Vlak. Desde la esquina, una mujer se había quedado mirándolos a partir del segundo vals, el humo se aplastó hacia los lados cuando Deb se pegó de golpe al pecho de , Deb que solía confundir los nombres con frecuencia, que lo había llamado Steer un par de veces sin que él se molestara demasiado, o que había querido llamar a alguien a través de Vlak, y entonces el error daría una vuelta de tortilla, esta vez se había pegado a su pecho como esas manchas que lo quieren abarcar todo, se estiraba con manos y pies tratando de besarlos, en medio ya no había espacio ni siquiera para la música, lo que ahí sucedía era un agua blanda entre sus bocas, con peces de colores que se apretaban y se contenían, pero eso también había sido antes, la vez de Steer donde alguna mujer siempre estaba acechándoles la dicha, entonces empezó a buscar, a buscar, hasta que vio a la mujer que los había estado observando y los miraba sin miedo, casi saltando de su asiento mientras Deb que había dejado de mirarlo sintió que algo en su cuerpo se había soltado y había caído contra ella misma. Vlak la sostuvo por los hombros, le volvió el rostro porque quería volver a la arena donde Deb ya no estaba. A partir de entonces Deb empezó a llegar intencionalmente tarde, se quitaba los zapatos en el elevador para sentir cómo algo en ella crecía desde los pies, daba entonces un par de pasos aún con aquella sensación para luego entrar en un silencio de dos por cuatro que se llenaba tan fácilmente con el humo del alcohol, tan solo porque Vlak y sus salidas de noche, en cambio Deb mártir de la causa, porque la revolución consiste en mirar una rosa hasta pulverizarla (Marx featuring Pizarnik), sobre todo si uno mismo es la rosa, entonces se mira autorrevolucionariamente, porque la medicina llega hasta donde empieza el muerto, pero el médico dijo que querida Deb, esto te lo escribes en un

lugar que se quedará seco aun después del Whisky, pero contar hasta diez cuando Vlak saliendo de una calle para entrar a otra calle que la gente llama hogar porque el techo y las puertas, pero lo mismo ir de frente o doblar una esquina (mensaje para el seguidor de instrucciones: cuando haya llegado al fin del camino, peatónese a su izquierda). Deb tirada en la calle que da al baño, escuchando a Violeta Parra qué he sacado con quererte ayayay, Vlak esperando el cambio de luz que sería mirarla boca arriba, para iniciar un avance los dos ya paralelos a lo mismo, pero Deb un poco más abajo, en una profundidad inseparable de agua y alcohol que la iba disolviendo y dejándola por fuera como algo blando y entregado, no ya los juegos donde la fuerza buscaba algo más que someter, el goce del combate sin muertos, violencia pura y previa a un placer que es siempre la puerta, el límite, y que más allá se vuelve otra cosa, porque al final todo placer es siempre derrotado por su deseo de durar. Vlak luego diría que el alcohol, que el al-co-h-ol, y que en realidad no tenía nada de malo, a lo que Deb mirando el metal de la cuchara se decía nunca más, nunca más, moviendo los ojos como yendo por algo interminable sobre los seis centímetros de acero inoxidable que tenía enfrente. Pero estaba también la vez de los conejos polares, la bronca que se armó cuando Vlak soltó una carcajada que nada tenía que ver con el casi silencio que recorría la sala, Deb explicando el cuadro con la mayor seriedad, y del otro lado la carcajada de Vlak porque no hay conejos en los polos, lo cual quedaba claro cuando se veía que lo que hacía polares a los conejos era el par de polos con que estaban vestidos, que por lo demás decían “sur” y “norte”. Deb sintiéndose mal, no sabiendo si el sudor del bochorno era lo que le dolía húmedamente en los ojos, mientras Vlak conversaba con una rubia metrochenta que se había quedado fascinada con el bendito cuadro, explicándole luego y con la misma seriedad el de los monos gramáticos para luego explicarle que el ambiente se había puesto muy rígido y que sería mejor continuar esta y otras explicaciones en la habitación de su hotel, a lo que la rubia fascinada o confundida por tanta explicación aceptó amablemente; mientras se marchaban, Deb se secaba las ya confirmadas lágrimas que terminaban de caer para continuar con la explicación del cuadro de los alegres cacuyes. En ese momento recordó un tiempo en que todo lo hacía hacia adentro (acía hacia hadentro) porque Vlak y sus higienes, entonces comía siempre sin ensuciar la mesa, estornudaba tapándose la boca, lloraba haciendo caer las lágrimas hacia atrás dejando una tristeza seca en el rostro, incluso tenía que tragarse la saliva que el placer empujaba hacia afuera. Se preguntaba si Vlak aplicaría las mismas reglas con las otras mujeres, si aquella rubia sería capaz de devolver ese placer líquido por donde vino, Vlak explicándole el arte icónico con tremenda seriedad, hablándole de los vanguardistas a quienes había escuchado solo en la boca de Deb durante la cena luego de su primera exposición en La Maréchalerie, había lluvia golpeando su silencio de miriton de boeuf, golpeando también las miradas que no querían ser vistas, así como la página cinco del Le monde con que habían cubierto la mesa y donde se veía el rostro de un niño

exiliado por la dictadura de Franco, inmóvil y con una mirada de hambre que no pareció incomodar a Vlak; esa noche Deb entendió que en adelante tendría que respetar los límites del plato, pero no más ahora hablaba como si estuviera soplando las palabras de la misma forma que un trompetista convierte el aire en Spanish sketches (sí Miles). En casa, Vlak habría terminado de explicarle Artist's shit de Manzoni a la rubia que se dejaba acariciar con brochazos que iban acercando su cuerpo a la imagen mental que él tenía, hasta que la imagen se hizo una sola ya sin la ropa de por medio. Pero ahora era distinto, los dos mirándose ya solos de sentimientos, mirándose como no se habían visto nunca, completamente humillados y con esa pureza que da no poder decir un nombre, pero Vlak aferrándose al pasaportes página uno con traje y sin sonreír, mientras Deb sin comprender por qué un magnetismo la jalaba desde el vacío de la puerta, haciéndola caminar lentamente hacia el balcón mientras Vlak que la había seguido con la mirada, dejándose envolver por el otro sentido de la realidad que había en los cuadros de Deb, y que también estaba presente en esa caminata lenta, ya no siguiéndola solo con los ojos, Deb detenida en el barandal mientras Vlak con la sensación que algo faltaba, recordando entonces los sacrificios hechos por Buñuel o Mailaender, se acercó a Deb y con un suave y firme toque en su espalda descubierta empezó a pensar en El perro andaluz. Pero no era así, tampoco la escena del Club o de la galería habían sido así, esta Deb que ahora dormía por primera vez fuera del ritmo de su cuerpo, ya no era capaz de proteger sus recuerdos que ahora se mezclaban con deseos, propaganda y cualquier cosa que sus 12 mm made in Ireland hubieron registrado en todos estos años. Entonces, un papelito mental se metió en la baraja, uno en que Deb había amenazado a Vlak con matarse si la dejaba, una más de sus escenas pensó Vlak del otro lado, sin tener tiempo de interponerse en su loca carrera hacia la carne de la noche que siempre había creído ver quemarse detrás del humo. Pero tampoco esto es seguro, lo que es seguro es que a las dos menos cinco los pensamientos de Deb se detuvieron, sus dos muertes se habían encontrado finalmente en ese espacio geométrico donde el cuerpo se crea y se destruye. Esto que había empezado con ese golpe interminable de la lluvia haciéndola temblar de Shalimar, ahora era un fósil enorme de silencios donde también se encontraba lo que en verdad había ocurrido. Es probable que el lector acostumbrado (palabra que suena a mueble hundido hasta el fondo) a las columnas de los diarios, a los rompecabezas, a las películas donde siempre hay un final esclarecedor, esté más que decepcionado. Yo mismo no preví lo que pasaría con los personajes al darles esa cercanía que siempre termina por estrellarnos contra lo que más queremos. Es posible que el hecho de negarme a mí también un final claro, haya sido ese gesto de rebeldía que propone cualquier amor ante la muerte, un gesto que como consecuencia me deja al otro lado de la escritura, del lado del que lee. donde alguna mujer siempre estaba acechándoles la dicha, entonces empezó a buscar, a buscar, hasta que vio a la mujer que los había estado observando y los miraba sin miedo, casi saltando de su asiento mientras Deb

que había dejado de mirarlo sintió que algo en su cuerpo se había soltado y había caído contra ella misma. Vlak la sostuvo por los hombros, le volvió el rostro porque quería volver a la arena donde Deb ya no estaba. A partir de entonces Deb empezó a llegar intencionalmente tarde, se quitaba los zapatos en el elevador para sentir cómo algo en ella crecía desde los pies, daba entonces un par de pasos aún con aquella sensación para luego entrar en un silencio de dos por cuatro que se llenaba tan fácilmente con el humo del alcohol, tan solo porque Vlak y sus salidas de noche, en cambio Deb mártir de la causa, porque la revolución consiste en mirar una rosa hasta pulverizarla (Marx featuring Pizarnik), sobre todo si uno mismo es la rosa, entonces se mira autorrevolucionariamente, porque la medicina llega hasta donde empieza el muerto, pero el médico dijo que querida Deb, esto te lo escribes en un lugar que se quedará seco aun después del Whisky, pero contar hasta diez cuando Vlak saliendo de una calle para entrar a otra calle que la gente llama hogar porque el techo y las puertas, pero lo mismo ir de frente o doblar una esquina (mensaje para el seguidor de instrucciones: cuando haya llegado al fin del camino, peatónese a su izquierda). Deb tirada en la calle que da al baño, escuchando a Violeta Parra qué he sacado con quererte ayayay, Vlak esperando el cambio de luz que sería mirarla boca arriba, para iniciar un avance los dos ya paralelos a lo mismo, pero Deb un poco más abajo, en una profundidad inseparable de agua y alcohol que la iba disolviendo y dejándola por fuera como algo blando y entregado, no ya los juegos donde la fuerza buscaba algo más que someter, el goce del combate sin muertos, violencia pura y previa a un placer que es siempre la puerta, el límite, y que más allá se vuelve otra cosa, porque al final todo placer es siempre derrotado por su deseo de durar. Vlak luego diría que el alcohol, que el al-co-h-ol, y que en realidad no tenía nada de malo, a lo que Deb mirando el metal de la cuchara se decía nunca más, nunca más, moviendo los ojos como yendo por algo interminable sobre los seis centímetros de acero inoxidable que tenía enfrente. Pero estaba también la vez de los conejos polares, la bronca que se armó cuando Vlak soltó una carcajada que nada tenía que ver con el casi silencio que recorría la sala, Deb explicando el cuadro con la mayor seriedad, y del otro lado la carcajada de Vlak porque no hay conejos en los polos, lo cual quedaba claro cuando se veía que lo que hacía polares a los conejos era el par de polos con que estaban vestidos, que por lo demás decían “sur” y “norte”. Deb sintiéndose mal, no sabiendo si el sudor del bochorno era lo que le dolía húmedamente en los ojos, mientras Vlak conversaba con una rubia metrochenta que se había quedado fascinada con el bendito cuadro, explicándole luego y con la misma seriedad de los monos gramáticos para luego explicarle que el ambiente se había puesto muy rígido y que sería mejor continuar esta y otras explicaciones en la habitación de su hotel, a lo que la rubia fascinada o confundida por tanta explicación aceptó amablemente; mientras se marchaban, Deb se secaba las ya confirmadas lágrimas que terminaban de caer para continuar con la explicación del cuadro de los alegres cacuyes. En ese momento

recordó un tiempo en que todo lo hacía hacia adentro (acía hacia hadentro) porque Vlak y sus higienes, entonces comía siempre sin ensuciar la mesa, estornudaba tapándose la boca, lloraba haciendo caer las lágrimas hacia atrás dejando una tristeza seca en el rostro, incluso tenía que tragarse la saliva que el placer empujaba hacia afuera. Se preguntaba si Vlak aplicaría las mismas reglas con las otras mujeres, si aquella rubia sería capaz de devolver ese placer líquido por donde vino, Vlak explicándole el arte icónico con tremenda seriedad, hablándole de los vanguardistas a quienes había escuchado solo en la boca de Deb durante la cena luego de su primera exposición en La Maréchalerie, había lluvia golpeando su silencio de miriton de boeuf, golpeando también las miradas que no querían ser vistas, así como la página cinco del Le monde con que habían cubierto la mesa y donde se veía el rostro de un niño exiliado por la dictadura de Franco, inmóvil y con una mirada de hambre que no pareció incomodar a Vlak; esa noche Deb entendió que en adelante tendría que respetar los límites del plato, pero no más ahora hablaba como si estuviera soplando las palabras de la misma forma que un trompetista convierte el aire en Spanish sketches (sí Miles). En casa, Vlak habría terminado de explicarle Artist's shit de Manzoni a la rubia que se dejaba acariciar con brochazos que iban acercando su cuerpo a la imagen mental que él tenía, hasta que la imagen se hizo una sola ya sin la ropa de por medio. Pero ahora era distinto, los dos mirándose ya solos de sentimientos, mirándose como no se habían visto nunca, completamente humillados y con esa pureza que da no poder decir un nombre, pero Vlak aferrándose al pasaportes página uno con traje y sin sonreír, mientras Deb sin comprender por qué un magnetismo la jalaba desde el vacío de la puerta, haciéndola caminar lentamente hacia el balcón mientras Vlak que la había seguido con la mirada, dejándose envolver por el otro sentido de la realidad que había en los cuadros de Deb, y que también estaba presente en esa caminata lenta, ya no siguiéndola solo con los ojos, Deb detenida en el barandal mientras Vlak con la sensación que algo faltaba, recordando entonces los sacrificios hechos por Buñuel o Mailaender, se acercó a Deb y con un suave y firme toque en su espalda descubierta empezó a pensar en El perro andaluz. Pero no era así, tampoco la escena del Club o de la galería habían sido así, esta Deb que ahora dormía por primera vez fuera del ritmo de su cuerpo, ya no era capaz de proteger sus recuerdos que ahora se mezclaban con deseos, propaganda y cualquier cosa que sus 12 mm made in Ireland hubieron registrado en todos estos años. Entonces, un papelito mental se metió en la baraja, uno en que Deb había amenazado a Vlak con matarse si la dejaba, una más de sus escenas pensó Vlak del otro lado, sin tener tiempo de interponerse en su loca carrera hacia la carne de la noche que siempre había creído ver quemarse detrás del humo. Pero tampoco esto es seguro, lo que es seguro es que a las dos menos cinco los pensamientos de Deb se detuvieron, sus dos muertes se habían encontrado finalmente en ese espacio geométrico donde el cuerpo se crea y se destruye. Esto que había empezado con ese golpe interminable de la lluvia haciéndola temblar de

Shalimar, ahora era un fósil enorme de silencios donde también se encontraba lo que en verdad había ocurrido. Es probable que el lector acostumbrado (palabra que suena a mueble hundido hasta el fondo) a las columnas de los diarios, a los rompecabezas, a las películas donde siempre hay un final esclarecedor, esté más que decepcionado. Yo mismo no preví lo que pasaría con los personajes al darles esa cercanía que siempre termina por estrellarnos contra lo que más queremos. Es posible que el hecho de negarme a mí también un final claro, haya sido ese gesto de rebeldía que propone cualquier amor ante la muerte, un gesto que como consecuencia me deja al otro lado de la escritura, del lado del que lee.

A photograph of a person's hands playing a classical guitar. The guitar has a light brown body and a dark fretboard. The person is wearing a dark long-sleeved shirt. The background is blurred, showing some foliage.

Clases de Guitarra Clásica

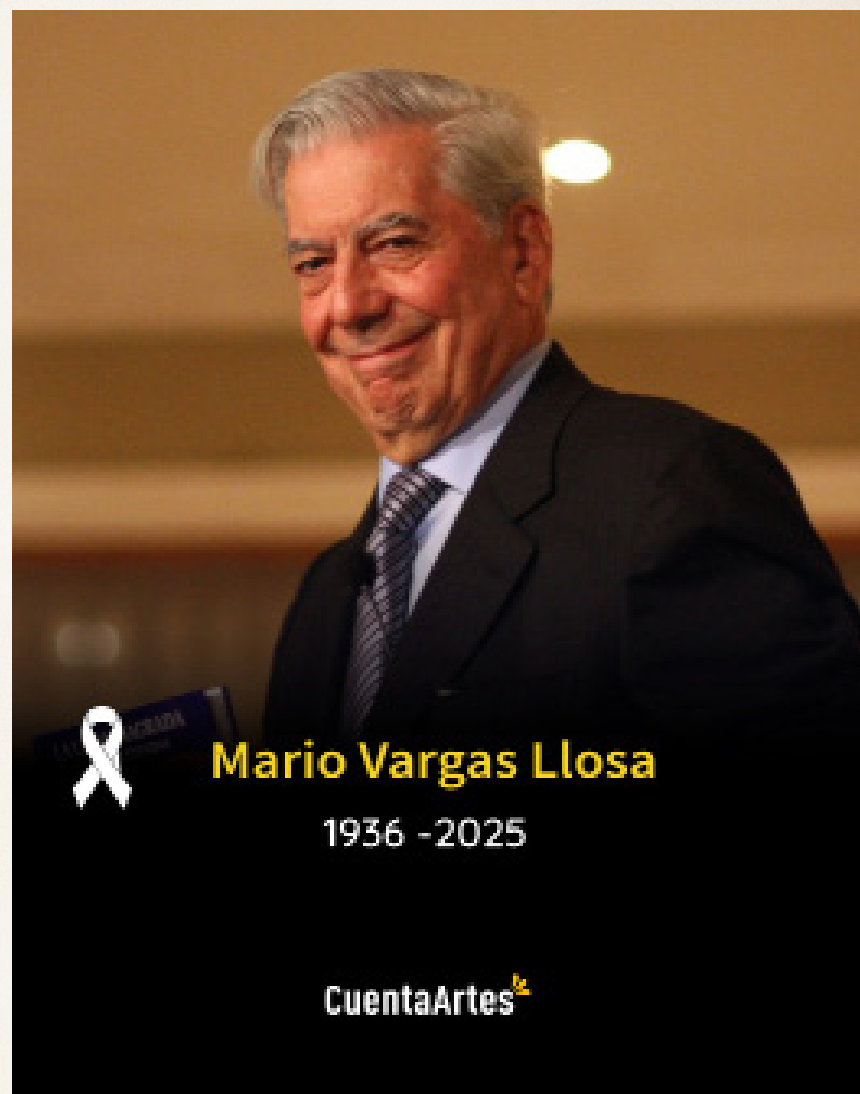
 991267134

Mario Vargas Llosa

1936 -2025

El escritor peruano Mario Vargas Llosa, una de las figuras más influyentes de la literatura hispanoamericana, falleció el domingo 13 de abril de 2025 en Lima, a los 89 años. Según información sus hijos a través de redes sociales, el autor murió en paz, rodeado de su familia, en su hogar del distrito limeño de Barranco, donde residía desde 2022 tras vivir por varias décadas en Europa .

Nacido en Arequipa en 1936, Vargas Llosa fue autor de obras emblemáticas como La ciudad y los perros , La casa verde , Conversación en La Catedral y La fiesta del Chivo . Su carrera literaria, que abrió más de seis décadas, lo consolidó como uno de los principales exponentes del «Boom Latinoamericano». En 2010, recibió el Premio Nobel de Literatura, reconociendo su «cartografía de las estructuras de poder e imágenes aceradas de la resistencia individual, la revuelta y la derrota». Además de su prolífica producción literaria, Vargas



Llosa incursionó en la política, siendo candidato a la presidencia del Perú en 1990. En 2023, se convirtió en el primer autor de lengua española al ingresar a la Academia Francesa de la Lengua .

La familia ha informado que se respetarán los deseos del escritor de no realizar ceremonias públicas y que sus restos serán incinerados .

Con su partida, el mundo pierde a un narrador excepcional cuya obra seguirá inspirando a generaciones futuras .

Nuestras sentidas condolencias a sus familiares y amistades.



@antagonica_furry

Foto difusión

DEL CAOS AL POEMA VISUAL:

La estética cruda y luminosa de Antagónica Furry

ARTISTA VISUAL DE BOLIVÍA
@antagonica_furry



POR DANIEL RODRÍGUEZ
LIMA, PERÚ

Antagónica Furry es el seudónimo de Yannet Delgadillo Sánchez. Nació en 1984, en la Ciudad de La Paz, Bolivia. Aprendió el arte de forma autodidacta. Conocida más como collagista/collager. Ha escrito seis libros de poesía: Pus de Fresa, Consciencia de Bidet, Poesía Caníbal, Requebro, Cofradía deseres Acuarelados y Bypass en Pasadizo. Se dedica a la ilustración, pintura, collage, poesía y modelaje plus size. Actualmente, vive de su arte, y en su país es considerada como una pionera en llevar al Collage dadaísta y

Título: S/T
Técnica: Collage Análogo
Medidas: 20.5 cm x 13.5 cm

pictórico a países de Europa, Asia, EE. UU, sudamérica y México. Fue incluida en la lista de los mejores maestros del Collage contemporáneo el año 2018 por Retroavanguardia, una revista y galería especializada en collage de Polonia. Ganadora del Premio LXVIII Salón Pedro Domingo Murillo gestión 2020, con su obra “Sueño Femuroso”, siendo la primera obra en Collage reconocida como ganadora en esa técnica a nivel nacional. El año 2021 vuelve a ganar el primer lugar en la misma categoría, con la obra “Inercia en acróbata”. Elegida dentro la Bienal del Cartel de Bolivia, de entre 11.500 postulantes a nivel mundial. Ha realizado trabajos para reconocidos escritores, músicos y amantes del arte. Su obra es escatológica, oscura, visceral, poética, y llena de una belleza asimétrica.



Tu obra combina elementos viscerales, escatológicos y poéticos. ¿Cómo llegaste a construir esta estética poderosa y distintiva?

Siento que más allá de un amasijo de piel, en lo visceral habita la verdadera hermosura. Por eso, disfruto dar protagonismo a esa naturaleza tan viva que habita tras el telón de lo que se ve, se huele y se toca. Al principio mostraba esto para incomodar, para dar a entender que no toda mujer artista va a hacer un arte pueril, de propuesta cero, de arte decorativo de algún bazar. Ahora, sin ningún discurso de dar la contra me inmerso en la estética válida del interior, ese de eyecciones, fluidos y toda forma y sustancia nacida de un ser que ya de por sí es poesía.

“

Siento que más allá de un amasijo de piel, en lo visceral habita la verdadera hermosura.”



Titulo: S/T Técnica: Collage Análogo Medidas:20.5 cm x 13.5 cm

Eres una artista visual que desarrolla diversas disciplinas. ¿Qué ventajas y desafíos has encontrado en esta formación independiente?

El aprendizaje y el descubrimiento de habilidades personales, una búsqueda sin institución que valide ese saber, realmente nutre y te hace más disciplinada y te obliga y fuerza a destacar, a crecer. Y esa ventaja no viene así, sin trabajo. Los desafíos son la academización del imaginario y cuando la gente piensa que el arte válido es y debe provenir de algún título de aula. Demostrar que eso no es una regla representa una faena bien tosuda y cansina. El camino del empirismo me obligó a buscar más profundo, a no perder esa capacidad de asombro, y desde luego a no enfilarme en una romería de ególatras con matrícula para el tecnicismo no creativo.

Has ganado dos veces el Salón Pedro Domingo Murillo y has recibido reconocimiento internacional. ¿Qué significan estos logros para ti en el contexto artístico boliviano y latinoamericano?

Puse a mi país en la mira de un estilo de arte no tan difundido, donde el collage era el protagonista. Cuando un artista plástico y visual exporta su trabajo, no deja de incluir iconografía, folklore y cultura de su región. No está mal, somos embajadores de nuestra patria, pero es un arte que ha sido explotado durante años y por eso los estereotipos creen que somos solo artistas de esas corrientes clásicas costumbristas.

¿Qué papel juega la poesía en tu obra visual y cómo se conectan tus libros poéticos con tus collages e ilustraciones?

Todo tiene un hilo de unión en lo que hago. Si pinto, si hago un collage, si se me ocurre una sesión fotográfica, todo previo a plasmarlo se escribe.

Primero la poesía y luego la imagen. No van separadas jamás. Mis libros tienen portada e interiores visuales propios. Donde va la imagen, va la palabra, y así.

Más allá de esto, tampoco soy una cara conocida. Me conocen más fuera de Bolivia que en mi ciudad o zona. Los premios no te dan fama, tampoco te enriqueces porque los montos son bajos.

Pero en este, caso con los dos obtenidos queda como antecedente que una obra en collage pictórico tuvo por vez primera un reconocimiento, y eso abre camino a otros artistas con obras en collage.

“

El camino del empirismo me obligó a buscar más profundo, a no perder esa capacidad de asombro, y desde luego a no enfilarme en una romería de ególatras con matrícula para el tecnicismo no creativo"

Retroavanguardia te ha incluido entre los mejores collagistas contemporáneos. ¿Qué impacto ha tenido este reconocimiento en tu carrera y visibilidad artística?

He podido expandir mi obra a más países, conocí a más coleccionistas, y descubrí espacios donde vender mi trabajo sin tanto problema.
Por supuesto, también a validar mi arte con

dignidad y sin cuotas de grupos elitistas, a quienes debes besarles las cloacas para integrarte a ellos. Lo exigente es no bajar tu nivel. Mantenerse en ese podio es duro y trabajoso.

Como ha sido tu vínculo con el grupo artístico Colorbox de Lima, Perú ¿Y coméntanos sobre el programa VANGUARDIA ARTÍSTICA INTERNACIONAL, el cuál conduces desde la La Paz?

Desde las primeras entrevistas, sus exposiciones y atención a mi propuesta, he sentido siempre una amabilidad más que justa, además de respeto por mi trayectoria y mi trabajo. Si así fueran todos los espacios culturales, estaríamos contentos. Y ahora con Vanguardia Artística Internacional estoy impactada por la gran calidad de artistas que he conocido. Siento emoción por ser parte del colectivo, aunque por un año.

Has expuesto en países tan diversos como China, Polonia, Perú, Francia y Colombia. ¿Qué diferencias percibes en la recepción de tu obra según el contexto cultural? ¿Y coméntanos cuáles son los siguientes pasos de Antagónica Furry?

En ciudades frías como en los Andes bolivianos, reciben mis piezas sin ninguna censura, al igual que en Alemania, Polonia, Francia por citar algunos. Es más difícil en ciudades como el Caribe colombiano y el Oriente boliviano, pues, por ser de climas cálidos, la gente quiere y apoya arte más colorido, vibrante, el cual te genera ganas de bailar. Entonces, también el clima es un factor. Los europeos son más accesibles por el dinamismo constante de artes visuales oscuras, de un orbe sombrío y de carácter. Ciudades latinas quieren rescatar la cotidianidad en pinturas y esculturas propias de algo ya conocido. No es un buen mercado para expandir piezas que no tienen esa realidad



Titulo: S/T
Técnica: Collage Análogo
Medidas: 20.5 cm x 13.5 cm

en ellas. Es por eso que mi trabajo no es un mimado en esferas artísticas locales y nacionales.
Estoy trabajando en nuevos libros poéticos, en una exposición que conmemore mi estilo en collage pictórico, y otros emprendimientos. Mantengo la sorpresa como parte de mi estrategia conmigo misma.

Colaboradores

Aarón Alva

Músico y escritor. Licenciado por la Universidad Nacional de Música en la especialidad de guitarra, y magister en educación por la PUCP. Obtuvo premios en concursos de guitarra clásica a nivel nacional e integró distintos elencos musicales. Fue maestro de guitarra en el Newton College, ESAN, entre otras instituciones educativas. Actualmente, es profesor de guitarra en los Cursos de Extensión de la Universidad Nacional de Música. Paralelamente a su carrera musical, publicó los libros de cuentos "Cuentos ordinarios" (2017), "El enigma de la silla rota" (2018). Su segundo libro de cuentos "Un buen taxista es difícil de encontrar (Editorial Colmillo Blanco, 2022) obtuvo el Premio Luces 2022 de Diario El Comercio en la categoría Mejor libro de cuentos y se presentó en la Embajada del Perú en la ciudad de Santiago de Chile. Asimismo, fue finalista del concurso de cuentos "Tócame con tus palabras", organizado por la librería Ciudad Librera y el grupo Literalgia.

Abel Zúniga Mora

(Cusco, 1998) Artista visual e ilustrador graduado con mención honorífica a la mejor producción 2022 en la Universidad Nacional de Arte Diego Quispe Tito de Cusco. Integrante de la Asociación de Arte Remembranza. Integrante en el área audiovisual de Ñawi Studio del Colectivo Creativo Xpreso Andino. Cuenta con una exposición individual "C.A.R.G.O" (Cusco, 2025). Ha participado en diversas exposiciones artísticas colectivas nacionales, destacando entre ellas, + Allá de las montañas (Museo de Arte popular, Cusco, 2024), Illary: Despertar de los sueños (Galería El Sol del Perú, Cusco, 2024), TAWA (Museo de Arte Contemporáneo, Cusco, 2024), Reflejos de Identidad (Casa Inca Garcilaso, Cusco, 2024).

Adriana Schwindt

(Argentina, 1963) Artista visual, concurrí al "Taller de Calle Brown", de la localidad de Coronel Suárez, provincia de Buenos Aires, Argentina, desde 2015 a la actualidad. Cursando un Laboratorio de grabado. Exhibí obras en distintas oportunidades, en muestras colectivas, inclusive en Canadá en 2023 desde la gestión de @isidoro_espaciodearte, y últimamente en "Amalgama Vol V" organizada por @cresteo.red. Pertenezco al Colectivo Internacional de Artistas "Ella", como comité organizador y en 2024 participé en la gestión de una Muestra Itinerante entre los países de Perú, Chile y Argentina exponiendo en @isidoro_espaciodearte. De modo presencial fui invitada a exhibir obras en diferentes oportunidades en el Palacio Barolo, por curaduría de @braquearte, Galería Braque - ciudad de Buenos Aires- y por el Colectivo de Artistas @_n_art_. Expuse y pinté en vivo en la "Noche de los Museos" en 2023, convocada por @braquearte. Asimismo, participé en muestras virtuales, organizadas por diferentes Colectivos de Artistas. Expongo actualmente en la ciudad de Buenos Aires en @gustatugusto, convocada por el arquitecto y artista Darío Zilberstein. Realicé y participo en diferentes cursos de capacitación y clínicas. He sido seleccionada en 2024 en dos Convocatorias de Grabado en ciudad de Bahía Blanca y Miniprint Internacional en ciudad de Mar del Plata, Argentina.

Alejandra Popa

Artista plástica egresada de la Escuela de Bellas Artes de la Universidad Federal de Rio de Janeiro; ciudad donde participó del taller de modelo vivo del reconocido artista Lydio Bandeira de Mello. Profesora de dibujo en Toulouse Lautrec y en talleres para adultos y niños. Fundadora de Keramikos, marca donde se producen cerámicas transformadas con un enfoque artístico. Piezas que formaron parte de diversas ferias de arte. Expuso en la ciudad de Rio de Janeiro con una muestra individual de dibujos titulada "Corpo na natureza" (El cuerpo en la naturaleza); donde hablaba de cuerpo humano desde lo más interno relacionándose con lo más vivo que tiene Brasil, su naturaleza. Esta misma serie fue parte de otras dos exposiciones colectivas en la ciudad de Lima. Muestra colectiva Fabrica_100 en la Galería Lima Arte contemporáneo y la Exposición Colectiva Vive Cultural del Centro Cultural de Bellas Artes. En paralelo, su pintura surrealista se destaca por la figura recurrente de pájaros articulados a elementos cotidianos; objetos y animales que encarnan las representaciones mentales, siempre en movimiento. Dos piezas de esta serie formaron parte de dos exposiciones colectivas "Ellas historias" del grupo artístico Killari y "Humo y plumas" en la galería Reckless.

Alfredo Lemon

Nació en Córdoba, Argentina en 1960, lugar donde reside. Abogado. Profesor Universitario de Filosofía. Estudios de postgrado en Oratoria, Religiones comparadas y Pensamiento Contemporáneo. Obra poética: "Eclipses, arritmias y paranoias" (1983); "Cuerpo amanecido", (1988); "Humanidad hecha de palabras", (1993); "Sobre el cristal del papel", (2004); "23", (2023) Obra de ensayos: "El mono metafísico" (1991) Premio Asociación de Escritores Argentinos

Arturo Cañedo

Lima, Perú. Graduado en economía, estudios en ciencias de la comunicación; y también desde muy temprana edad, pintura, dibujo y fotografía. Su formación en comunicaciones y economía integrada a la fotografía y pintura; le permiten comprender, en cierta forma, la condición del ser humano, su subjetividad y la estética que este proyecta. Desde el 2010 a la fecha viene desarrollando proyectos fotográficos documentales y ensayos con diferentes ONG nacionales y extranjeras sobre la condición del ser humano y la relación con su entorno. En el 2015 inició un ensayo fotográfico relativo al Centro Histórico de Lima, capital de Perú: DOWNTOWN LIMA. Conjuntamente con su trabajo como fotógrafo documentalista y ensayista, desde el 2010, viene impartiendo el TALLER INDIVIDUAL DE FOTOGRAFÍA que consta de lenguaje fotográfico, desarrollo de proyectos, gestión cultural y realización de exposiciones fotográficas. Además de asesorar y realizar ediciones fotográficas y curadurías en el Perú y en el exterior. Finalista en Salones de Fotografía en Perú, Francia, Italia, Dubai, India, USA, México y Alemania. Participación en muestras colectivas e individuales en Perú y en el exterior. Realización de workshops y conferencias en diferentes países de Latinoamérica. Entrevistas y publicaciones de sus proyectos en medios nacionales y extranjeros.

Bruno Timarchi Ynoñán

(Lima, 1994). Artista multidisciplinario, bachiller en Comunicación con especialidad en Audiovisuales por la Universidad de Lima y bachiller en Música por el Prins Claus Conservatorium, en Holanda. Su trabajo abarca el cine, la música, la literatura y las artes visuales. En 2018, estrenó el cortometraje de sci-fi/thriller psicológico Simón Dijo en Cortos IPE.

Como poeta, ha publicado textos en revistas independientes y de manera autónoma. Actualmente, prepara su primer libro de cuentos. En el ámbito musical, lidera el proyecto Fahrenheit 251, con el que lanzó su primer álbum de jazz, *Scream! Dance Rejoice* (2024). Además, ha trabajado como baterista de sesión en dos álbumes y varios EPs. El mes pasado, realizó su primera instalación artística, *Meditaciones en Poemas & Polígonos*, consolidando así su exploración en las artes visuales.

Carlo Calanche

Artista visual e ilustrador. Ha realizado estudios de literatura y lingüística germana en la Universidad de Leipzig (Alemania) y psicología en la Universidad Andina (Perú). Integrante del colectivo artístico Uku Pacha. Gestor cultural de la comunidad artística internacional Espacio Convergente y coordinador general del proyecto multidisciplinar Hage Punku. Ilustrador y columnista de arte de la revista Cuscopolita. Recibió la Mención Honrosa al Premio Nacional de Curaduría LLAMA 2021, por la Asociación de Curadores del Perú. Cuenta con una exposición individual “Fantasmas y figuraciones” (Puerta Amazónica, Tarapoto, 2020). Una muestra bipersonal con el artista Marcial Ayala, “Las Llamas del Cusco” (Bienal Internacional Independencia, Cusco, 2022). Ha participado en más de cincuenta exposiciones artísticas colectivas nacionales e internacionales, destacando entre ellas, Botánica (INO, Santiago – Chile, 2024), Wandfrei (Galeria 35 Blumen, Krefeld - Alemania, 2024), Pinta Parc (Jaguar Gallery, Lima, 2023), Bienal Internacional de Cusco “Independencia” (Alianza Francesa, Cusco, 2021), “Ritorno alla Vita” (Galeria Il Laboratorio, Roma –Italia, 2021).

Carlos Alberto Jacanamijoy Quinchoa

(Colombia, 1985). Maestro en Artes plásticas egresado de la Universidad de Antioquia Medellín Colombia hijo de Benjamín Jacanamijoy y Mercedes Quinchoa perteneciente a la comunidad indígena inga del Alto putumayo en cada una de sus pinturas tienen el arraigo de identidad con la medicina tradicional donde lo relaciona con las artes plásticas.

Carlos Gabriel Córdova Espinoza

(Guayaquil, 1996) Ingeniero Comercial en Administración de Empresas por la Universidad Laica Vicente Rocafuerte de Guayaquil. Diplomado en Supply Chain Management por la Universidad de Especialidades Espíritu Santo. Estudió parte de la primaria y secundaria en la Unidad Educativa Antares y culminó bachillerato en Colegio Fiscal Ismael Pérez Pazmiño. Actualmente lidera el proyecto de divulgación: *Crónicas de Kadath*, enfocado en literatura y cine. Se encuentra incursionando en la literatura de terror, thriller, terror cósmico y otros géneros que abarcan diversos proyectos. Ha realizado colaboraciones con Revistas Culturales Digitales como *Máquina Combinatoria* y *Revista Quinde*.

Carlos Rojas Sifuentes

(Lima 1960). Abogado y profesor universitario. He publicado el libro de relatos “Crónica de Híbridos” (1992). El grupo Poémame y Barcelonactua, publicaron el poemario: “Versos de Acogida” (2018), incluyendo un poema de mi autoría y uno de mis relatos en el libro “Estat Civil? Voluntari@” (2019). La editorial La Esfera Cultural, de España (2020), la Revista Virtual Quimera, de Costa Rica (2019), la Revista Apofénicos, de México (2020) y la revista Cuenta Artes, de Perú (2019 y 2021), me han publicado poemas y relatos. En diciembre del 2021 publique mi poemario “Estación Dividida y en noviembre de 2022 el poemario Dopooliteia. En abril de 2022 la revista Poémame publicó un poema ganador del concurso literario organizado por la Asociación Cultural “La Estación del Arte”, de España. Ese mismo año he publicado la segunda edición del libro de relatos: *Crónica de Híbridos*. En diciembre del 2023 he publicado mi segundo libro de relatos: “Un paseo por el Infierno y otros cuentos”.

Cora Calderón Morales

Artista Plástica Profesional ha obtenido distinciones como reconocimiento por su trayectoria artística de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos en el 2016, y su obra ha recibido el Primer Premio Winsor & Newton, Premio Internacional de Dibujo en Argentina. Uno de sus dibujos de gran formato fue seleccionado y adquirido por el museo en la 11ª Bienal Internacional de Grabado y Dibujo en el Museo de Arte de Taiwán, asimismo, fue seleccionada en la Bienal CALIU España. Actualmente, cuenta con 10 individuales e innumerables colectivas nacionales e internacionales, cuenta con una Maestría en Docencia Universitaria y Gestión Educativa labor que ejerce, es miembro del Registro Nacional de Trabajadores y Organizaciones de las Industrias Culturales y Artes, cofundadora de Taller Bellas Artes y del Grupo Camaná 878. Ha realizado proyectos artísticos como “Guerreras libros de artista”, “Naipes”, “Identidad...ÉS”, “Zapateando” y “YAKUMANIA”.

Daniel Defilippi

Arquitecto y artista peruano de estilo geométrico que nace en Lima en 1994. durante sus estudios de arquitectura, decide dedicarse de forma profesional al arte vinculando sus conocimientos sobre arquitectura, arte óptico y arte cinético a su propuesta, generando un lenguaje propio. Su obra plantea la deconstrucción de estructuras arquitectónicas y su vinculación con el espacio como eje de estudio y desarrollo artístico. Ha participado en múltiples exposiciones colectivas desde el 2016 en el ámbito nacional e internacional de las que destacan su presencia en la feria PINTA PARC 2023 y 2024. Además, ha desarrollado dos exposiciones individuales en “La Galería” (Perú – 2022) y en “Mombó Art Gallery” (España-2025)

Daniel Rodríguez

Artista Geométrico Contemporáneo. Rodríguez es un artista visual de Lima, Perú. Es director del grupo artístico Colorbox y director general de programas de entrevistas con artistas nacionales e internacionales. También es curador independiente, habiendo trabajado con artistas nacionales e internacionales, así como en exposiciones colectivas. Ha participado en exposiciones individuales y colectivas, tanto nacionales como internacionales, desde 2001 hasta la fecha en Perú, Estados Unidos, Alemania, México y Polonia. Su obra se distingue por su sólida constitución geométrica funcional, tanto en forma, composición y equilibrio espacial. Siendo su obra una lectura internacional.

Diego López Brandón

(Montevideo, 1963) Me mueve el placer de crear. Transito con libertad las fronteras entre la artesanía, la plástica, y el diseño. Me reconforta el trabajo manual, así como el uso de las tecnologías a la hora de crear una obra, siempre buscando un resultado que me emocione. Mi producción habla ese idioma de frontera: tomando cosas de un lado y del otro, tratando de crear mi propio lenguaje. Docente de Comunicación Visual de la facultad de Arquitectura de la Universidad de la República del Uruguay. Diseñador gráfico y orfebre.

Ernesto Antonio Suito Sánchez

Mi nombre es Ernesto Suito, apodado como Sirius, en honor a la gran estrella de la constelación del Can Mayor, así como por su gran riqueza simbólica y esotérica. Tengo 20 años, mi fecha de nacimiento es el 11 de mayo del 2004, soy

de la ciudad de Chiclayo (Perú). Estudiante de Psicología. Soy un hombre que le ha entregado su alma al arte a cambio de belleza. Música, pasión, púrpura, filosofía, poesía, magia, conocimiento, noche, misterio, silencio y soledad. Esas son algunas de mis palabras favoritas, con las cuales resueno. Pues me han mostrado una nueva visión de las cosas, influyendo por completo en todo mi ser y transformando mi realidad, concediéndome nuevos ojos, dándome el impulso suficiente para ser creativo, cumplir mis metas y hacer que me conozca mejor. Estoy dispuesto a llevar mis letras siempre a un nivel más alto, descubrir el verso grial, la melodía imposible, y dejar plasmado mi sello personal, que gritará originalidad, libertad, revolución, estética y consciencia. Este soy yo, un mortal más, pero gobernado por la sensibilidad de Venus y el espíritu de un dios (Hermes), la rosa negra que canta y la lechuza que no duerme, la serpiente del Edén.

Fabiola Gonzales

(Lima, 1995) Artista visual y promotora cultural, cursó estudios de Pintura en la facultad de Arte & Diseño de la Pontificia Universidad Católica del Perú (2019), continuó con ilustración editorial en Toulouse Lautrec y Dirección de Arte en IPAD. Fundadora del espacio de prácticas artísticas contemporáneas Sótano 1, (2019- 2022) una plataforma itinerante de proyectos curatoriales que promovieron diferentes exhibiciones y mediaciones artísticas locales. En la obra de Fabiola, los rituales familiares y las fiestas infantiles sirven como tema y escenario para la exploración de subtextos ocultos entre las interacciones humanas. Profundiza en las representaciones matizadas que desentrañan la compleja danza de los roles familiares y las expectativas sociales, desafiando nociones preconcebidas ligadas al género y la edad. De esta manera, se introduce en nuevas narrativas donde habitan el collage, la fotografía, la pintura y la instalación observando la dimensión de la afectividad y las formas de reproducción en diferentes soportes, espacios y encuentros.

Federico Alponente-Wilson

(Trujillo, Perú, 1972) Ingeniero Electrónico de profesión. Se especializa en Mantenimiento y Proyectos, ejerciendo su carrera profesional como gerente de proyectos en tecnología de la automatización en la región. Se identifica como lector “desde siempre”. Desde el 2020 se inscribió en talleres de escritura creativa con el maestro Alonso Cueto, sintiéndose más cómodo escribiendo relatos cortos. En 2023 publicó su primera entrega con el sello Brújula editorial bajo el título de “Eucaliptos sin aroma”. Tiene dos manuscritos más con títulos tentativos “Sagapó” y “Monogamia” esperando publicarse. En su narrativa busca la introspección de sus historias familiares y reflexiona sobre la nostalgia y el paso del tiempo.

Fernando Peña

(Arequipa, 2001) Artista Plástico egresado de la Escuela de Arte Carlos Baca Flor. Inauguro su primera muestra individual en el Centro Cultural de la UNSA titulada “Transgresión”, Participo en varias exposiciones colectivas dentro y fuera del País, Actualmente trabaja con la Galería Mas Arte en Lima - Miraflores. En mi última serie “Presidio”, plasmo la distorsión del cuerpo humano encerrándolo en cuadrados que simbolizan su propia reclusión. A través de esta estructura opresiva, las formas se deforman y se resignifican, dando lugar a un rostro de rasgos fálicos y carácter marcadamente masculino. Con ello, exploro la tensión entre identidad, encierro y deseo, llevando al espectador a cuestionar los límites de la forma y el significado.

Frank Macha

(Lima, 1994) escribe como quien se desnuda frente al abismo. Profesional de la carrera de Derecho por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, carga en su poesía las preguntas que no admiten respuesta y las certezas que duelen al nombrarse. Sus versos son astillas de un espejo roto: reflejos de pasiones que queman, de nostalgias que laten en lo hondo, de silencios que dicen más de lo que callan. En su universo, las constelaciones se apagan, pero persisten como cicatrices de luz, recordando que la memoria es también un acto de resistencia. Su poesía no busca convencer; busca habitar el vacío, y desde ahí, dejarse sentir.

Freddy Castro Acosta

(Ecuador, 1974) Mtro. Freddy Robert Castro Acosta. Docente universitario en algunas Universidades e Institutos de Diseño del país, con experiencia de 24 años en la Docencia y experiencia profesional. Posee un título de maestría en Docencia y Curriculum para la Educación Superior; Diplomado en Estudios Superior en Artes; Diplomado en Docencia Universitaria, Investigación y Entornos Digitales; Licenciatura en Artes Plásticas. Sus áreas de investigación son: 1) Humanidades y Artes y 2) Psicología. Exposiciones pictóricas realizadas a nivel local, Nacional e Internacional. Representando al Ecuador en la revista de Arte Latinoamericana FOLIUM MAGAZINE a nivel mundial con sus obras originales e inéditas. En Italia obtuvo el segundo lugar a nivel internacional organizado por la Asociación Cultural Narda Martínez Pittrice. Su obra o artículo publicado es Natural dyes of animal origin as a sustainable alternative in graphic production applied to lettering. Ha participado como ponente en congresos tales como I Simposio de Ciencias Ambientales denominado “Energía, Ambiente y Desarrollo Sostenible”. Su obra o artículo publicado es: La cuarta de los cien brincos parte I y II, como ilustrador de narrativas terapéuticas que se considera en la actualidad como una de las mejores estrategias de acompañamiento psicológico en el trabajo con los niños. Última obra publicada: Didáctica para neófitos e hiperactivos.

Frido Martín

Lima, 1963. Estudió Lingüística y Literatura en la PUCP e inició su carrera artística en los años 80 participando en los colectivos Kloaka (poesía) y Chaclacayo (arte visual). Se graduó en Lingüística por la UNMSM en 1996. Publicó su primer poemario, Naufragios, en 2003 y desde entonces ha trabajado en poesía fonética, arte sonoro y performance. Participó en la ópera futurista La victoria sobre el sol (2011-2016) y en festivales como Chachapoya Fest (2015), RIAP en Canadá (2016) y el Festival de Arte Sonoro Pacífico (2017). Ha promovido acciones como las “limpias sonoras”, basadas en la escucha profunda, y cofundó el colectivo Sonar Lima en 2019. Durante la pandemia participó en eventos virtuales y escribió reflexiones sobre el sonido, el silencio y el ruido. En 2023, organizó Oxasonar, un evento que introdujo el concepto del “ensemble mobile”, un formato innovador de ejecución sonora con dispositivos móviles. Su trabajo actual sigue ligado a la exploración sonora junto a Sonar Lima.

Gian Marquina

(Trujillo, 1991) pintor, mi primera cercanía con el arte, fue ver a mi hermano mayor dibujar la fachada de una iglesia, en ese momento solo quise tomar un lápiz y emular lo que él hacía. En el 2016 postulo a la Escuela Superior de Bellas Artes "Macedonio de la Torre" Trujillo. Logro ingresar y entonces

se abre un mundo para mí, éste es el camino que quiero seguir. Pero por problemas personales hago una pausa a mis estudios, para volver a retomarlo en el 2024; continúo dibujando y pintando por mi cuenta. He participado también en diferentes concursos de pintura al aire libre. En el 2024 participo de la exposición colectiva "Arte en el Parque" realizada por la compañía de arte y cultura MOON REAL. Dándome la oportunidad de exhibir mis obras de carácter religioso y costumbrista. En agosto del mismo año vuelvo a participar de una exposición colectiva, realizada por el colectivo AYNIART llamado "LO NUESTRO di..." en La Casa de la Identidad de Trujillo. Continúo pintando para exposiciones futuras.

Gonzalo Bolliger

Lima, 1989. Se mudó a los cuatro años a Brasil con sus padres. Estudió lengua y literatura en la Universidad de San Pablo. Publicó tanto en Brasil como en Perú. Tiene tres libros publicados hasta la presente fecha en Perú, todos por la editorial Vicio Perpetuo: la novela corta Las Fronteras del Sueño; el poemario Rumbo a lo Infinito de la Propia Voz; y el poemario La Melancolía. En Brasil, algunos de sus libros publicados: Rumo ao Âmagô da Própria Voz; A Melancolia y As Realidades Invisíveis (cuentos y novelas cortas). Además, realizó varias traducciones, como: del inglés al español del poema de T.S. Eliot The Waste Land; del portugués al español del poemario O Guardador de Rebanhos (de Alberto Caeiro, heterónimo de Fernando Pessoa); y el Altazor de Vicente Huidobro, del español al portugués

Grover Zavala

Natural de Lima - Perú. Aficionado a la fotografía y en búsqueda constante de sentir el instante, antes de capturarlo, para poder transmitirlo y compartirlo con los demás. Amante de la naturaleza y de todo lo que nos ofrece, apasionado del cielo nocturno, de su inmensidad, de todos los misterios que encierra y aprendiendo a observarlo, para conocerlo y poder plasmarlo en capturas que emocionen a quienes las observen.

Gustavo Cheneaux- Arequipa, Perú

Pinto sobre todo motivos de gente famosa, celebridades e íconos de la cultura pop y moda; rostros, figuras, comics. Mis obras son una combinación de Pop Art y Street Art pintados sobre un collage de laceración de letras de carteles y afiches publicitarios extraídos de las calles los cuales son digitalizados y ensamblados a la obra final. Pintura definitivamente moderna radical y de un lenguaje muy hermoso a la vista del espectador. Colores intensos y vivos que combinan con grandes manchas de colores contrastantes adornadas de lágrimas francesas multicolores. Mis grandes influencias son, Andy Warhol, Roy Lichtenstein, Jackson Pollock Jacques Villeglé y Mimmo Rotella.

Jessica Zimmermann De Landa

(Lima, 1975) Artista Plástico dedicada a trabajar el tallado a mano de la madera y combina su proceso artístico con el dibujo tanto de estudio como el creativo. Usa varios materiales y técnicas para expresar escultóricamente el dibujo entre ellos el lápiz y la acuarela dando volumen a la forma. Es egresada de la Pontificia Universidad Católica del Perú bajo el grado de Bachiller en Arte con mención en Escultura. Ha realizado varias exposiciones colectivas a nivel nacional y 5 a nivel internacional; 3 exposiciones individuales además de tener un Segundo lugar en el concurso Patronato Plata del Perú (2006) y contar con varias menciones honrosas a lo largo de su carrera artística.

Jesús Víctor Salvador Portuguesez

Nació en Langla, Lunahuaná, Cañete, Lima. Realizó estudios secundarios en el colegio N. M. "Mariscal Oscar R. Benavides" del lugar, egresa a la Escuela Nacional Superior Autónoma de Bellas Artes del Perú en 1977. Profesor de Dibujo en la ENSABAP (1999, 2000 y 2001). Docente del Área de Arte y Cultura de la I.E. "Ricardo Palma" de Surquillo-Lima. Como reconocido artista exhibe sus obras en el Perú y países del mundo. Invitado a Chile, Ecuador, República Dominicana y EEUU.

José Antonio Samamé Saavedra

Doctor en ciencias ambientales, economista, escritor, investigador, ecologista, catedrático y conferencista. Actualmente es director de Compartir Verde Latam y fundador de los proyectos ambientalistas y culturales: Fytoplanet, H2fogp, Ciencia Libre Lambayeque, Cazas Plant, MatePerú y BiohReque. Fue director de la revista Magazine Económico 2003 - 2004. Publicó los libros: Artículo Científico: Redacción y Publicación 2024, Los viajes de Pierre 2º ed 2023 y 1º ed 2020, Tráfico Ilegal: Flora y Fauna 2023, El Arte del Ensayo y Artículo 2021 y Sobrenatural 2018. En 2020 su libro Los viajes de Pierre fue finalista en el concurso internacional Latin American Nature Awards y obtuvo el 2º puesto en ensayo en el concurso internacional La chalina roja. Ganó el Premio Nacional Aliados por la Educación 2019, Premio Nacional Cultura del Agua 2016 y Premio Nacional Ambiental Antonio Brack Egg 2015. Recibió los reconocimientos "Peruanos del Bicentenario 2021" y "Líderes que forjan el Perú", "Laureles Educativos" por el Colegio de Profesores de Lima Metropolitana 2019 y 2018, así como, por el Círculo de Periodistas de Radio y Televisión 2017. Además, en 2016, la Universidad Nacional Pedro Ruiz Gallo le rindió reconocimiento por logros obtenidos en sus investigaciones.

José Guillermo Perez Niquin

(Chillia, 2025) Artista Plástico egresado de la Escuela Superior "Macedonio de la Torre" – Trujillo. Estudió toda la primaria y secundaria hasta el 3º grado en el "Gran Pajatén" – Piás; el 4º grado de nivel secundaria en el "Hiroshima"- Lima y 5º grado de nivel secundaria en el "Daniel Hoyle" – Trujillo. En los años 2024 y 2025 expuso en la muestra colectiva RAYMINCHIK (ADAYAP), realizada en la sala Kuélap II en Lima-Perú, obtuvo el II lugar en el concurso de Muralización Salaverry (2022) y en ese mismo año pinto Murales en el Galpón de Gallos de don Roberth Castillo en Pataz.

José Rolando Ramos Quispetupa

(Cusco, 1989) Licenciado en Ciencias de la Comunicación por la Universidad Nacional de San Antonio Abad del Cusco. Desde joven mostró una pasión por las artes, destacando en la música y la pintura, así como un interés por la literatura de misterio y terror, inspirado por autores como H.P. Lovecraft. Actualmente, combina su labor como docente universitario con su carrera como productor musical, desarrollando proyectos en géneros como el trap, el blues y el reggae. Su obra refleja una mezcla de tradición y modernidad, consolidándolo como un creador versátil y comprometido.

Juan Carlos Cortázar

Lima, 1964. Hizo la carrera de escritura narrativa en Casa de Letras, Buenos Aires, y el Diplomado en escritura creativa de la Universidad Diego Portales, Santiago de Chile. Ha publicado las novelas Cuando los hijos duermen (2016), Como si

nos tuvieron miedo (2020) y la novela corta Tantos angelitos/Cortarse las manos (2021). Publicó también los libros de cuentos Animales peligrosos (2014), La embriaguez de Noé (2016), El inmenso desvío (2018) y Un festivo ardor (2024). Cuentos suyos han sido publicados en World Without Borders, Guernica y Clarice. Sus libros tienen ediciones en Perú, Chile, Argentina, México y España. Vive en Santiago de Chile.

Lucía Portocarrero Guzmán

(Lima, 1979) Licenciada en Comunicación Social por la USMP, Webmaster (IPAD). Especialista en comunicación visual, gestión de contenidos web, SEO y Social media. Ha trabajado como infografista y como post productora multimedia en importantes entidades públicas y privadas. Actualmente, es directora de Cuenta Artes, un espacio de difusión cultural, donde también publica artículos y entrevistas. A partir del 2007, estudió Dibujo y Pintura en los talleres de ENSABAP. Ha participado en muestras colectivas en Perú, EE.UU., México, Polonia, Argentina, Chile y España. Su trayectoria artística es reconocida por el “Registro Nacional de Trabajadores y Organizaciones de la Cultura y las Artes» RËNTOCA. Sus obras forman parte de colecciones permanentes en el Museo Latino de California, y en la galería Retroavanguardia, Polonia.

Luis Alfonso Achinte Salazar

El Tambo, Cauca, 1960. Soy egresado de la Escuela de Artes Plásticas de la Institución Universitaria de la Cultura y las Artes Populares, IUIPC, de Santiago de Cali, Colombia (1984-1990). Experiencia artística en exposiciones de arte colectivas e individuales en varias ciudades colombianas desde 1985 y exposiciones virtuales internacionales en México y Perú. Reconocimientos y premios por mi actividad artística en las ciudades de Santiago de Cali, Popayán y Villavicencio (Colombia) y obras adquiridas por coleccionistas de Estados Unidos. Docente de arte y diseño en el área de Bienestar en instituciones universitarias, técnicas y tecnológicas de mi país.

Luis Portilla

Nace en Perú, en la ciudad de Chachapoyas capital de la región de Amazonas, el 15 de enero de 1986. A muy temprana edad se inicia en el mundo del arte, destacando en la pintura y en la música. Abandona su carrera de Ingeniería e ingresa a la Escuela de Bellas Artes de Chachapoyas el año 2007. Su pintura sufre una gran transformación después de un viaje a la selva peruana, donde se queda un tiempo para aprender técnicas ancestrales junto a las culturas Aguarana y Wampis. Viaje que marcará un antes y un después en su vida, tanto personal como artística. Su obra se basa en la deshumanización del hombre, la separación del ser humano con la naturaleza, la pérdida de identidad y la amnesia colectiva de la humanidad ante lo esencial de la vida. Su pintura encierra ese grito contenido durante cientos de años, que busca por fin ser escuchado.

María José Caro

(Lima, 1985) Estudió comunicación en la Universidad de Lima y tiene un máster en comunicología por la Universidad Complutense de Madrid. Es autora de los libros Vida animal, Corazón de titanio, ¿Qué tengo de malo? , Perro de ojos negros y La primaria Su obra ha sido publicada en Perú, México, Chile, Argentina, España y Colombia. Ha participado en diversas antologías de ficción nacionales e internacionales. En 2017, el Hay Festival la seleccionó dentro de la iniciativa Bogotá 39 que busca reconocer a los mejores autores de ficción latinoamericanos menores de 39 años.

Michael Espinoza Ascárate

(Lima, 1990) Artista visual, especializado en Dibujo y Pintura, por la Universidad de Salamanca (USAL) en España. Estudió la primaria y la secundaria en el Colegio Fe y Alegría 23. Cuenta con una Maestría en Estudios Avanzados de Historia del Arte, por la USAL. Ha participado en la exposición colectiva de los Premios San Marcos en el centro de arte contemporáneo DA2 Domus Artium 2002 (2016), con un dibujo seleccionado: Peruviano. Realizó una exposición individual “Travesía Dual” en el Espacio Cultural IMARPU (2018). Se desenvuelve mucho con el dibujo y la pintura, adoptando la figuración expresiva y rosando, a veces, con la abstracción en sus obras. Actualmente se dedica a la docencia, cursa una segunda carrera (psicología) y trabaja en su taller, para seguir desarrollando su lenguaje artístico.

Mirza Patricia Mendoza Cerna

(Lima, Perú, 1985) es autora del libro de cuentos Enamórate de mí (Zafiro Editorial, 2024) También ha publicado Futurum, ocaso de la civilización (Editorial Libre e Independiente, 2023) y Tenebrismo (Editorial Sexta Fórmula, 2021). Ha participado en la antología XIII Exhumaciones extraordinarias a Poe (Editorial Grafos & Maquinaciones, 2024). Es parte del libro La tentativa de sentir (Ediciones Catarsis, 2024) Es una de las autoras en el libro Perlas urbanas, narrativa hispanoamericana contemporánea (Grupo editorial Sial Pigmalión,2024).

Oswaldo Castro Alfaro

Piura, 1955 Médico-Cirujano. Publicaciones en físico, ebooks y en más de 60 revistas on line, páginas web, plataformas digitales y portales nacionales y extranjeros. Cuentos publicados en más de treinta antologías nacionales y extranjeras y otros en formato de audio cuentos. Premios literarios y menciones honrosas.

Pablo Romero

(Lima, 1988) Maestro en Docencia Universitaria y Gestión Educativa. Licenciado en Arte y Diseño Gráfico Empresarial, Bachiller en Diseño Gráfico Empresarial. Docente en diferentes universidades de Lima en carreras de Comunicación, Diseño y Publicidad.

Especialista en composición visual, cromática y tipografía. Ha obtenido diferentes reconocimientos como docente del año, así como Tallerista y speaker en temas de diseño y composición. Ha participado en exposiciones, entre los que destaca “De Figuración – De Abstracción 2” organizado por Espacio Cultural Imarpu. Así como en publicaciones de Blah Gráfico (2009 – 2010), revista Digital desarrollada por la Universidad San Ignacio de Loyola. Asimismo, se desempeña como editor gráfico de la Revista Digital Punto Seguido de la UPC.

Sergio Herrera Deza

(Lima, 2001). Comunicador y periodista, egresado por la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas. Aficionado a la historia, el rock clásico y el periodismo literario, le apasiona expresar por escrito sus puntos de vista, lo que le ha llevado a escribir columnas en medios como Cuenta Artes, El Comercio y ADN Deportivo. Se ha desempeñado como redactor en la revista COSAS, el Diario El Gobierno y actualmente, es analista junior en la revista AméricaEconomía. Durante su

etapa universitaria, sus trabajos recibieron galardones como la Mejor Crónica en el UPC Film Festival 2020, el Talento Periodístico 2021 y 2022, así como el Mejor Artículo Deportivo 2023. Ese mismo año fue reconocido como Embajador con los mejores logros de representación por su participación como representante estudiantil en el CADE Universitario 2023.

Sini Rueda

Flautista licenciada del Conservatorio Nacional de Música. Estudió bajo la tutela de maestros como Rosa María Lazón, Ulla Suokko, César Peredo y César Vivanco. Ha sido ganadora en Concursos para Jóvenes Flautistas y solista de la Orquesta Sinfónica Nacional, y ha participado en diversos festivales en Perú y el extranjero. El 2024 empieza una serie de recitales promoviendo la música de compositores peruanos. Perteneció a la Orquesta Sinfónica Nacional Juvenil Bicentenario, se desempeña como profesora de flauta en Markham College, integra PanAmerican trío y Aurum Dúo, y forma parte del equipo del colectivo Flautistas del Perú. Sini es magister en pedagogía musical de la Universidad Internacional de la Rioja y profesora del método Suzuki. En cuanto a sus ilustraciones, Sini participó en el II Salón Bicentenario, organizado por El Arte es vivir, en Trujillo, el año 2021.

Vicky Ávalos

(Lima, 1971) Magíster en Comunicaciones y Licenciada en Arte con Mención en Diseño Gráfico por la Pontificia Universidad Católica del Perú, cuenta con estudios de Doctorado en Educación (UNFV) y de Doctorado en Humanidades con mención en Cultura (UDEP). Se desempeña como consultora en comunicación visual y ejerce la docencia universitaria en cátedras vinculadas al arte y diseño.

Gestiona propuestas de artes visuales, curatoriales y académicas. Fue directora de Promoción Cultural en la Escuela Nacional Superior Autónoma de Bellas Artes del Perú y Coordinadora de Gestión y Promoción Cultural de la Facultad de Arte y Diseño de la PUCP. Trabaja la fotografía experimental y la poesía visual. Participa regularmente en exposiciones colectivas de arte.

Wilson Cabrejos Caracciolo

(Lima, 1980) Químico licenciado por la Universidad Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP). Estudios secundarios realizados en el Colegio San Agustín. Después de graduarse en Química (PUCP, 2003), cursa una maestría en Ciencia de los Materiales en la misma universidad (2015). Ha sido finalista de la XIV Bienal de Poesía Premio Copé Internacional 2009, organizado por Petro Perú. Ha publicado los poemarios Poesía romántica de un NN (2009), Esta piel con que te toco (2011) y Antología del cuerpo ajeno (2015).

DISEÑO DE PÁGINAS WEB



INFORMES
+51 951797835

DESCARGA **GRATIS** NUESTRAS EDICIONES



REVISTA DIGITAL DE ARTE
www.cuentaartes.org

CuentaArtes

CuentaArtes[✿]

Revista virtual de Arte y Literatura
Nº 11: Mayo 2025
Publicación cuatrimestral

www.cuentaartes.org

©Todos los derechos reservados